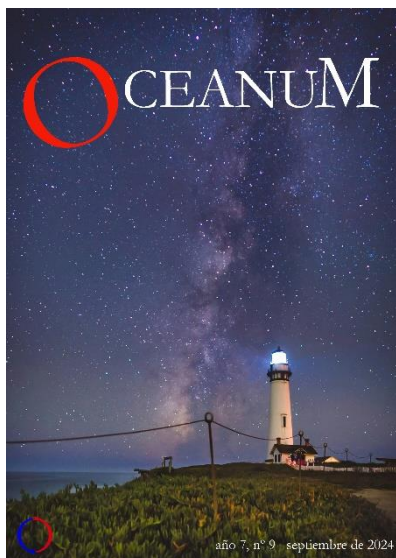




OCEANUM



año 7, n° 9 septiembre de 2024



ISSN 2605-4094

OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 7, nº 9

Septiembre de 2024

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciondetextos@andreamelamud.com

Página web:

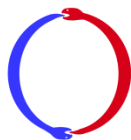
www.revistaoceanum.com

Sara@revistaoceanum.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com



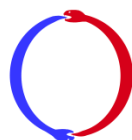
El cumpleaños de nuestra revista es en septiembre si atendemos al momento en el que *Oceanum* se publicó por primera vez, unos meses antes si el criterio es el de las primeras conversaciones entre los que, al final, serían los fundadores y promotores de la idea, Pravia Arango, Javier Dámaso, Miguel Quintana y el firmante de este breve editorial. Desde aquel número 1 del año 1 (2018), que hoy nos contempla desde lo más profundo del repositorio de nuestra página *web*, han pasado seis años en los que hemos acudido ilusionados a publicar el número de nuestra revista el tercer lunes de cada mes, con más o menos páginas, con más o menos contenido, con más o menos autores, aunque siempre con verdadero orgullo.

Por los sesenta y cuatro números publicados de *Oceanum* han pasado más de cien personajes del mundo de la literatura y de sus aledaños —escritores, editores, librerías, gestores, artistas, periodistas...— que han tenido a bien contestar a nuestras preguntas y presentarnos sus ideas en torno al complejo mundo del libro y de la escritura. Esos sesenta y cuatro números fueron contruidos con el trabajo de más de ochenta colaboradores de diecisiete países a lo largo de estos seis años, que nos han permitido ascender desde las poco más de setenta páginas y once autores del primer número a prácticamente duplicar esos guarismos en las últimas entregas. Y todo eso no sería posible sin la participación destacada de nuestra correctora, Andrea Melamud, que desde su Argentina natal y sacando tiempo de donde hay muy poco, pone los puntos sobre las íes y —más literalmente— las tildes que nos comemos, los signos de puntuación que nos olvidamos y elimina cualquier tipo de gazapo que se desliza sobre los textos a la menor oportunidad. Sin embargo, nada de este esfuerzo tendría mucho sentido sin contar con usted, querido lector, que acude puntualmente a nuestra *web* a buscar el último número o que lo recibe como suscriptor en su correo electrónico. También en eso ha crecido *Oceanum*.

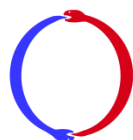
Así pues: a nuestros entrevistados, gracias. A nuestros colaboradores, gracias (estas nos las damos unos a otros con cierta frecuencia) y, por encima de todo, gracias a usted como lector de *Oceanum*. Esperamos que disfrute de este número y le emplazamos para el siguiente.

Ahora, soltamos amarras y desplegamos las velas para la nueva travesía. A popa, el viento en el rostro y una estela de páginas escritas que se pierden en la lejanía. A proa, el reto incógnito de otro océano infinito. Navegamos.

Miguel A. Pérez



6	La galera		
	Con Luis Rodríguez sobre <i>Mira que eres</i> (Premio “Tigre Juan” 2022)	Pravia Arango	6
	Entrevista a Jose Francisco Alonso	Ginés J. Vera	11
	Lo cotidiano y la medida	Osvaldo Beker	15
18	Dentro de una botella		
	Sándor Márai, <i>El último encuentro</i> . El lenguaje y el silencio	Ángela Martín del Burgo	18
	Carl Sagan: de la pseudociencia al pseudoderecho	Diego García Paz	23
27	Estelas en la mar		
	Con la poetisa Julieta Valero	Encarnación Sánchez	27
30	Marinas		
	El cómic: los monstruos de Emil Ferris. No sin mi cuaderno (I)	Pilar Úcar	30
35	Anaquido kalimat		
	مقتطف من "رسائل شرقية إلى بورخس"		
	"Cartas orientales para Borges". Fragmento	Abdo Tounsi	35
	Aicha Elbasri عائشة البصري	Encarnación Sánchez	39
	Crítica al poema “Refugiado”, de la poetisa Aicha Basri	Víctor Hugo Pérez Gallo	42
45	L'imperceptible écume		
	Jean Azarel	Miguel Ángel Real	45
51	Outros mares		
	Almario	Augusto Guedes	51
53	Otres mares		
	Dos poemas de <i>Plizcos</i>	Alfredo Garay	53
55	Espuma de mar		
	Premios y concursos literarios		56
	Con un toque literario	Goyo	60
	Noticias breves		62



64 Gran Sol

La viuda de Rodríguez:
Comedia en un acto y en prosa

Eduardo Lustonó 64

86 Papeles corsarios

La leyenda de Moisés

Pravia Arango 86

92 Nuevos horizontes

Luz, más luz

Ginés J. Vera 93

La fotografía familiar (VII)

Encarnación Sánchez 96

Junta todas tus heridas...

Marta Marco Alario 100

El aleteo de una mariposa

Isaías Covarrubias Marquina 103

El maquis

Goyo 106

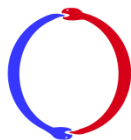
De Moira

Miguel Quintana 110

139 Créditos de fotografía e ilustración

Con Luis Rodríguez
sobre *Mira que eres*
(Premio “Tigre Juan” 2022)





Pravia Arango

Primera lectura

Creo, con muchas dudas, que Frank McCourt, el de *Las cenizas de Ángela* (me gustó hace muchísimos años, hoy no lo aseguro), en otra novela *El profesor* (no me gustó nada) decía que sus alumnos debían contarle las cosas bien porque si no se enteraba a la primera, la culpa era del alumno, no de él. Tu libro, *Mira que eres*, requiere un lector superavispado, ya que en un primer acercamiento (hablo de un lector normal), le llega un 25 %, Sí, Luis, sé que huyes de lectores perezosos y la mayoría lo somos. En un primer correo te adelanté que tu libro me recordaba *Volverás a Región*, Juan Benet una lectura obligatoria de la carrera que provocó rechazo —no entendí casi nada— y sorpresa —las críticas eran muy buenas—. Por entonces, acababa de dejar las medias de sport y mi madurez intelectual estaba mucho más atrás, en el calcetín

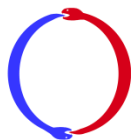
de pompón. Hoy he madurado un poco y tu libro me ha dejado con desazón —ahora qué le pregunto a este hombre—, constatación —es un libro de relectura y de los que piden guía— y acicate —Luis no lo pone fácil, pero con pico y pala algo saldrá—. Creo, con muchas dudas, (y van dos veces) que Antonio Orejudo habla de dos tipos de escritores: los que “quevedean” y los que “gongorean”; tú eres del segundo grupo. Háblanos, pues, de cómo escribir un libro a lo Luis Rodríguez, algo tan amplio como tu concepción de la escritura o tu postura literaria.

Parece que soy un mal alumno. Asumido, recorro a Don DeLillo para decirte cómo entiendo yo el acto de escribir:

Al término de cada frase aguarda una verdad, y el escritor sabe reconocerla cuando por fin la alcanza. En un determinado nivel, esa verdad constituye el ritmo de la frase, su cadencia y su equilibrio, pero a un nivel más profundo representa la integridad del escritor enfrentando al lenguaje. Yo siempre me he visto a mí mismo en las frases. A medida que elaboro una frase, comienzo a reconocerme, palabra por palabra. El lenguaje de mis libros me ha modelado como hombre. Una frase que nos sale bien está dotada de fuerza moral. Cuanto más profundamente me sumerjo en el proceso de lograr la perfección de las sílabas y el ritmo de una frase, más aprendo de mí mismo. He trabajado mucho y muy duramente en las frases de este libro, pero no lo bastante, dado que no me veo a mí mismo en su lenguaje.

Yo habría sido incapaz de contarlo así, pero es, exactamente, como lo siento.

En *Mira que eres* citas a modo de bibliografía autores y obras que de algún modo aparecen en él. Te comento. Lecturas coincidentes, tres; autores citados, algunos más. Conclusión: nuestros referentes literarios no coinciden. Lo esperable. El mundo de la literatura es “ancho y ajeno”. Te pregunto. Con respecto al panorama literario actual, ¿eres optimista o pesimista?



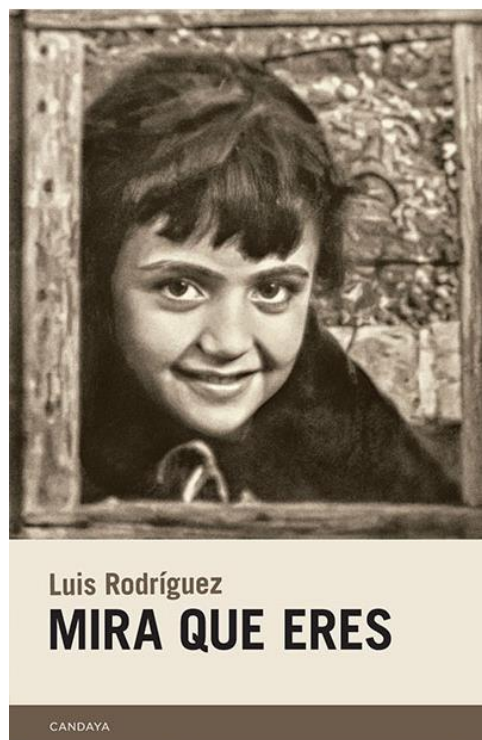
Hay quienes piensan que el desarrollo de la novela culminó con *El Quijote*, después de la novela cervantina, todo decadencia; estos suelen reconvertirse en lectores de ensayo, pues la novela es un erial. En cambio, yo soy optimista y creo que se están haciendo cosas novedosas e interesantes y el género tiene mucho que aportar. ¿Para ti la novela es género caducifolio o de hoja perenne?

Permíteme que me extienda un poco porque me gustaría situarme antes de responder a tu pregunta. Si ahora mismo se dejaran de publicar libros, incluso escribir, mi vida (la vida de un adicto a los libros) no cambiaría nada. Nada. Hay tanto y tan bueno por leer que la incorporación de nuevos libros es irrelevante. Además, vivimos en un país (vivo en una ciudad) donde leer es gratuito. ¡Estoy en el paraíso! Sentado esto, desde una posición de privilegio e intensa felicidad, soy muy optimista con respecto al panorama actual. Miro hacia todas partes (mejor dicho, hacia donde miran las editoriales españolas, porque solo leo en castellano) y, si tengo que destacar una literatura, nombraría la estadounidense, con más de una docena de autores vivos de quienes leo todo lo que publican.

Sí, yo también creo que *El Quijote* es la cumbre más alta de la literatura, pero no comparto su decadencia. De ninguna manera podemos afear obras como *En busca del tiempo perdido*, *La montaña mágica*, *El corazón de la tinieblas*, *El villorrio*, *Guerra y paz...*, *Madame Bovary*, ¿sigo?

La novela es un género de hoja perenne. Quien lo dude que lea, si quiere, alguna de estas obras.

Además, nunca ha habido tantas y tan buenas editoriales como ahora, y, lo que es vital, se le ha dado a la traducción la muchísima importancia que tiene.

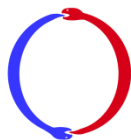


Segunda lectura

El inicio del libro sorprende formalmente tanto que pensé que era una edición con defectos de encuadernación. Comienzas con cuatro líneas del final de una carta y una postdata muy larga que contiene los mimbres con los que te moverás, el aviso para navegantes. Pongo:

“Cuando más se dice es no diciendo nada” (p.23) “Vale mentir y exagerar, pero no aburrir” (p.23) “Lo escribo así, seguido, para que te hagas una idea de su modo de conversar. Cambiaba de tema sin ni siquiera un punto y seguido” (p. 17) “Escribo para mirar lo que no veo [...] el acto de escribir, posterior a la evocación, por un extraño efecto que todavía me confunde, se anticipa al propio recuerdo y me predispone a mirar... lo que no había visto” (p. 15) “Eso me parece lo que he escrito, una sombra que se ha desentendido de mí, aunque terminará por rendirse a la costumbre. Y desaparecer.” (pp. 9 y 31)

¿Qué te sugiere la relectura?



Con el inicio que comentas (cuatro líneas que son el final de una carta) he intentado que el lector asomara al libro con la sensación de que entraba en un libro ya comenzado (de hecho, en la postdata, la larga postdata de 22 páginas, el o la remitente escribe como si el receptor de la carta, el lector, la hubiera leído completa). ¿Qué he pretendido? Solo moverle el suelo al lector.

En la carta he utilizado un recurso literario simple: no se puede saber el sexo de quien escribe (y eso que es coprotagonista de las peripecias que cuenta). Es muy sencillo, basta estar atento a dos o tres adjetivos, donde me dispongo a escribir *estaba sentado*, pongo *me senté*. Y así. Mi intención está lejísimos de presumir de pericia, ni de oscurecer el texto. Me interesaba que su ambigüedad calara inconscientemente en el lector. Y algo más: mostrar cómo el tiempo modifica (construye) las novelas. La novela no acaba cuando la escribe el autor, ni siquiera cuando se edita. Esto lo cuenta maravillosamente Borges en *Pierre Menard, autor del Quijote*. En esta postdata se cuentan escenas de cama con un hombre. Leído este libro en los años cincuenta, la inmensa mayoría (yo creo que todos) de los lectores, a la pregunta de qué sexo crees que es el narrador, te habrían dicho que femenino. Hoy, por fortuna, ya no.

Ya ves, hablar de un libro requiere más extensión que el propio libro. Así que lo dejo aquí.

Destaco historias que aparecen en la parte DOS (también hay en la parte UN): Suso, tallista de “últimas cenas”; Maricarmen la calculista de horas capicúa, el agraciado de la lotería que monta una tienda para que no entren los clientes, el gafe del abuelo de Byron, Franco y el periódico “Arriba”, Manuel que era Trigorin. Historias, anécdotas, ¿son los cocodrilos de la bañera, elementos de extrañamiento que constituyen tus señas de identidad?, ¿son el chascarrillo del profesor universitario de Álgebra y que es lo que le queda al mal alumno? En la Edad Media se desarrolló el género del “exemplum” que

eran historias insertadas para iluminar la aridez de los postulados, sobre todo, de tipo moral. ¿Qué función cumplen?

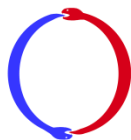
Estas anécdotas, *sucedidos*, son esquivas que salen al paso del narrador.

Hay, si me permites la digresión, dos clases de escritores: los que escriben para gustar, y los que lo hacen desde la herida (y dos clases de lectores: los que se fijan en cómo se les cuenta la peripecia, y los que no. Aquí, una digresión dentro de otra: una buena historia mal contada es una mala novela; una historia mediocre bien contada puede ser una novela excelente). Es fácil suponerme en un bando.

Uno de los reproches que se le puede hacer a mi novela es que no hay distancia entre lo que cuento y yo (como un pintor subido a su caballete).

Esta novela es la biografía de un tipo donde lo que menos importa es el propio tipo. En la introducción, un remitente cuenta cómo lo conoció. En el primer capítulo, el protagonista escribe una frase. No escribe nada más, se limita a desear que aparezca un lector propicio (¡el lector!) que continúe el relato; y es el propio *lector* quien construye, a su antojo, el personaje. En el segundo, tenemos al narrador ante la puerta del biografiado. Llama, este le abre, dice unas breves palabras y, a partir de ahí siguen diez páginas donde el narrador nos cuenta de qué modo llegó ante esa puerta. Bien, decimos, un recurso literario como cualquier otro, y, como cualquier otro, le pedimos que no nos aburra. Lo dicho, diez páginas después, volvemos a tener al narrador ante la puerta del biografiado. Ahora sí, decimos, ahora nos va a contar quién diablos es el tipo que acaba de abrir la puerta. Pues no, el texto nos sigue contando el camino hasta el biografiado.

La biografía es la historia de una persona contada por otra. La autobiografía es la historia de



uno contada por uno mismo. Para mí no hay diferencia, en las dos son convocadas tres personas: en la biografía, el que la escribe, el biografiado, y la persona que construye el biógrafo; en la autobiografía, yo, el yo que creo que soy, y el que soy en realidad. En una biografía, el biografiado es lo de menos.

Más que una pregunta es un ejercicio escolar. Hay en el libro reflexiones —muchas— que traigo aquí para que te parafrasees, las amplíes, comentes, las leas como un lector que nada tiene que ver con Luis escritor. Conociéndote, el resultado puede ser deslumbrante. Voy con ello.

“Solo nosotros (y ni siquiera todos) dormimos tranquilos. El resto, billones de animales, seguramente muchísimos más, nacieron condenados a permanecer alerta las veinticuatro horas de todos los días de todas las semanas de su vida por culpa de un invento del demonio: el aparato digestivo. Dormir, cerrar los ojos, relajar las orejas, les puede costar la vida” (p. 34) “Arrastramos la mirada por nuestro entorno sin ser conscientes de que somos lo que ella acarrea. Aquello en lo que nos detenemos, el tiempo que lo hacemos” (p. 39) “En otro tiempo, durante la comida se habría preguntado para qué, si en la calle todo era mediocridad, si los funcionarios unos vagos y unos ineptos, una verdadera lacra, si los médicos soberbios y todos los obreros inútiles, si todo el mundo era incompetente (a juzgar por las conversaciones que asomaban en la mesa), cómo era posible, habría pensado, que alrededor de aquella mesa no hubieran ninguna” (p. 41) “Son la duda, la confusión, lo incierto, el error; grandes espacios fundamentales para que nuestra soberbia (una tendencia natural) no se solidifique, cruja, y terminemos rotos” (p.50) “Le reprochamos a la primera idea que es intuitiva. ¿Y? ¿Qué construye las intuiciones sino la experiencia? (p. 52) “El lenguaje es de una extraordinaria y maravillosa complejidad, pero debemos seguir trabajándolo. Es nuestro modo de merecer el prodigioso legado

recibido” (p.71) “Claro, lo que no se puede decir termina por no pensarse” (p.74)

A esta altura de la entrevista ya he asimilado que soy un mal alumno, así que me vas a permitir, para estar a la altura de mi prestigio, que te entregue esta respuesta en blanco.

Para terminar. Contacté contigo por medio de la Editorial Candaya, Olga es una persona amable que me facilitó el trabajo. Las pequeñas y medianas editoriales compiten con las grandes jugando la carta de la calidad, son editoriales “gourmet” que seleccionan y ofrecen exquisiteces al lector. Háblanos un poco de Candaya y de tu opinión sobre este tipo de editoriales que deben hacerse un hueco entre las grandes; en realidad, enormes dispensadoras de libros en un todo revuelto.

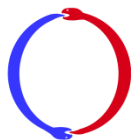
La primera virtud de Candaya es un respeto absoluto por la obra. A partir de ahí, todo lo que puedo decirte está entre los mejores deseos de todos aquellos que quieren publicar.

Muchas gracias.

A ti, Pravia, y enhorabuena por vuestra publicación.



Entrevista a Jose Francisco Alonso



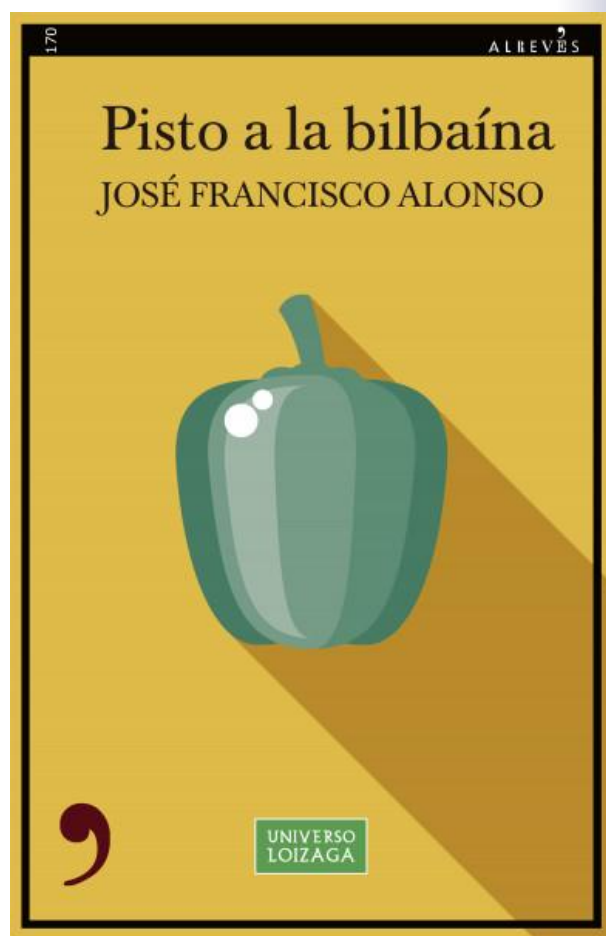
Ginés J. Vera

La idea del profesor Loizaga viene de juntar mis tres grandes aficiones: comer, hacerme preguntas y contar historias. Durante muchos años la cocina, la filosofía y la literatura recorrieron caminos paralelos, sin juntarse. Hasta que pensé que podían concretarse en el profesor Loizaga, que por supuesto es un *alter ego* del autor. O más bien, un yo que fui. La razón principal es contar historias pisando en terreno conocido. Luego Loizaga ha crecido un poco a su antojo, de lo cual que alegre, pues la vida del autor es poco novelesca.

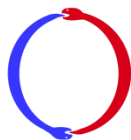


Este mes de septiembre, de vueltas a clase, a las rutinas laborales para algunos tras el paréntesis vacacional, mi entrevistado es el escritor José Francisco Alonso (Bilbao, 1968). Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad de Deusto, actualmente trabaja como profesor de Filosofía, en Valladolid. Me concedió, amablemente, una entrevista al hilo de sus tres novelas *Pisto a la bilbaína*, *Milhojas de jamón* y *Café cortado* (publicadas por la Editorial Alrevés) y que forman el denominado Universo Loizaga.

Le preguntaría cómo surgió la idea del personaje del profesor Loizaga, protagonista de las tres novelas *Pisto a la bilbaína*, *Milhojas de jamón* y *Café cortado*, pero creo que de algún modo es un *alter ego* suyo. Al menos, ambos son profesores de Filosofía en institutos de educación... y forofos del Athletic, presumo. ¿Voy bien?

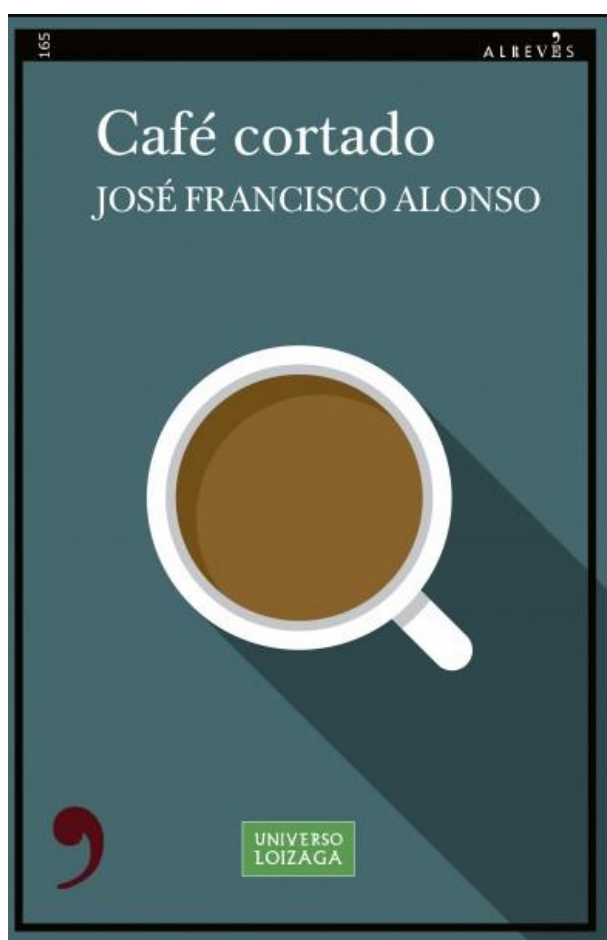


Tanto Loizaga como su inseparable amigo, el oficial de la Ertzaintza, Román Escudero, son padres de hijas —una el primero y dos el segundo—. Añado, además, el papelón de *ama* Loizaga, solo para preguntarle por el rol de sus personajes femeninos en esta terna literaria. No me negará que han evolucionado mucho desde las primeras novelas. Si no, que se lo digan a



otra gallega —por lo de Carvalho—, como es doña Pardo Bazán y su *La gota de sangre*.

No se puede escribir literatura sin grandes personajes femeninos. Y me niego a prejuzgar que una mujer no puede hacer buenos personajes masculinos o que un hombre construya buenos femeninos. La persona que escribe debería situarse por encima de esta disyuntiva. En mi caso, en el intento de reflejar una realidad social actual, busco que todos mis personajes sean potentes, que en términos narrativos significa que transmitan. Me es igual que salgan mucho o poco. En *Café cortado*, que es una novela para pensar en el problema del género, la jueza Anne es coprotagonista. Y todos los personajes que aparecen construyen una panorámica de esta problemática. Luego la persona lectora saca sus conclusiones.



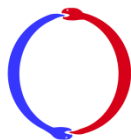
La fina ironía, o no tan fina, y el sentido del humor aderezan las páginas de las tres novelas.

Rasgo distintivo del narrador, más que del profesor Loizaga. Coméntenos la importancia de esos “sacramentos” en estos pucheros.

En mi opinión, el humor construido desde la ironía es la mejor forma de enfrentarse al mundo que tenemos las personas. Además, en Bilbao, como en otros muchos lugares, gastamos mucha retranca e intento que Loizaga sea un buen reflejo. Luego hay otra razón más de fondo. La mejor forma de hacer denuncia social es el humor. Creo que la novela negra peca de un exceso de seriedad, que le lleva a un pesimismo paralizante y cierto derrotismo. Yo propongo una novela negra más optimista, más vital, más disfrutona. Y el humor es un instrumento clave.

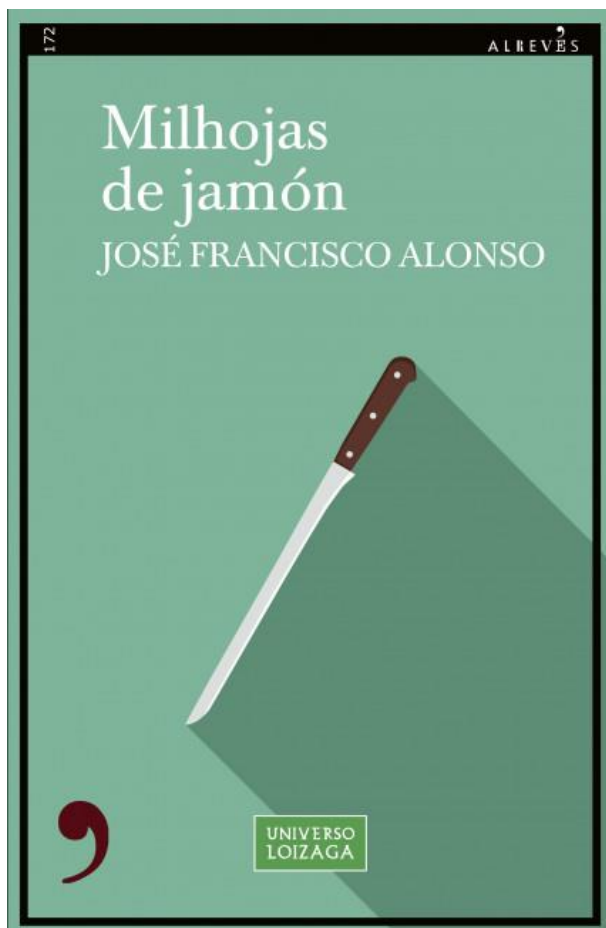
La filosofía se espolvorea en las novelas como no podía ser de otra forma dado el protagonista y su autor. A veces, de soslayo; otras, como Nietzsche, hasta en sueños... y vistiendo una zamarra de un equipo de fútbol valenciano (¡qué grande!). Quizás una manera de acercar esa búsqueda de la verdad al gran público sea con la ficción, intercalando un poco del vigilar y castigar foucaltiano por aquí; un poco del debate platónico por allá; o algo de la importancia de las palabras y el juego del lenguaje a lo Wittgenstein por acullá. ¿Es así?

Las novelas de Loizaga no son ensayos filosóficos, o al menos no lo son a la manera convencional. Pero la filosofía está en el fondo de la narración. Que el lector sea capaz de verla o no es mérito o demérito del autor. Yo planteo la novela como una reflexión sobre un tema de actualidad. En *Pisto a la bilbaína* se tratan las relaciones de pareja, en *Milhojas de jamón*, el papel del individuo ante las grandes multinacionales, en *Café cortado*, el problema de los géneros o la manipulación de los medios de comunicación. Todos estos temas tienen una reflexión filosófica. Luego está el humor de filósofos, que son guiños a lectores con pequeños conocimientos de filosofía. Creo que un personaje como Loizaga debe emplearlos. Todo ello



entremezclado con una trama potente que enganche al lector. Soy consciente de que en algunas novelas se ve mejor que en otras esta lectura filosófica. También que, con el avance de las novelas, en el aprendizaje de los lectores, estos sean capaces de descubrir mejor esta dimensión.

compañero, en un amigo con esa peculiar forma de entender y disfrutar del mundo. Buen provecho.

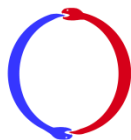


Hay tantas frases de esas que uno podría sacar de sus novelas y poner en X, o en otra red social, y quedar pintiparada, que haría de esta entrevista un festín pantagruélico. Me quedo con una, por si nos la quiere comentar, agradecido. “Toda intuición esconde cierta verdad, solo que no somos conscientes de qué verdad y cuánta verdad”.

Las frases y los festines pantagruélicos se los dejo a los lectores. Las novelas son suyas. A mí me toca escribir otra mejor que las anteriores. Yo solo espero que las disfruten y que se lo cuenten a todos, que lo griten a los cuatro confines, que conviertan al profesor Loizaga en un

Lo cotidiano y la medida

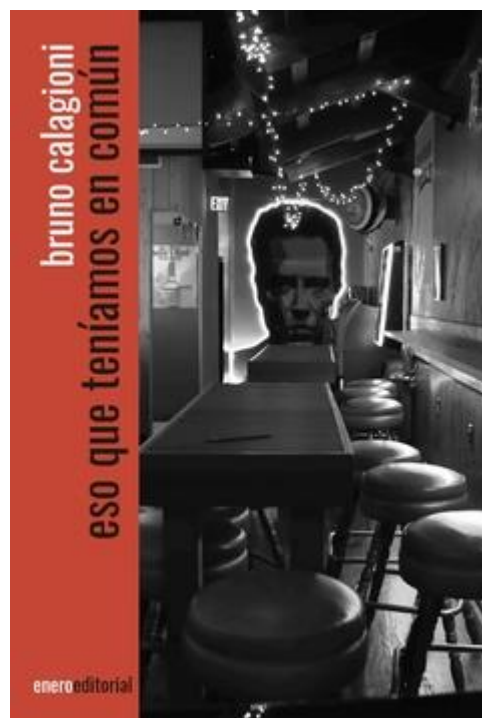




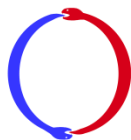
Osvaldo Beker

En el primer libro (a todas luces se trata de un debut literario muy auspicioso) del joven Bruno Calagioni, lo que se advierte no bien se abordan sus páginas de una cuidada edición es el tono de la voz que circula acá y allá, que serpentea y se asoma, a lo largo de los dieciséis cuentos que conforman el volumen. Estamos ante el resultado de la construcción de un narrador absolutamente contemporáneo y cercano, a juzgar por su registro, sus modos. "Son las ocho menos cinco y ya oscureció hace rato. Las luces parpadeantes del club resaltan el celeste y el azul del frente" es el comienzo del primer cuento, "Tiburones", en el que un muchacho practica, pertinaz, su nado en la pileta, y tiene una novia, Laura, que lo espera con "la comida preparada". El relato que abre el libro ostenta algunos pasajes notables (más allá de un preciso movimiento intertextual con el chileno Alejandro Zambra) tales como "Lo mismo que los mantiene unidos parece ser lo más difícil de limpiar". Amén de ciertos tics, detalles especiales (notas de un microcosmos o de una mirada escrutadora), como las uniones

entre las baldosas, minucia que se retoma en más de un cuento (piénsese en lo significativo de lo insignificante), en "Los bolsillos de la eternidad", otro texto, se lee: "Entonces la veo. Sale casi desde el lagrimal y cae como una hipotenusa debajo del ojo derecho". Son suficientes los ejemplos —para muestra basta un botón, aunque acá fueron tres botones— citados aquí como para elaborar una hipótesis de lectura: la escritura de Calagioni se caracteriza por la medida, la frugalidad. Como sucede con Alejandra Kamiya o con Mariana Enríquez o con Tomás Downey o con Federico Falco, desplazarse por sus historias implica ejecutar una tarea que no se topará con estridencias ni sintaxis complejas. Todo lo contrario: Calagioni muestra una cualidad, la moderación, en el delineado de múltiples diégesis que flotan entre nosotros, en espacios urbanos reconocidos, y que son protagonizadas por personajes vecinos, rápidamente identificables.



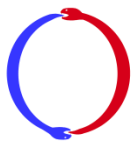
BRUNO CALAGIONI
Eso que teníamos en común (Cuentos)
129 páginas
Buenos Aires
Editorial Enero, 2024



Un cuento consiste en la cristalización de un breve marco que, luego, se interna en una historia singular atravesada por una la atmósfera borgeana de *Historia universal de la infamia*. Hay otro, "Quince", que coquetea con datos mundanos ligados a Valeria Mazza o Blink 182. En "Figuritas" late, quizás, el procedimiento discursivo del estrangulamiento del foco narrativo y que Inés Garland construye en "Una reina perfecta" o Juan José Hernández en "Así es mamá". El último texto de Eso que teníamos en común, que no es un cuento, permite asomarse un poco al *modus vivendi* y al *métier* del autor. Tarea gratificante es la de leer este libro (yo lo terminé rápido y me sentí como cuando salís de un spa).



Sándor Márai, *El último encuentro*.
El lenguaje y el silencio



Ángela Martín del Burgo



a lectura de la novela de Sándor Márai *El último encuentro*¹ nos sumerge de lleno en un buen texto literario y en las claves de

la literatura, cuya razón de ser no es otra que el estilo.

Sándor Márai nació en 1900 en Kassa, una pequeña ciudad húngara que hoy día pertenece a Eslovaquia. Abandonó su país en 1948 con la llegada del régimen comunista y emigró a los Estados Unidos. Su obra fue prohibida en Hungría, la obra de uno de los escritores más importantes de centroeuropa. Engrosa la lista de los grandes escritores suicidas, dado que se quitó la vida en 1989, pocos meses antes de la caída del Muro de Berlín.

¹ Sándor Márai, *El último encuentro*, 2024, Narrativa Salamandra, Penguin Random House Grupo Editorial, Traducción de Judit Xantus Szarvas.

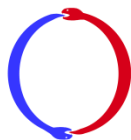
El último encuentro es uno de los mejores libros que he leído en la actualidad. Es una novela de evocación y de memoria, de búsqueda de la verdad y del sentido de la vida a través de la rememoración de hechos claves del pasado de un ficticio general húngaro.

Un narrador en tercera persona rememora escenas y episodios de la vida de este general desde la evocación de sus padres, a su adolescencia y juventud en una Academia Militar en Viena, y aquí, el encuentro con Konrád, con quien mantuvo una singular y poderosa relación amistosa, que marcó su vida.

El último encuentro hace alusión a la vuelta de Konrád cuarenta y un año después. Cuarenta y un año después del dos de julio de mil ochocientos noventa y nueve, es decir, en 1940, en plena Segunda Guerra Mundial.

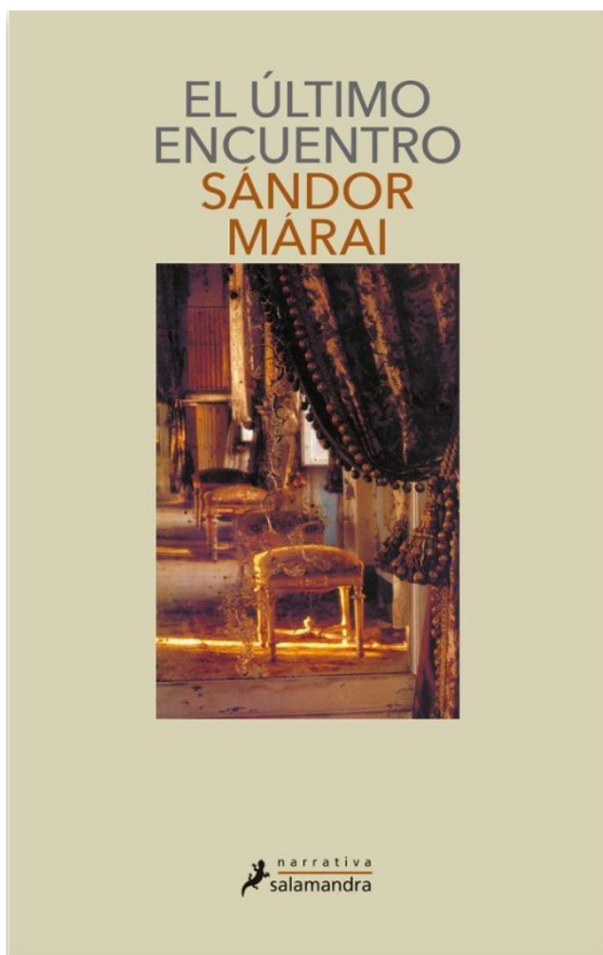
Al recrear la vida de estos personajes, el autor rehace al mismo tiempo la historia, circunstancias y costumbres de las ciudades transitadas y habitadas, y ello en una época tan convulsa como la que daría lugar a la Segunda Guerra Mundial, ya citada, y al fin del Imperio austrohúngaro. Recordamos que este Imperio fue un Estado europeo creado en 1867, el cual equiparó el estatus del Reino de Hungría con el del Imperio austríaco, ambos bajo el mismo monarca.

Viena era como una gran familia, el Imperio también, con los húngaros, los alemanes, los moravos, los checos, los serbios, los croatas y los italianos; y en esta gran familia todo el mundo tenía la sensación secreta de que, en medio de los deseos de aventura, las predisposiciones, las pasiones, solamente el emperador era capaz de mantener el orden: el emperador, que era a la vez un sargento jubilado y su Majestad, un simple



funcionario y un grand seigneur, un rústico y un soberano. Viena rebosaba alegría. En las céntricas cervecerías abovedadas y con olor a moho se servía la mejor cerveza del mundo, y entonces todo desprendía un sentimiento afable y jovial, que colmaba las calles, que colmaba las almas, como si la paz del mundo fuera a durar eternamente.

(pág. 57)



Nos encontramos, pues, también con la recreación nostálgica del fin de una época. Para ello Sándor Márai utiliza un lenguaje altamente literario, el instrumento idóneo para la búsqueda de la verdad y del sentido de la vida, adentrándose en el misterio de la amistad y del amor, de la música, del lenguaje y del silencio, de la educación ..., y, al fin y al cabo, de los entresijos de la memoria auspiciada siempre por el lenguaje.

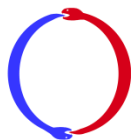
Las cosas así no se suelen recordar hasta que han pasado muchos años. Transcurren varias décadas hasta que pasamos por una habitación a oscuras donde alguien murió, y entonces oímos el sonido del mar, las palabras de antaño. Como si aquellas pocas palabras hubiesen expresado el sentido de la vida.

Es esta la tarea de Marái: buscar las palabras que expresen el sentido de la vida, intentar revelarnos el secreto de la vida con su lenguaje literario, convencido de que el lenguaje con su poder mágico nos lo desentraña. Pero el lenguaje tiene un duro competidor, y este no es otro que el silencio. Lenguaje frente al silencio como dos púgiles en una dura y feroz batalla.

Pero ¿cuál es el argumento de la obra, su contenido y su significado? ¿Cómo se entretienen el lenguaje y el silencio en la novela?

Está ambientada en un pequeño castillo de caza en Hungría, al pie de los Cárpatos, donde antaño se celebraban veladas elegantes y cuyos salones decorados al estilo francés se llenaban de la música de Chopin. En el tiempo de la narración aquel pasado esplendor ya se ha desvanecido y es recreado con la nostalgia del fin de una época.

Hace cuarenta y un años en aquel pequeño castillo se celebró una cacería, a la que acudió el gran amigo del general, Konrád. Aquel estaba casado con una mujer singular, Krisztina. Algo de vital importancia ocurrió, un hecho casi imperceptible, silencioso, pero un hecho cuyo significado es de suma importancia desentrañar para dar significado a la vida del protagonista. Delante del general se hallaba un ciervo como certera diana, pero detrás, entre la arboleda, se encontraba Konrád apuntando con su escopeta. El general presiente que aquel le apunta con su arma bien apoyada en el hombro, que el amigo quiere hacer diana no en el ciervo, sino en él, en su cuerpo. Lo siente, lo presiente y no se mueve aguardando el momento de la muerte. Él



va a morir a manos de su gran amigo. Finalmente, este deja de apuntarle y marcha. Abandona la cacería, aquella casa y la ciudad, y no regresará hasta cuarenta y un año después, que será “el último encuentro”.

Este secreto ha permanecido en la vida del general solicitando ser desentrañado como una gran pregunta que requiere una respuesta. Pregunta y respuesta ahondarían en la verdad, en el significado de la vida. Y ahora con la llegada de Konrád cuarenta y un año después tiene la oportunidad de hacerla y desentrañarla.

Pero hay algo más. El general estaba casado con Krisztina. Y, una vez que Konrád marcha de la cacería, aquel decide ir a buscarlo a su casa. Los criados le dicen que ha abandonado el país. Hallándose en la casa del amigo, llega su esposa, Krisztina. La mujer mira todo aquello como quien lo conoce bien y solamente pronuncia unas palabras: “Era un cobarde”.

El general presiente la historia de amor entre Konrád y Krisztina, pero no habla con ella, no se dicen nada. A partir de aquel día, ella abandona la casa conyugal sin hablarse, instaurándose entre ellos solamente el silencio. Transcurren años durante los cuales no mantienen conversación alguna, hasta que ella muere ocho años después. Será la vieja nodriza quien le diga que en la hora de agonía de Krisztina el nombre que la mujer pronuncia es el suyo, el del general.

Tantas preguntas que no se pueden formular con palabras. Tanta verdad por desentrañar.

Cuarenta y un año después Konrád visita al general. Será *El último encuentro*. Aquella reunión tiene todos los aderezos de un duelo, pero de un duelo verbal. El general piensa que puede formularle al amigo las preguntas cuyas respuestas darían un sentido a su vida desentrañando la verdad.

—Qué quieres de ese hombre —preguntó de repente la nodriza.

—La verdad —respondió el general—. La verdad es precisamente lo que no conozco.

—Pero conoces la realidad —observó la nodriza.

—La realidad no es lo mismo que la verdad —respondió el general—. La realidad son sólo detalles. Ni siquiera Krisztina conocía la verdad. Quizás la sepa Konrád. Ahora se la quitaré.

(pág. 69)

El general hace dos preguntas al invitado, dejando de lado lo rutinario, lo anecdótico, lo prosaico, lo vulgar, declarando que durante tantos años ha estado esperándolo como el juez y como la víctima, reunidos en una sola persona, esperan al acusado.

La primera es la siguiente:

¿Sabía Krisztina que tú ibas a matarme aquella mañana en la cacería?

A esa pregunta —dice por fin el invitado— no voy a responder.

Konrád no responde o responde con el silencio. La segunda es esta:

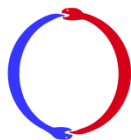
Si una penosa atracción por una mujer que ha muerto no habrá sido el verdadero contenido de nuestras vidas.

A lo que Konrád contesta:

¿Por qué me lo preguntas? Sabes que es así.

Si el lenguaje con su poder mágico nos ayuda a desentrañar el sentido de la vida y esto es lo que hace Sándor Márai en su novela —intentar revelarnos el secreto de la vida con su lenguaje literario—, el autor sabe también con cuánto silencio tiene que habérselas.

Al hilo que intenta desentrañar las incógnitas de la verdad y del significado de la vida, nos conduce por el misterio de la amistad y del



amor, de la música, del lenguaje y del silencio, como también de la memoria.



Son muy lúcidos y elocuentes los fragmentos sobre la música, la amistad y el amor.

Sobre Konrád y la música leemos:

La música rompía en pedazos el mundo a su alrededor, cambiaba las leyes establecidas de manera artificial durante unos instantes: en esos momentos Konrád no era un soldado.

La música que Konrád prefería no sonaba para que la gente olvidara ciertas cosas, sino que despertaba pasiones, despertaba incluso un sentimiento de culpa, y su propósito era lograr que la vida fuera más real en el corazón y en la mente de los seres humanos.

Tocaban la Polonesa-Fantasía de Chopin. La Polonesa-Fantasía era tan sólo un pretexto para desatar en el mundo unas fuerzas que todo lo mueven, que lo hacen estallar todo, todo lo que la disciplina y el orden humanos intentan ocultar.

(pág. 51)

Sobre la amistad y el amor:

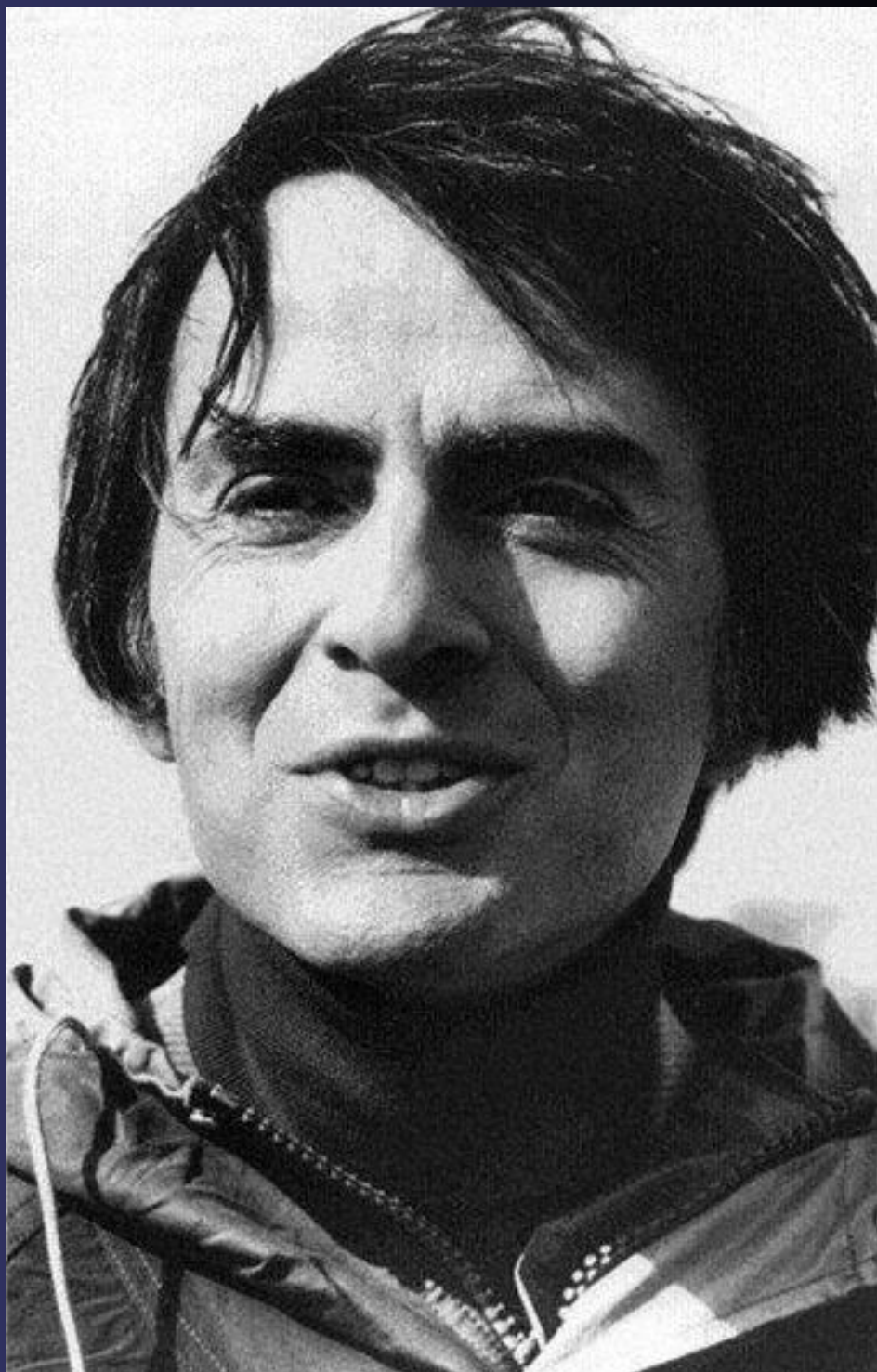
... al pretender por primera vez apropiarse del cuerpo y del alma del otro, sacándole del mundo para poseerlo en exclusiva. Esto y sólo esto es el sentido del amor y de la amistad.

(pág. 38)

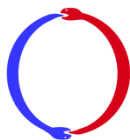
Terminaré citando un breve fragmento sobre la amistad, germen y temática de la novela:

Éramos amigos, y no hay nada en el mundo que pueda compensar una amistad. La amistad es una ley humana muy severa. En la antigüedad, era la ley más importante, y en ella se basaba todo el sistema jurídico de las grandes civilizaciones. Mas allá de las pasiones, de los egoísmos, esta ley, la ley de la amistad, prevalecía en el corazón de los hombres.

(pág. 127)



**Carl Sagan: de la pseudociencia al
pseudoderecho**



Diego García Paz

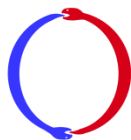


Carl Sagan (1934-1996) fue un reconocido astrofísico norteamericano que alcanzó una gran cota de popularidad como divulgador científico, haciendo honor a las palabras de Aristóteles, conforme a las cuales tan importante es tener una idea como saber explicarla y difundirla. Sagan manejaba a la perfección la oratoria y, como sabio en su disciplina, tenía la capacidad de exponer algo complejísimo de una forma que todos aquellos que lo escuchaban podían entender cuestiones tan difíciles como las que se derivan de la misma naturaleza inescrutable del universo.

Hombre polifacético, más allá de las cuestiones científicas propias de su disciplina, ante todo fue totalmente abierto de miras, lejano al dogmatismo, a las imposiciones de los gobiernos y un firme defensor del espíritu crítico y de la formación cultural como resortes para enfrentarse al poder.

Para Sagan, aparte de que la sociedad tomara conciencia de la necesidad de reconocer y de explorar la realidad existente en la otra parte de las murallas del planeta Tierra, desde lo interno, resultaba inconcebible que el poder político llegara a tergiversarlo todo, incluso la misma evidencia científica, para presentar como tal cosa aquello que le interesara en cada momento. A esto se refirió como pseudociencia en una de sus más importantes obras literarias, titulada *El mundo y sus demonios*. Encontramos aquí, de nuevo, un concepto esencial que se debe hallar en las bases de toda disciplina y que ha de ser ajeno, siempre, a las infiltraciones de terceros: la ética. La verdadera ciencia implica primero exposición y luego prueba de su certeza, pero en todo caso partiendo de los cimientos de una serie de principios invariables, como la veracidad, la honradez, el altruismo y la búsqueda del bien de todos. A ello se añade algo más: dentro de estos principios morales, resulta imprescindible que todo científico tenga en cuenta si la evidencia que pretende poner de manifiesto, y como quiere presentarla, produce un beneficio social, pues en caso contrario las bases de su proceder impedirán proponer tal cosa, al saber que va a generar un daño muy posiblemente irresoluble.



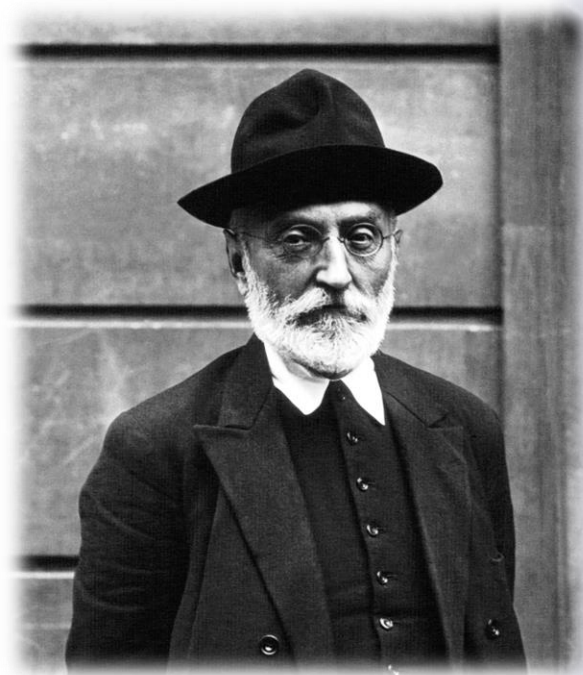


Este pensamiento de Sagan no es limitado al ámbito de la pura ciencia astrofísica. Ni muchísimo menos. Resulta de aplicación integral a lo jurídico, máxime tratándose el Derecho de una ciencia que, como es notorio, está muy peligrosamente relacionada con intereses transitorios, partidistas, y en nada ajenos, precisamente, a la presentación de la norma jurídica de una forma que parece beneficiosa cuando en realidad no lo es, y sus efectos prácticos lo demuestran, produciendo unos daños sociales muy difíciles de reparar.

Sagan era agnóstico; pero eso no le impedía afirmar que todo se rige por una serie de leyes universales, físicas, éticas, siempre invariables y que, de existir un Dios, precisamente estaría en esa eternidad que revelan los principios que generan y sustentan a la realidad. Un concepto de Dios, por otro lado, muy próximo al de Spinoza. Pues bien, si esta tesis se lleva a la materia jurídica, qué duda cabe que Sagan incluiría estos principios en el denominado derecho natural. Y sobre él en modo alguno puede haber intromisiones de ninguna facción política. No obstante, como esto puede ocurrir, y de hecho así pasa, mediante la manipulación de la opinión pública, resulta absolutamente necesario que la sociedad esté muy bien formada educativa y culturalmente para impedir, desde la crítica, tanto la suplantación del derecho natural por una moralidad *ad hoc* creada para beneficiar a algunos en perjuicio de la mayoría (al margen de que se presente de otra manera) como la generación de unas normas jurídicas que, dejando atrás aquellos principios eternos de la ética, lleguen a ser vigentes y a producir efectos prácticos, pues a partir de entonces las bases de la destrucción social ya estarán dispuestas.

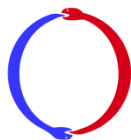
No es de extrañar, atendiendo a lo anterior, que nuestro gran autor ya vislumbrase lo que iba a ocurrir en el presente con la tecnología y la ética. La conversión del medio en un fin y el adormecimiento social con grandes dosis de

pantallas e internet. Un poder que incide en los sistemas educativos y fomenta el uso indiscriminado de lo tecnológico, para producir una situación de celebración de la ignorancia que le permita hacer lo que literalmente quiera. Y cuando el resultado llegue será muy tarde, porque en lo legal los efectos permanecen, no se borran con facilidad o cambiando sencillamente una ley por otra, aunque digan lo contrario. Una autodestrucción desde lo jurídico similar a la denominada autodestrucción tecnológica de las sociedades más avanzadas; una paradoja que tiene respuesta clara: la falta, separación o manipulación de la ética. En este punto, en la necesidad de primar la formación cultural y la educación social para evitar el colapso propiciado por los intereses espurios me resulta muy significativa la coincidencia de Sagan con Unamuno, quien afirmaba que “la libertad no es un estado sino un proceso. Solo el que sabe es libre. Solo la cultura da libertad. No proclaméis la libertad de volar, sino dad alas; no la de pensar, sino dad pensamientos. La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura”.



Miguel de Unamuno

Miremos hacia Carl Sagan, y hacia su comprensión del universo y de lo universal más allá de



lo científico, porque en esa visión está la respuesta al problema de nuestro tiempo y la evidencia de que todo es susceptible de manipulación, incluido uno de los campos más intocables para el bienestar social, como es el jurídico. Malamente podremos hablar de justicia en un contexto en el que las previsiones del magnífico divulgador se cumplen; cuando simétricamente a la pseudociencia existe un pseudoderecho, participando ambos de los mismos fundamentos conceptuales: la separación de la verdad, la postergación de la ética y la presentación como beneficioso para todos de aquello que no lo es o solo lo es para algunos.

Preveo cómo será la América de la época de mis hijos o nietos: Estados Unidos será una economía de servicio e información; casi todas las industrias manufactureras clave se habrán desplazado a otros países; los temibles poderes tecnológicos estarán en manos de unos pocos y nadie que represente el interés público se podrá acercar siquiera a los asuntos importantes; la gente habrá perdido la capacidad de establecer sus prioridades o de cuestionar con conocimiento a los que ejercen la autoridad; nosotros, aferrados a nuestros cristales y consultando nerviosos nuestros horóscopos, con las facultades críticas en declive, incapaces de discernir entre lo que nos hace sentir bien y lo que es cierto, nos iremos deslizando, casi sin darnos cuenta, en la superstición y la oscuridad. La caída en la estupidez de Norteamérica se hace evidente principalmente en la lenta decadencia del contenido de los medios de comunicación, de enorme influencia, las cuñas de sonido de treinta segundos (ahora reducidas a diez o menos), la programación de nivel ínfimo, las crédulas presentaciones de pseudociencia y superstición, pero sobre todo en una especie de celebración de la ignorancia. En estos momentos, la película en vídeo que más se alquila en Estados Unidos es *Dumb and Dumber*. *Beavis y Butthead* siguen siendo populares (e influyentes) entre los jóvenes espectadores de televisión. La moraleja más clara es

que el estudio y el conocimiento —no sólo de la ciencia, sino de cualquier cosa— son prescindibles, incluso indeseables.

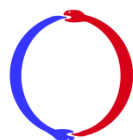
En mi opinión, es mucho mejor entender el universo tal como es que persistir en el engaño, a pesar de que éste sea confortable.

Si algo puede ser destruido por la verdad, merece ser destruido.





Con la poetisa Julieta Valero



Encarnación Sánchez Arenas

continuos giros lingüísticos son su modo de hacer tambalear la aparente solidez de los enunciados que nos transmiten las consignas políticas y el lenguaje periodístico (Gómez Toré, 2017: 171). A través de la experiencia como espectadora del proceso de adquisición del lenguaje de Lara, su hija, la voz lírica reaprehende su funcionamiento. A nivel temático, no cabe duda de que el objeto principal del poemario y el eje vertebrador de este es la llegada de una hija a un seno familiar compuesto por dos madres.



Julieta Valero (Madrid, 1971) es una poeta española en lengua castellana.

Entre sus poemarios tenemos *Altar de los días parados* (2003), *Los heridos graves* (2005), *Autoría* (2010), *Que concierne* (2015), *Los tres primeros años* (2019), *Mitad* (2021).

Julieta Valero lleva a cabo en su último libro, *Los tres primeros años* (2019), una crónica de la llegada al mundo de su hija Lara que se enmarca en una reflexión sobre la propia idea de la maternidad. No obstante, antes de detenernos en el contenido del poemario, cabe llamar la atención sobre el particular estilo de Valero. Sus poemas se construyen desde una agramaticalidad consciente y medida, cuyo propósito es poner en tela de juicio el *statu quo*, de manera que las elipsis, las rupturas sintácticas y los

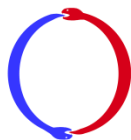
Julieta Valero

Los tres primeros años

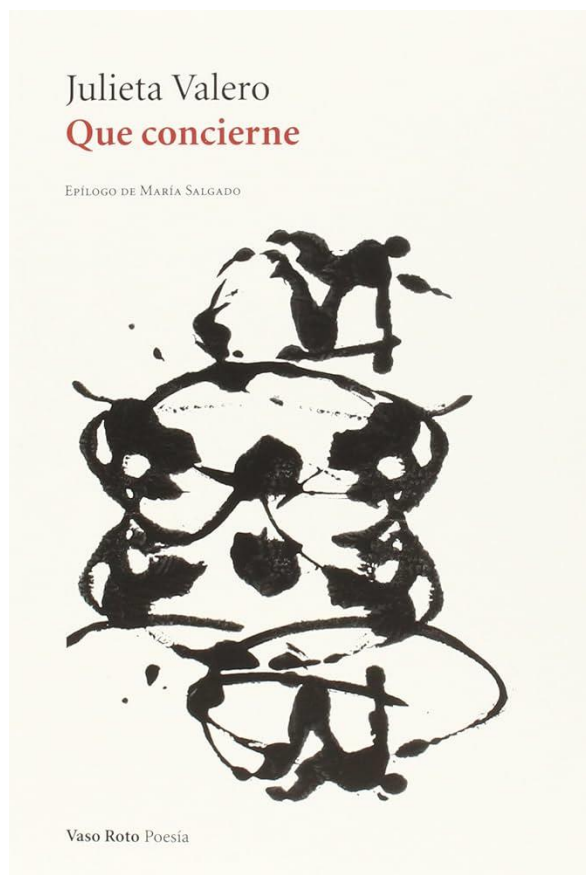


Vaso Roto Poesía

En este sentido, conviene recordar que ya en *Que concierne* se anunciaba este acontecimiento, en poemas como “Avión”: “Tú en mi vientre tubular a once mil pies de altura. / No entras en pánico por la misma razón en que apenas piensas la muerte” o “Anunciación”: “Cuando nos hayamos diluido, y el último rastro de humedad /y de afecto sobre nuestros retratos /[...] cuando el olvido siga constituyendo al mundo como es su /deber, su compost, su premura/ seguirás de pie en nuestra cocina, escuchando a las cebollas, /la frente perlada de



generosidad y de viajes al centro de /la Tierra. La mujer que le lee sus derechos a la belleza. /Nuestro hijo ahí. /”, como indica Carmen Medina Puerta en “El tema de la maternidad en las poetisas españolas actuales: Miriam Reyes, Érika Martínez, Raquel Lanseros y Julieta Valero”.²



El erotismo lésbico o fuera de lo heteronormativo será representado por Julieta Valero a través de un sujeto protagonista que disfruta de sus relaciones con mujeres (“Frontal”, *Mitad*, 2021) o la descripción de mujeres vistas como objetos eróticos, desde una perspectiva de género (“Galicia- Agosto- Otra mujer”, *Altar de los días parados*, 2003). Valero nos hace partícipe los encantos y desencantos de su sujeto erótico mediante una escritura que juega con el lenguaje y que a veces bebe de esa escritura automatizada de las vanguardias que intenta reflejar el inconsciente y el mundo de los sueños (“Esta mujer que soy eres no cabe...”, *Mi-*

tad, 2021), como apunta Nerea Aguilar Aguilar en *El sujeto erótico y el cuerpo en la poesía de Miriam Reyes, Julieta Valero, Erika Martínez y Raquel Lanseros* (2023).³

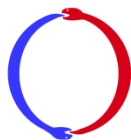
Texto publicado en el *Diario Jaén* el 22/6/2024

² Artífar 20.2 (2020) Monográfico, pp. 183-204.

³ e-spacio.uned.es

**El cómic: los monstruos de
Emil Ferris
No sin mi cuaderno (I)**





Pilar Úcar Ventura



Lo que más me gusta son los monstruos de Emil Ferris. Dos volúmenes que pesan por su tamaño y su contenido al que me enfrento con ganas, interés y calma: conviene preparar la mente y el cuerpo para ver y leer, leer y ver, casi sin pestañear la que se nos viene encima; se trata de un ¿cómic?, ¿un tebeo?, ¿una historieta?, ¿una novela gráfica?

Demasiados interrogantes nada más comenzar para dedicar estas líneas a Emil Ferris (Chicago, 1962). Parece que tengo delante un cuaderno de rayas y de anillas, con agujeros en los márgenes, de esos cuyas hojas se arrancan y luego se acumulan en un archivo de anillas.

Dibujos y más dibujos, *horror vacui*, ni un espacio sin rellenar, bocadillos llenos de letras mayúsculas. “Poco a poco” va a ser el mantra que domine para avanzar en la lectura de dos ejemplares marcados por el “feísmo gráfico”

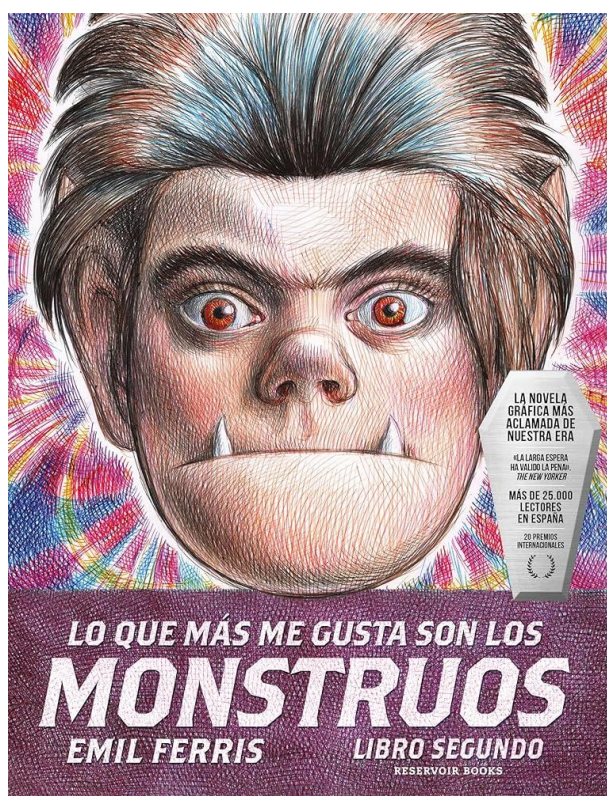
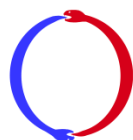
que ya se advierte en las portadas del volumen I y del volumen II.

Lo que más me gusta son los monstruos, léida ahora del tirón, así es como la he deglutido, sin pausa y con prisa; prisa por terminar, por averiguar el quid de una historia tejida de otras historias.

La serie de viñetas dibujadas sin escuadra y cartabón por la escritora, famosa diseñadora gráfica estadounidense, configuran una red laberíntica que envuelve al lector desde el principio. Y algunos aseguran que leer cómic es un género menor, para ingenuos y cerebros escuetos...



Emil Ferris y sus “tebeos” convertidos en *best-seller*, auténtico éxito internacional, nos planta frente a un ojo “visor” un cúmulo de trampas que invaden y contagian la materia gris desde el primer momento: llegamos al “nife” y emergemos a la estratosfera a pura convulsión, sofoco y angustia. Ya lo ha conseguido, estamos dentro de un campo minado, bombas racimo que se expanden al pasar una y otra página.



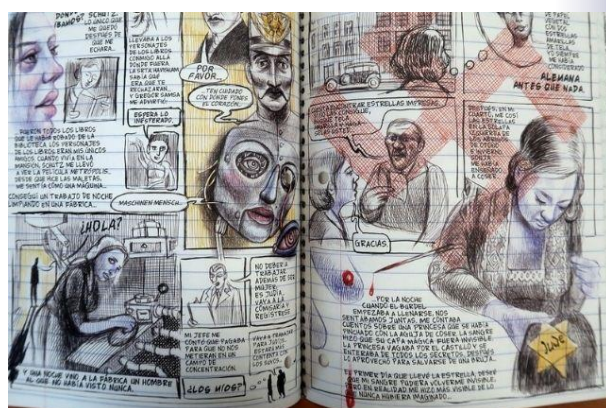
Ahora que se lleva tanto el debate entre la separación o no del autor y su obra, es decir, cuánto hay del uno en su producción, Emil Ferris deviene en demiurgo y moldea una criatura, Karen Reyes, la joven protagonista de la historia con la que ha logrado construir una odisea de la identidad.

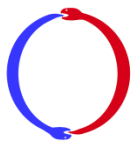


Asistimos, pues, a una aventura iniciática de los primeros años hasta la edad adulta para aprender y entender la realidad familiar, descubrir la orientación sexual y recuperar el amor tras muchos golpes.

Y en medio de todo este trasiego, de un ambiente corrosivo, aparece el arte, la puerta a la evasión. El bolígrafo de la historietista afila aristas sociales y humanas para dejar un resquicio de fantasía salvadora con las visitas que la niña lobo, disfrazada de detective, hace al Instituto de arte de Chicago, todo un recorrido para aliviar tropiezos ficticios y reales como los que padeció la creadora: meses en el hospital por una parálisis por contraer el virus del Nilo, embargo de la primera edición de su obra por la quiebra de la naviera que traía los ejemplares impresos en Asia...

A diferencia de otros cómics, de viñetas fluidas y fácil paseo ocular, Emil Ferris, nos obliga a fijar la vista con ahínco y a no perder el hilo de tanta letra apretada que se desparrama por las hojas de su cuaderno sin atisbo de milímetro espacial desaprovechado. El magma que bulle amenaza con explotarnos de pura emoción, intriga y suspense mientras intentamos avisar a Karen Reyes, que vive y crece en una atmósfera hostigante, de los peligros que conlleva intentar averiguar el asesinato de su amiga y vecina Anka Silveberg.



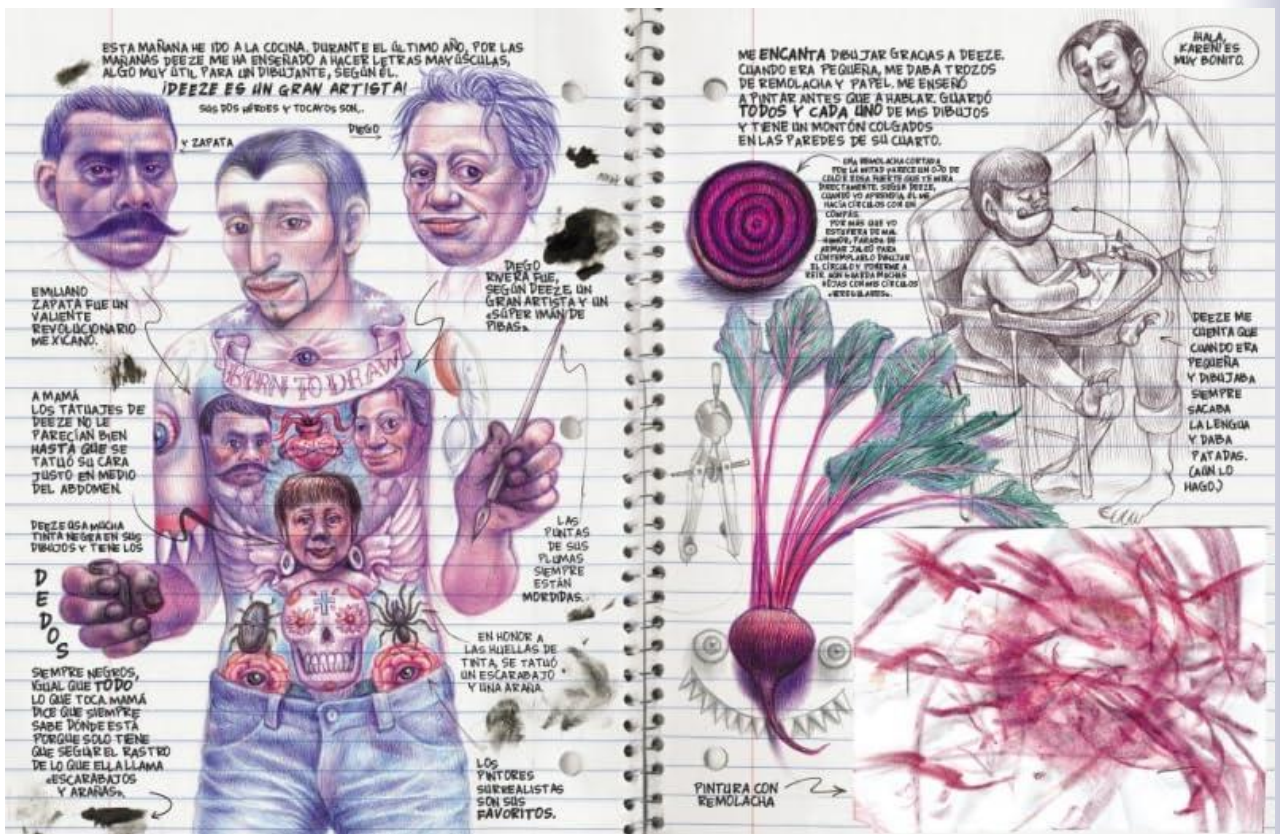


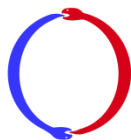
Lanzada a la vorágine de una ciudad en plena descomposición, descubre los recovecos más abyectos del ser humano, sus miserias y su capacidad de destrucción; no se eluden temas como el Holocausto o la guerra de Vietnam, los conflictos sociales entre jóvenes del extrarradio urbano, la xenofobia, la prostitución..., no queda otra que reinventarse en niña lobo, un monstruo que, a Karen, la mantiene al margen, o eso cree ella, de los hechos más abominables que la rodean; sufrirá, no obstante, decepciones de ese propio microuniverso de monstruos y con ella lloramos y nos asustamos en medio de algún que otro remanso placentero por las salas llenas de pinturas históricas, retratos mitológicos y cuadros fantásticos de la mano de su tormentoso y turbio hermano Deeze.

Como en un torbellino, poco descanso recibe el lector que desea tomar una bocanada de aire para continuar con la narración arrolladora de nuevas páginas rebosantes de una auténtica intralectura polisémica; atisbamos cultura y cinismo, crítica y ternura, pasión y dolor, simbo-

lismo y sinceridad, sarcasmo, surrealismo, acidez y humor, esa suerte de inteligencia humana, extremadamente creativa, que se ha de saber administrar; por eso, hay que poner las dentritas a trabajar y aguzar el ingenio para estar pendiente de todo lo que Emil Ferris dibuja y escribe o escribe y dibuja, no sé si tanto monta. Cuatrocientas páginas de un cómic sorprendente, cuya autora fue premiada con el *Will Eisner*.

Sus dos cuadernos “figurados” y reales suponen un descendimiento al submundo para pintar la realidad más real según la acerada y comprensiva percepción de la historietista, que, a la manera de los cuentistas clásicos y tradicionales, retrata los miedos infantiles, el paraíso perdido, las imágenes interiorizadas del inconsciente abisal: el bosque protege, el armario habla, las pisadas ayudan, la cama esconde; elementos inanimados que cobran hálito vital a través de recuerdos pretéritos: las escaleras del portal, los vecinos del barrio, el patio de la escuela, el tráfico de las calles...



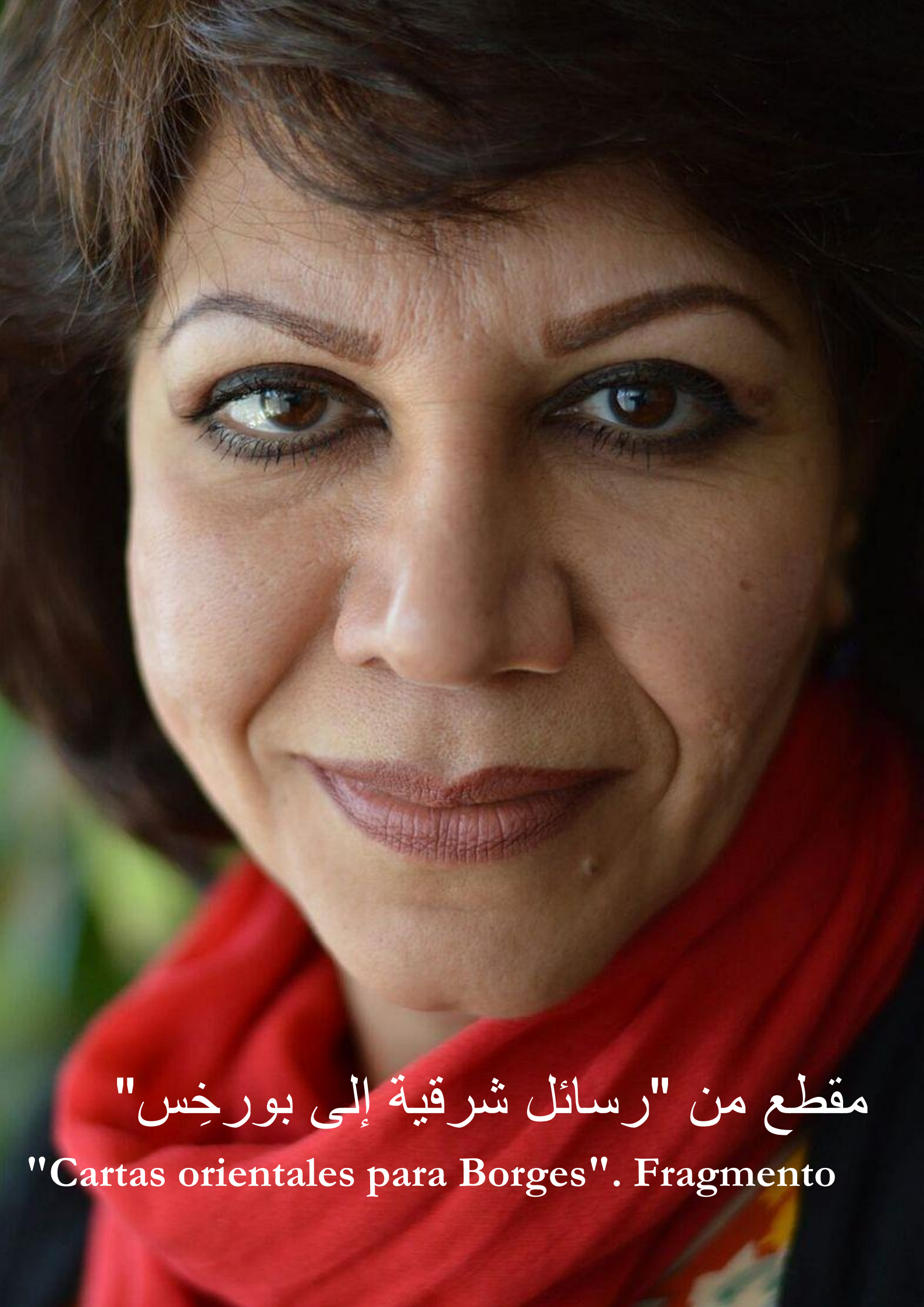


La protagonista, un ser-personaje estrafalario, se incardina en una narración dibujada con gran complejidad, atrayente y atractiva, asumiendo su carácter de monstruo, sin duda trasunto de algunos episodios traumáticos de la propia autora, singular artista que propone una resignificación del cómic, una nueva perspectiva comprensiva y humanizadora para alejarse de la vorágine social.

La niña lobo se lanza a la búsqueda de un lugar mejor donde poder vivir libremente y hacer realidad sus mejores deseos para el bienestar de su familia; se resiste a crecer porque sabe lo que le espera y no puede soportar la barbarie que le rodea; la pérdida de la inocencia es otro de los temas que impregnan las páginas dedicadas a esos *monstruos* tan reales como fantásticos. Karen Reyes nos enseña su oscura ciudad y a quienes circulan por ella como en un escenario de cartón piedra: músicos, prostitutas, niños, familias y jóvenes, con forma humana, pero monstruos, que poco tienen de guiñoles manejados por las cuerdas del maestro titiritero; hirientemente reales del pasado y del presente, muy personales, sin duda.

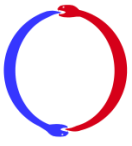
Existen tramos en la lectura del cómic que sugieren motivos hipnóticos, a modo de regresión visual, sin cerrar los ojos ni perder la pista de los dibujos, a veces erráticos, otras inconexos, siempre fascinantes. El análisis simbólico y semiológico, presente en ambos volúmenes —al que dedicaremos el siguiente artículo— permite un mayor conocimiento de los problemas sociales que acuciaban la década de los sesenta en los Estados Unidos y favorece la profundización en sus consecuencias actuales.

Con *Lo que más me gustan son los monstruos* asistimos a una prueba más constatable de que el cómic no es un género menor, sino que se ha consolidado ya de forma solvente e ineludible.



مقطع من "رسائل شرقية إلى بورخس"

"Cartas orientales para Borges". Fragmento



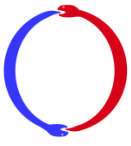
Abdo Tounsi

مقطع من "رسائل شرقية إلى بورخس" **

باهرة عبد اللطيف / إسبانيا*

الزمنُ كرةٌ أرضيةٌ
تزيحُ غبارَ تواريخها
حيناً
ذاكراتٌ فذةٌ
تصقلُها
مرايا ثرينا وجوهنا
المجرحة بالحنين
لأزمنةٍ سوانا.
أحايينُ أخرى
تتقاذفُها
أقدامُ فظةٌ
تهتكُ خرائطها
وتُبقي على تضاريس
تعوي فيها أيامنا
المخدولةُ
بين تقاويم
الآخرين.

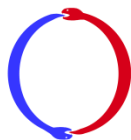
" كل زمانٍ مضى كان أفضل... "
هكذا شاءتِ المقولةُ



المستنفدة.
زمني لم يأت بعد
مازلت أنتظره وأتلهى
بظلال الكرة الأرضية
المنقوشة بملايين الحروف
المتوهجة الآن
في عينيك المطفأتين.
هل تحدث
كم موت ساعيد قراءته
قبل أن أقطع
براريك المهدبة
بأشعار الغرباء
لأصل إلى زمني،
لأهتدي إلي؟!!

*كاتبة ومترجمة وأكاديمية عراقية مقيمة بإسبانيا.

** من قصيدة للشاعر الاسباني خورخي مانريكي (1440- 1479) الشهير بمرثيته لوالده.



"Cartas orientales para Borges". Fragmento **
Bahira Abdulatif/ España*

El tiempo es una esfera terrestre.

A veces, desempolvan sus fechas,
unas memorias prodigiosas,
puliéndolas cual espejos
que nos muestran las caras
malheridas de nostalgia por
los tiempos de otros.

Otras veces, unos pies rudos la patean
destrozando sus mapas,
dejando en su topografía
nuestros días desgarrados
aullando entre los calendarios
de los demás.

"Cualquiera tiempo pasado fue mejor..."

¡Así es como implora el verso manoseado!

Mi tiempo no ha llegado,
aún lo estoy esperando mientras
me divierto con
las sombras de la Tierra,
tatuadas con millones de letras
incandescentes ahora
en tus ojos apagados.

Adivinarías, cuánta muerte
tendré que volver a leer,
antes de recorrer
tus sofisticadas pampas
allanadas por los versos
de los forasteros,
para alcanzar mi tiempo
y encontrarme!

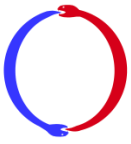
* Escritora, traductora y académica iraquí
afincada en España.

** De un poema del poeta español Jorge Manrique (1440-1479), famoso por su epitafio a su padre.

عائشة البصري

Aicha Elbasri





Encarnación Sánchez Arenas

عائشة البصري شاعرة وروائية. هي زوجة الشاعر حسن نجمي وأم الشاعرة ريم نجمي .
عائشة عضوة باتحاد كتاب المغرب وعضوة بين الشعر بالمغرب. تُرجمت قصائدها إلى الإسبانية والفرنسية والألمانية
والتركية والإيطالية.
من بين دواوينها المنشورة:
مساءات (2001)
شرفة مطفأة (2004)
صديقي الخريف (2009)
حوريات البحر (2014)
لعائشة عدة روايات منشورة

Aicha Elbasri es poetisa y novelista. Es la esposa del poeta Hassan Najmi y madre de la joven poetisa Rim Najmi.

Aicha es miembro de la Unión de Escritores de Marruecos y de La casa de la Poesía de Marruecos. Su poesía ha sido traducida al español, al francés, al italiano, al turco y al alemán. Ha publicado varios poemarios:

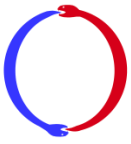
Tardes (2001)

Un balcón apagado (2004)

Mi amigo, el otoño (2009)

La sirena del mar (2014)

Aicha Elbasri también ha publicado varias novelas.



لاحيء

إِلَى أَيْنَ تَمْضِي الْآنَ
وَقَدْ مَرَّقْتَ قَدَمَيْكَ طُرُقَ اللَّاعِودَةِ؟
إِلَى مَنْ سَتَرْفَعُ رَأْسَكَ بِالْدُّعَاءِ ،
فَالسَّمَاءُ تَشْتَظُّ مَرَايَا لَا تَعْكُسُ رُوحَ أَحَدٍ؟
إِلَى مَنْ تَمُدُّ يَدَكَ الْغَرِيقَةَ؟
الْبَحْرُ أَخَذَ سُفْنَهُ وَهَاجَرَ
لِيَمُوتَ، هُنَاكَ ،
وَحِيدًا ،
فِي الضَّقَةِ الْأُخْرَى لِلْعَالَمِ.
وَالنَّهْرُ غَادِرُ الْمَدِينَةِ دُونَ اسْتِئْذَانٍ.
لِمَنْ تُلَوِّحُ؟ مَنَادِيْلُ الْوَدَاعِ أَنْقَلَتْهَا
دِمَاءُ الْأَخَوَةِ الْمُتَقَاتِلِينَ ،
عَلَى خَرِيْطَةٍ لَمْ تَكْتَمِلْ بَعْدُ ،
وَيُوسُفُ مَا زَالَ فِي الْجَبِّ ،
يَنْتَظِرُ عُبُورَ قَافِلَةِ الْغُرَبَاءِ.

Refugiado

¿Adónde vas ahora?

¿Los caminos sin retorno han destruido tus pies?

¿A quién vas a alzar tu cabeza cuando reces?

¿Es que el cielo se hizo añicos que no reflejan al alma de nadie?

¿A quién vas a tender tu mano que se ahoga?

El mar cogió sus naves y se fue

para morir, allí,

solo,

en la otra orilla del mundo.

El río abandonó la ciudad sin pedir permiso.

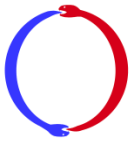
¿A quién saludas? Los pañuelos de la despedida pesan

por la sangre de los hermanos que se matan entre sí

por un mapa que no está completo.

José todavía está en el pozo,

esperando que pase la caravana de desconocidos.



Víctor Hugo Pérez Gallo

Crítica al poema “Refugiado”, de la poetisa Aicha Elbasri

Este poema retrata con poderosa empatía la soledad y la desesperanza del refugiado. A través de una serie de preguntas retóricas, nos transporta a la mente angustiada de alguien que ha perdido todo punto de referencia familiar: ya no tiene un hogar, una comunidad o un lugar de culto al que dirigirse. Incluso el cielo y el mar, símbolos de constancia, parecen haberse evaporado.

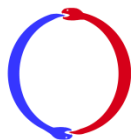
El lenguaje es sencillo pero preciso, logrando transmitir de manera visceral la confusión y la vulnerabilidad del refugiado. Los detalles como "José todavía está en el pozo" añaden una potente dimensión humana a la experiencia.

Formalmente, el uso de preguntas alimenta una sensación de búsqueda desesperada, mientras que la estructura repetitiva refuerza la soledad recurrente del sujeto. La métrica fluida y el ritmo taciturno contribuyen a generar una atmósfera de tristeza resignada.

Por otra parte, este poema logra captar de manera conmovedora la experiencia de los refugiados y desplazados en la actualidad a través de diferentes elementos:

- La sensación de desorientación y pérdida de identidad se refleja en las preguntas sobre adónde ir y a quién rezar o pedir ayuda. Esta incertidumbre representa lo que sienten millones de personas obligadas a abandonar sus hogares.
- La pérdida del hogar y la patria están simbolizadas por el mar que se lleva las naves y el río que abandona la ciudad. Igual que los refugiados se ven forzados a dejarlo todo atrás de manera repentina.
- La soledad que enfrentan al emigrar a nuevas tierras se expresa con la repetición de "solo". Al llegar a otros países, a menudo no conocen a nadie.
- La violencia que los desplaza se alude a la "sangre de los hermanos que se matan". Conflictos armados internos son la principal causa de desplazamiento hoy.
- El esperar en un "pozo" a pasar la "caravana de desconocidos" transmite la larga espera en campos de refugiados o centros de acogida provisionales.

En suma, a través de metáforas sencillas pero potentes, el poema capta los principales elementos que configuran la dura realidad de quienes se ven obligados al éxodo en la actual crisis



de refugiados. Su lectura conmueve por la universalidad de la experiencia que describe.

La autora emplea la concisión de las estrofas y la yuxtaposición de ideas a través de comas para simular la rapidez con la que los desplazados deben huir de sus hogares y los pensamientos atropellados que les generan las situaciones de emergencia. Esta brevedad y ausencia de puntos transmiten de manera más verosímil la urgencia del desplazamiento.

Otro recurso poético utilizado es el empleo del presente de los versos. Esto produce que la lectura sea más inmediata y traslade al lector a vivir en tiempo real la situación. Este efecto se ve reforzado por la repetición anafórica de "a quién" al inicio de los versos pares, la cual funciona como un estribillo que enfatiza la sensación de soledad y vacío.

Imágenes como el "mapa que no está completo" añaden una dimensión geográfica a la representación, evocando la desubicación y la pérdida del sentido de pertenencia. Asimismo, alusiones a elementos bíblicos como el pozo y la oración apelan a significados universales para lograr mayor empatía en quien lee.

Por último, el lenguaje sencillo y coloquial empleado facilita la identificación del lector con la experiencia humana representada de manera conmovedora a través de estos versos.

A pesar de la distancia temporal, este poema presenta diversas semejanzas con la poesía escrita en la tradición de la *zéjel* o *muwashshah* en al-Ándalus durante el siglo XII. Al igual que en la lírica hispanoárabe medieval, hace uso de la meditación sobre temas universales vinculados a la condición humana, el destierro y la búsqueda de identidad, muy presentes en ambas tradiciones poéticas.

También emplea una estructura basada en estrofas breves unidas por el ritmo y la rima, siguiendo patrones similares a los de la *zéjel*, al tiempo que recurre a metáforas como la naturaleza para expresar estados internos. Del mismo

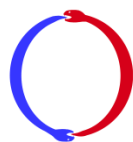
modo, utiliza un lenguaje sencillo y cotidiano, apelando a significados universales a través de imágenes culturales, con el fin de transmitir emociones de forma íntima. De esta manera, a pesar de los siglos transcurridos, puede establecerse un paralelismo entre ambas formas de lírica en cuanto a sus temas, estructura y funciones.

Los temas tratados en este poema sobre refugiados, al igual que en la poesía producida en al-Ándalus, comportan una notable universalidad que trasciende las barreras espaciotemporales, pudiendo establecerse los siguientes puntos de comparación:

Ambas abordan preocupaciones humanas fundamentales como la pérdida del hogar, la soledad derivada del desarraigo y la búsqueda de una identidad en un mundo hostil.

- Pese a los siglos que median, los sentimientos de desorientación, nostalgia y fragilidad ante lo desconocido que evocan resultan perfectamente reconocibles hoy en día.
- Utilizan símbolos e imágenes como el mar, el mapa o la oración que remiten a significados existenciales comunes a diferentes contextos culturales.
- Apelan a una sensibilidad estética compartida a través del lenguaje poético y los recursos formalizados, aun empleando registros lingüísticos diversos.
- Plantean interrogantes sobre la condición humana y el sentido de la existencia que han preocupado a las sociedades de distintas épocas.
- Logran una identificación empática en el lector desde su capacidad para retratar emociones, conflictos y situaciones arquetípicas.

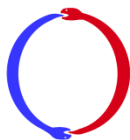
De este modo, ambas tradiciones poéticas demuestran que a través de la belleza literaria es posible abordar temas de una inquietante permanencia en el tiempo.



En conjunto, este poema ofrece una imagen conmovedora de la precariedad del refugiado, logrando sensibilizar sobre su situación a través de una economía formal y un lenguaje sencillo pero profundamente emotivo. Supone un valioso testimonio poético que humaniza la compleja realidad de los desplazados.



Jean Azarel



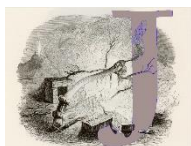
Texto y traducción de **Miguel Ángel Real**

Ha sido invitado a numerosos festivales y sus poemas han sido publicados en diversas revistas.

Fue finalista del Premio Goncourt de la biografía Edmonde Charles Roux 2023, seleccionado al premio Renaudot 2023 en su categoría de ensayos pour *Vous direz que je suis tombé*, biografía del escritor Jack Alain Léger y sus heterónimos, (Séguier, 2023) y ha recibido el Premio Xavier Grall 2024 por el conjunto de su obra.

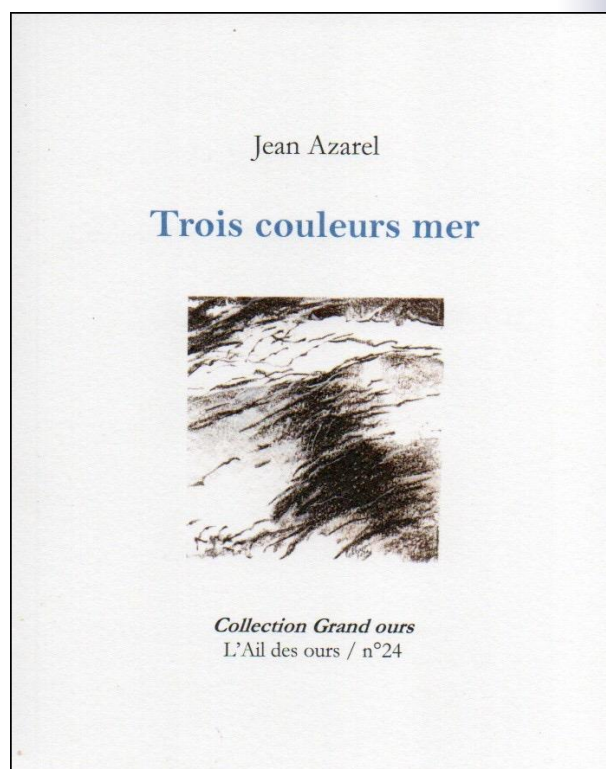
Los últimos títulos publicados de su amplísima bibliografía son:

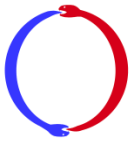
- *Contemporanéité des abîmes*, poesía (Sémaphore, 2023).
- *Trois couleurs mer*, poesía, (L'Ail des Ours, 2024).
- *Le chant des au revoir* (para Joan Baez), (L'Atelier du Hanne-ton).



Jean Azarel (1954). Su obra se inspira en la comedia de lo cotidiano, en la bahía de Audierne y en las pendientes de granito del Monte Lozère, para fabricar unas obras profundamente eclécticas (poesía, biografía, prosa, relatos, libros de artista) en las que conviven testimonios de vida, ósmosis de paisajes y *rock and roll attitude*. Cronista, conferenciante, miembro activo de la asociación poética *Poèmes Bleus* (Douarnenez) y de la Casa de la Poesía de Quimperlé, en Bretaña.

Sus escritores de referencia son los poetas de la Beat Generation, Luc Dietrich, Arthur Rimbaud, Léonard Cohen, los novelistas escandinavos, y entre los contemporáneos Roger Boute-feu, Perrine Le Querrec, Alain Jégou, Jack Alain Léger, Jacques Cauda, Xavier Grall, Sara Bourre.





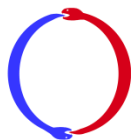
Poemas de *Trois couleurs mer*

(Ed. L'Ail des ours, 2024)

Ce serait donc ça la poésie,
des oiseaux se déplaçant
tels des danseurs d'opéra
sur le sable mouillé.
Ce serait donc ça la poésie,
une valise ouverte
abandonnée sur la plage
que le suroît bringuebale
pour laisser s'envoler les poèmes.
Ce serait donc ça la poésie,
les bouillonnements utérins
de la mer déchaînée
enfantant des instants de grâce.

Así que eso sería la poesía,
pájaros en movimiento
como bailarines de ópera
sobre la arena mojada.
Así que eso sería la poesía,
una maleta abierta
abandonada en la playa
que el viento del sur sacude
para dejar volar los poemas.
Así que eso sería la poesía,
los burbujeos uterinos
del mar embravecido
dando a luz momentos de gracia.

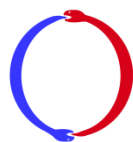




Dans les profondeurs chavirées
un chabot-buffle médite sur le sort
de l'océan éventré
par les chercheurs de lithium.
Les particules fines en colère
brûlent les yeux des hommes
là où le jonc fleuri résiste.
Messagers des lointains,
les goélands emportent dans leurs becs
les voix des noyés.
Rien ne saurait entraver
la marche des avidités,
ni les vagues ni l'amour,
ni les cheveux d'or du soleil
posés sur la mer.

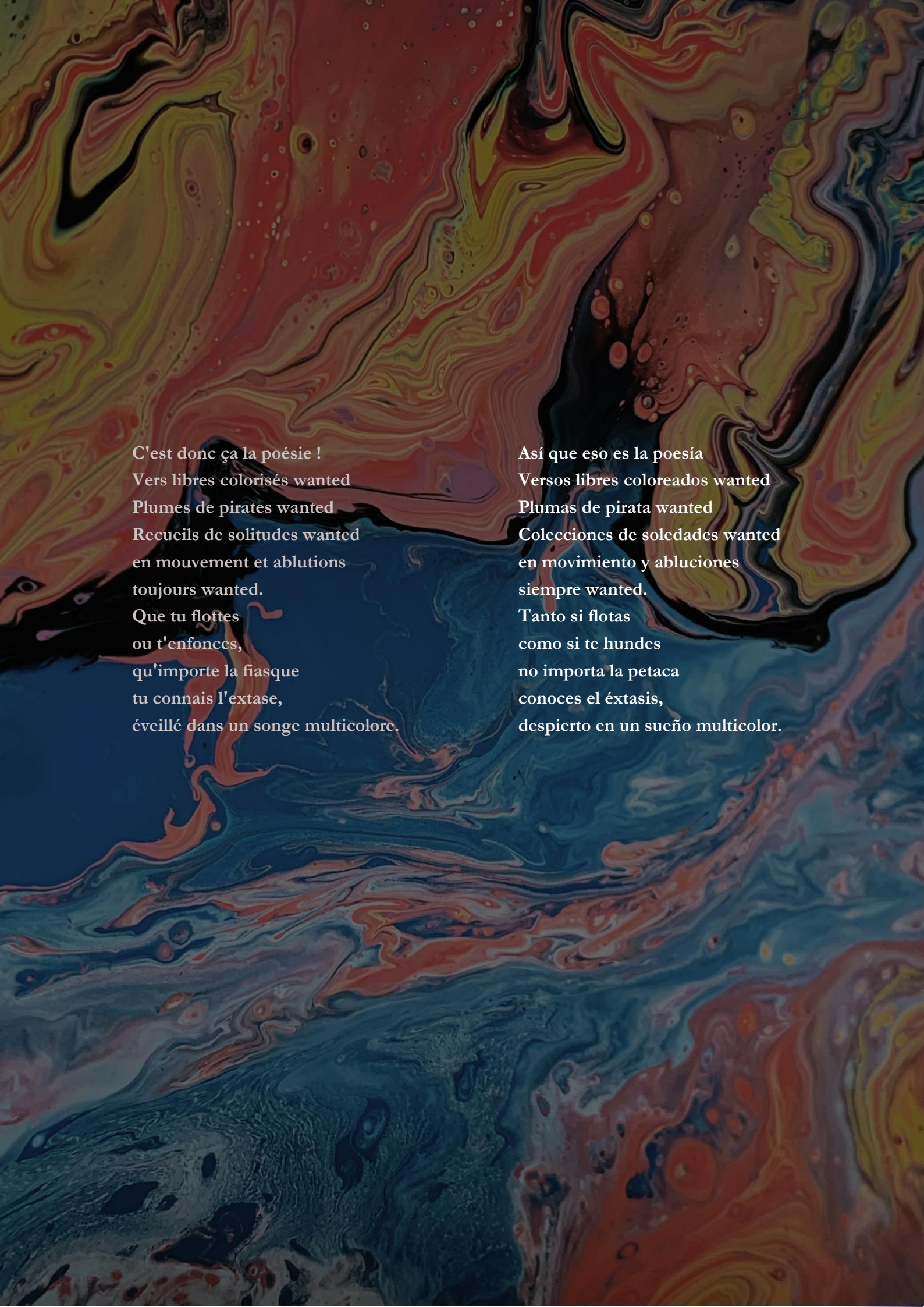
En las profundidades zozobradas
un cabracho reflexiona sobre el destino
del océano desgarrado
por los buscadores de litio.
Las partículas finas enojadas
queman los ojos de los hombres
allá donde el junco florido resiste.
Mensajeras de la lejanía,
las gaviotas llevan en sus picos
las voces de los ahogados.
Nada puede interponerse
a la marcha de las codicias,
ni las olas, ni el amor,
ni los cabellos dorados del sol
sobre el mar.





Arpenteur des rias,
n'as-tu point soulevé
puis remis en place
les galets du doute ?
De trois points rouges sur la mer,
le crépuscule recoud les grilles
des yeux ébréchés
par les fusions capitales.

Caminante de las rías,
¿acaso no levantaste
y volviste a poner en su sitio
los guijarros de la duda?
Con tres puntos rojos en el mar,
el crepúsculo cose de nuevo las rejas
de los ojos astillados
por las fusiones capitales.

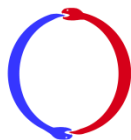


C'est donc ça la poésie !
Vers libres colorisés wanted
Plumes de pirates wanted
Recueils de solitudes wanted
en mouvement et ablutions
toujours wanted.
Que tu flottes
ou t'enfonces,
qu'importe la fiasque
tu connais l'extase,
éveillé dans un songe multicolore.

Así que eso es la poesía
Versos libres coloreados wanted
Plumas de pirata wanted
Colecciones de soledades wanted
en movimiento y abluciones
siempre wanted.
Tanto si flotas
como si te hundes
no importa la petaca
conoces el éxtasis,
despierto en un sueño multicolor.



Almario



Augusto Guedes

¿Que queda no meu almarío
baleiro de escumas afastadas,
de noites estrelecidas, de soportais
con chuvias amigas?...

... apenas as vellas maletas,
cansadas de cabalgar nubes,
rotas polas areas dos recordos,
cheas dos pasos que quedaron.

As cancións tecen o soño
que leva ao mar
e os meus zapatos
deseñan camiños imposibles

Mañá xunto as gaivotas
durmidas e as lúas de agosto
escribirei no almarío o teu nome

¿Que queda en mi almarío
vacío de espumas lejanas,
de noches estrelladas, de soportales
con lluvias amigas?...

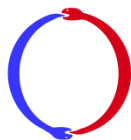
... apenas las viejas maletas,
cansadas de cabalgar nubes,
rotas por las arenas de los recuerdos,
llenas de los pasos que quedaron.

Las canciones tejen el sueño
que lleva al mar
y mis zapatos
diseñan caminos imposibles

Mañana con las gaviotas
dormidas y las lunas de agosto
escribiré en el almarío tu nombre



Dos poemas de *Plizcos*



Alfredo Garay

CALMA

Ruémpesme les prieses y enséñesme
a pelar sele una naranxa,
a saborear los gaxos ún a ún.
Güel a azahar mientras t'esnudes
y apago la mio sede nos tos llabios
de carne perenne.

LA TO VOZ

Teo señardá de cuando me tomes
pronunciando'l mio nome
como naide me llama.
Como solo tu lu dices.
Y me pides
colos güeyos zarraos

que nun apague la lluz

que dexe

la luna prendida.

CALMA

Me rompes las prisas y me enseñas
a mondar una naranja,
a saborear los gajos uno a uno.
Huele a azahar mientras te desnudas
y apago mi sed en tus labios
de carne perenne.

TU VOZ

Tengo añoranza de cuando me nombras
pronunciando mi nombre
como nadie me llama.
Como solo tú lo dices.
Y me pides
con los ojos cerrados

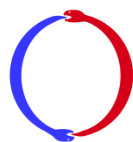
que no apague la luz,

que deje

la luna encendida.

Espuma de mar





Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

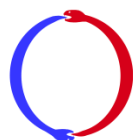
Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

Novela

La editora y escritora bonaerense María Fasce (1969) ha sido la ganadora del Premio Café Gijón de novela en su edición de 2024, según firma el jurado del certamen constituido por Pilar Adón, Ricardo Menéndez Salmón, Gioconda Belli, Marcos Giralt Torrente y Mercedes Monmany. La obra ganadora fue *Al final del bosque* y resultó finalista la novela *Parabere*, escrita a cuatro manos por el librero y editor de Machado Libros Aldo García Arias y la periodista argentina Andrea Cabrera Kñallinsky. María Fasce tiene una dilatada carrera en el mundo de los libros como editora de Emecé Editores, Editorial Planeta, Grupo Santillana, como directora editorial de Norma, como directora ejecutiva de Alfaguara y de Taurus y, desde 2020 como directora literaria de Alfaguara, Lumen y Reservoir Books, todos ellos sellos del grupo editorial Penguin Random House. Hasta la fecha ha publicado nueve obras (sin incluir la que acaba de ser premiada) y ha recibido el Premio Fondo Nacional de las Artes de Argentina de 1999 por *La felicidad de las mujeres* (publicado en 2000 por editorial Planeta), el Premio del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires de 2012 a Novela inédita por *Dos extraños*, el Premio Iberoamericano de Relatos "Cortes de Cádiz" de 2015 por *Un hombre bueno* (publicado en 2016 por la Editorial Algaida) y el Premio del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires de 2015 a Libro de relatos inédito por esa misma obra.

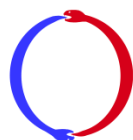
La novela ganadora, *Al final del bosque*, en palabras del jurado “indaga en asuntos como el desarraigo, la frontera entre razón y locura o las servidumbres y miserias familiares”. La editorial Siruela publicará esta obra y la finalista a comienzos del próximo 2025.

NOVELA		Convocatorias de concursos que se cierran en octubre de 2024		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Biblioteca Breve	1	≥ 150	Seix Barral (España)	30 000
"Camilo José Cela" de narrativa	15	125 a 250	Diputación Provincial de Guadalajara (España)	7 000
Concurso anual de literatura para escritores noveles	15	75 a 150	Diputación de Jaén (España)	2 000



Relato corto y cuento

NARRATIVA CORTA	Convocatorias de concursos que se cierran en octubre de 2024			
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Relatos cortos sobre el Camino de Santiago	1	≤ 2	Asociación de Amigos del Camino de Santiago en Navarra (España)	300
Certamen literario de relato corto "Tito Simón"	6	7 a 12	Asociación Cultural "Romeral Vivo" (España)	500
Certamen de poesía y narrativa "Habla de mí"	10	5 a 10	Casa de Ceuta en Barcelona (España)	300 100
Relatos cortos "Vieiragrino"	15	≤ 7	Asociación "Amigos del Camino de Santiago" (España)	600 300
Camp del Turia	15	≤ 10 líneas	Asociación Camp del Turia (España)	150
Certamen literario Alberto Magno de ciencia ficción	18	15 000 a 25 000 palabras	Facultad de Ciencia y Tecnología de la Universidad del País Vasco (España)	2 000 1 000
Carolina Planells contra la violencia de género de narrativa corta	18	≤ 15	Ayuntamiento de Paiporta (España)	600
Relatos cortos del ateneo de jerez. 2024 «José Manuel Caballero Bonald»	20	5 a 7	Ateneo de Jerez (España)	300
Certamen literario Villa San Esteban de Gormaz	21	5 a 10	Ayuntamiento de San Esteban de Gormaz (España)	750 450 300
Relatos breves "Asociación De Vecinos La Tusa" De Mingorría"	30	≤ 3	Asociación de vecinos La Tusa (España)	150 100 50
"Eliezer Ben Alantansi" de narrativa de libros de viajes y experiencias viajeras	31	250 000 a 450 000 caracteres	Editorial Dobleuve (España)	4 000
Microrrelatos mineros "Manuel Nevado Madrid"	31	≤ 2 800 caracteres	Fundación Juan Muñoz Zapico (España)	600 300
Certamen de relatos aragoneses "Peña Solera Aragonesa"	31	6 a 8	Peña Solera Aragonesa (España)	1 000
Relato corto "Una historia con Renault"	31	≤ 5	Renault y El Norte de Castilla (España)	1 500 500

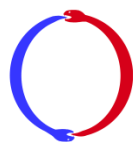


Poesía

POESÍA		Convocatorias de concursos que se cierran en octubre de 2024		
Premio	Fecha	nº versos	Convocado por	Cuántía [€]
Certamen de poesía y narrativa "Habla de mí"	10	20 a 50	Casa de Ceuta en Barcelona (España)	300 100
Fernando Rielo de poesía mística	15	600 a 1 300	Fundación Fernando Rielo (España)	7 000
Concurso anual de literatura para escritores noveles	15	500 a 700	Diputación de Jaén (España)	2 000
"José Antonio Ochaíta" de poesía	15	500 a 1 000	Diputación Provincial de Guadalajara (España)	3 000
Internacional de poesía la herradura "Paulino Álvarez"	18	14 a 75	Ayuntamiento de Almuñécar (España)	1 500
Internacional de poesía "Miguel Hernández-Comunidad Valenciana"	30	500 a 1 000	Fundación Cultural Miguel Hernández (España)	8 000

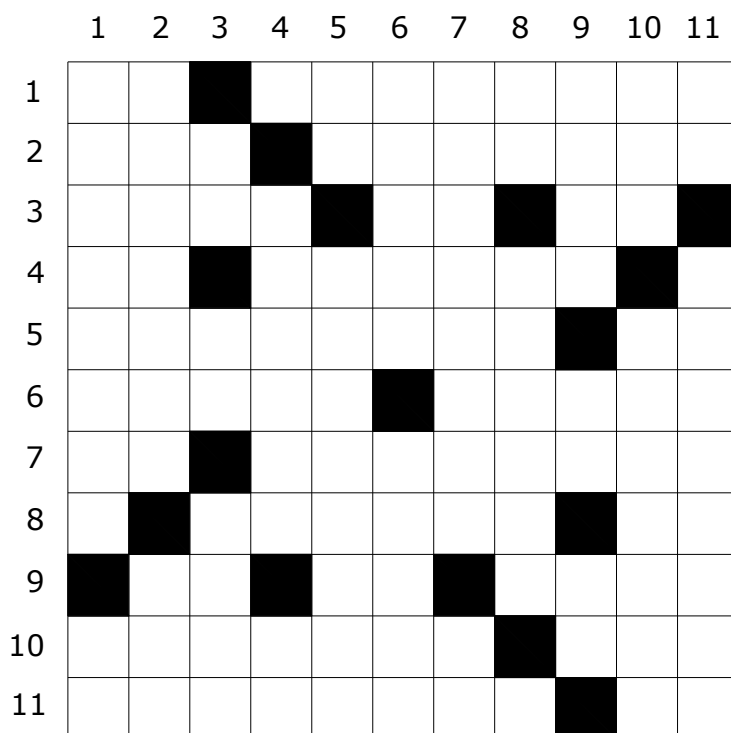
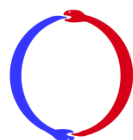
No ficción (ensayo, crónica, investigación y biografía)

NO FICCIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en octubre de 2024		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Becas de investigación "Florián de Ocampo"	15		Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo" (España)	4 × 3 000
Internacional de investigación literaria "Ángel González"	15	≥ 250	Cátedra Ángel González de la Universidad de Oviedo (España)	5 000
Comillas de historia, biografía y memorias	21	≤ 200	Tusquets Editores (España)	12 000
Investigación etnográfica "José Ramón López de los Mozos"	31	200 a 400	Diputación Provincial de Guadalajara (España)	4 500
Ælfwine de ensayo	31	≤ 10 000 palabras	Sociedad Tolkien Española (España)	150 100
Investigación memorial Blas Infante	31	150 a 250	Fundación Blas Infante (España)	2 000



Otros géneros literarios

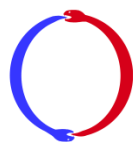
Convocatorias de concursos que se cierran en octubre de 2024				
CÓMIC E ILUSTRACIÓN				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Cómic y novela gráfica Amigos del Museo de Bellas Artes de Asturias	11	8 a 14	Asociación de Amigos del Museo de Bellas Artes de Asturias (España)	1 000 400
Internacional de álbum ilustrado de fantasía y ciencia ficción Elia Barceló	8	28 a 36	Premium Editorial (España)	3 100
Lazarillo de álbum infantil y juvenil ilustrado	29	≤ 32	Organización Española para el Libro Infantil y Juvenil (España)	6 000
PERIODISMO				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Paco Rabal de periodismo cultural	20	Obra publicada	Fundación AISGE (España)	3 000
TRADUCCIÓN				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Traducción Ángel Crespo	15	Obra publicada	Asociación Colegial de Escritores de Catalunya, el Centro Español de Derecho Reprográficos y el Gremi d'Editors de Catalunya (España)	3 000
LIJ				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Destino Infantil Apel·les Mestres	15	24 a 32	Editorial Destino (España)	4 500



Solución

HORIZONTALES **1** Primeras consonantes. Tragedia de Sófocles. **2** Archivo de compresión. Físico inglés, padre de la inducción electromagnética. **3** Destape. Posición alta del volumen. Enroque. **4** Abreviatura para quien ha obtenido el último grado de la Universidad. En cierto modo, eventual, fortuito. **5** Cyrano de, excéntrico poeta francés. Impuesto de sociedades. **6** Tramar. Keaton, actriz de *Annie Hall*. **7** Dios egipcio. Cortesano de Siracusa, el de la famosa espada. **8** Girase. Consonante repetida. **9** Siglas inglesas de la Unión Europea. Símbolo del cromo. Apetitoso, sabroso. **10** Adjetivo que añade una característica que ya tiene el sustantivo al que precede. Expresión latina que indica copia textual. **11** Wurst, cantante austriaco ganador de Eurovisión. Palo de la baraja.

VERTICALES **1** Autor de *Crónicas marcianas*. Nombre de consonante, al revés. **2** Escritor cubano, el de *Tres tristes tigres*. Perseguida droga utilizada en competiciones deportivas. **3** Como la 8H segunda. Se quema por dentro. Mezquino, vil. **4** Momento de máximo interés. Un tribunal patrio. **5** Fuerza naval, en algún sentido. De sur a norte, unidad de superficie agraria. **6** Que tiene habilidad o ventaja para algunos juegos. José, héroe cubano. **7** Que tienen brillos o reflejos en sus colores. Orden de trabajo. **8** La mitad de un felino. Al revés, acrónimo de rescate de circo y cautiverio. **9** Articulación del brazo, en cierto sentido. Contracción. Al revés, nota musical. **10** Nave antigua. Nombre de la primera ley de Newton. **11** Interjección. Al revés, Martin..., director de *Taxi driver*.



Damero

por Goyo

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

39	49	10	43					
6	53	3	42	1	51	25		
9	32	54	52	7	35	19	40	30
2	24	20	34	45				
5	55	13						
31	29	21	17	36	41			
48	15	12	33					
37	8	46	11	16	26	22	28	

Idea, proyecto

Conjunto de oraciones de los curanderos

Descontarán

Cantidad muy pequeña

Pronombre (plural)

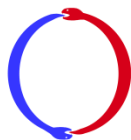
Piezas para pulsar

Paraíso

Veredas

Texto: pensamiento de Cervantes.

Clave, primera columna de definiciones: sabihondos.



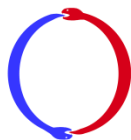
Obituario

El pasado mes de julio fallecía una de las escritoras más destacadas del mundo la literatura infantil y juvenil, vinculada habitualmente al mundo de la fantasía, la holandesa Antonia Johanna Dragt (12/11/1930-12/7/2024), más conocida como **Tonke Dragt** y nacida en Yakarta, la actual Indonesia. Conocida mundialmente por *La carta del rey* (*De brief voor de Koning*, 1962), gracias al éxito que cosechó tras su traducción al inglés más de cuarenta años después y la consecuente realización de una película y de una serie en una conocida plataforma audiovisual, sus obras consistieron habitualmente en colecciones de cuentos y relatos. Antes del éxito de *La carta del rey*, su trabajo fue reconocido con varios galardones, entre los que cabe citar el libro infantil del año (*Kinderboek van het Jaar*) de 1963 por *De brief voor de koning*, el Premio Nienke van Hichtum de 1971 por *Torenhoog en mijlenbreed*, el Staatsprijs voor kinderen jeugdliteratuur de 1976 (el premio más importante en lengua holandesa para un autor joven), el Premio de literatura juvenil otorgado por la ciudad de Buxtehude en 1995 por la traducción al alemán de *De torens van Februari*, el Griffel der Griffels de 2004 y el Premio Victorine Hefting de 2005, concedido en La Haya como reconocimiento a su contribución en la emancipación de la mujer. También fue seleccionada para el Premio Hans-Christian-Andersen, en la categoría Escritura en los años 2012 y 2022 y para el Premio Memorial Astrid Lindgren en los años 2022 y 2023.

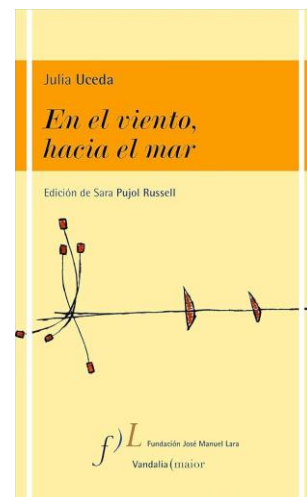


La novelista y ensayista barcelonesa **Rosa Regàs** (11/11/1933-17/7/2024) fue una escritora galardonada con múltiples premios, aunque su irrupción en el mundo de la literatura fuese tardío, pues su primera obra se publicó en 1987. Sin embargo, su carrera cabe calificarla de meteórica pues obtuvo un amplio reconocimiento en premios como el Nadal de 1994 por *Azul*, el Premio Ciudad de Barcelona de Narrativa de 1999 por *Luna lunera*, el Premio Planeta de 2001 por *La canción de Dorotea*, el Premio Biblioteca Breve 2013 por *Música de Cámara* y el Premio AMEIS de Plata. También recibió la Legión de Honor del Gobierno francés en 2005 y la Cruz de San Jordi en ese mismo año. Su actividad no se limitó a la escritura, sino que realizó una importante labor cultura, dentro de la cual cabe destacar la creación de una editorial, de varias revistas, la participación como jurado en muchos de los premios más destacados del panorama español, la dirección del Ateneo Americano de la Casa de América en Madrid y la dirección de la Biblioteca Nacional de España entre 2003 y 2007.

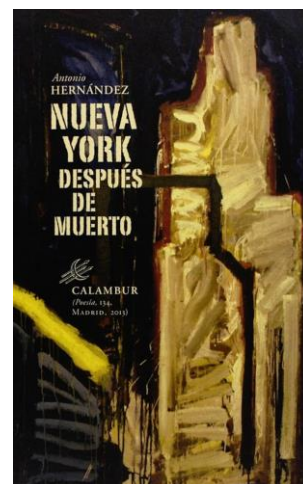




También el pasado mes de julio nos dejaba la poeta andaluza **Julia Uceda** (22/10/1925-21/7/2024), tras una dilatada trayectoria de obras literarias que le valieron el Premio Nacional de Poesía de España de 2003 por la publicación de *En el viento, hacia el mar*, una antología de sus obras. También recibió el accésit del Premio Adonáis de poesía de 1961 con el poemario *Extraña juventud*, el Premio de la Crítica de Poesía Castellana de 2006 por *Zona desconocida*, el Premio Andaluz de la Letras “Luis de Góngora y Argote” en 2016, el Premio Internacional de Poesía García Lorca-Ciudad de Granada en 2019 y la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes, otorgada por el Consejo de Ministros del Gobierno de España. En 2017 fue designada “Autora del año en Andalucía” por “La fuerza individual y la voz clara” de su poesía como representante de la Generación del 50 en el exilio.

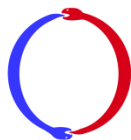


A principios de este mes de septiembre, también fallecía otro de los poetas galardonados con el Premio Nacional de Poesía. El andaluz **Antonio Hernández** (26/1/1943-7/9/2024), prolífico escritor y articulista, su amplia trayectoria literaria se ha visto reconocida en múltiples ocasiones con todo tipo de galardones: en 1980, Gran Premio del Centenario del Círculo de Bellas Artes; en 1983, el Premio Miguel Hernández; en 1987 el Tiflos; el Premio Nacional de la Crítica en dos ocasiones, en 1993 por *Sagrada forma* (Visor) y en 2013 por *Nueva York después de muerto* (Calambur), obra por la que también recibiría el Premio Nacional de Poesía de 2014; también en 1993 recibió el Premio Gil de Biedma; el Premio Andalucía de Novela en 1994; Premio Valencia de Literatura “Alfons el Magnànim” de 1996 por *Raigosa ha muerto. ¡Viva el Rey!*; Premio de las Letras Andaluzas Elio Antonio de Nebrija en 2012 por el conjunto de su obra; Premio Internacional de Novela Ciudad de Torremolinos de 2016 con *El tesoro de Juan Morales* (Carpe Noc-tem); Premio Nacional de las Letras “Teresa de Ávila” de 2020. Su labor como articulista también fue reconocida con premios como el José María Pemán o el Manuel Alcántara y uno de sus ensayos (*La poética del 50. Una promoción desheredada*) recibió los premios Hércules y Popular del diario Pueblo.



A monochromatic blue photograph of a woman's face and upper torso. She is wearing a fishnet veil that covers her eyes and nose. Her expression is neutral, and she is looking directly at the camera. The background is dark, making the blue tones of her face and veil stand out.

*La viuda de Rodríguez:
Comedia en un acto y en prosa*



Eduardo Lustonó

Nota del editor: los textos de esta sección no se publican de acuerdo con las normas ortográficas actuales, sino que mantienen los usos gramaticales, la sintaxis y la ortografía del momento de su publicación.

ACTO ÚNICO

El teatro representa el salón de una fonda en San Sebastian. Puertas laterales al fondo. A la izquierda un piano y á la derecha un canapé y un pequeño velador con avíos de escribir.

ESCENA PRIMERA

D. Lorenzo aparece sentado á la derecha leyendo un periódico, Pepe á la izquierda acepillando un gaban, después Ana.

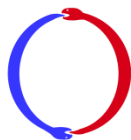
Ana. (Entrando por el fondo.) Pepe. ¿No ha vuelto el señor?

Pepe. No señora, (Váse.)

D. Lor. (Dejando el periódico y levantándose.) ¡Ah! Señora, es usted, ¿cómo vá?

Ana. Perfectamente, señor don Lorenzo. ¿Ha visto usted á mi marido?

D. Lor. Aun no he tenido hoy ese gusto.

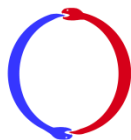


- Ana. ¿Querrá usted creer que me ha traído á San Sebastian bajo el pretexto de tomar los baños, y el muy bribón, desde que llegamos, no hace otra cosa que recorrer la población y visitar sus tiendas?
- D. Lor. Ya sabe usted lo aficionado que es á antigüedades.
- Ana. Afición que causará nuestra ruina, (Cambiandode tono.) ¿Pero y su sobrina de usted Rosa?
- D. Lor. Ha ido á dar una vuelta por el jardín, su estado de viuda me obliga á concederla cierta libertad...
- Ana. De la que ella es incapaz de abusar. ¡Viuda á los veinte años! ¿Sabe usted que pocas se encontrarán en su caso?
- D. Lor. En efecto, pero su viudez no será larga. Tengo un proyecto del que ya tiene noticia su marido de usted y...
- Ana. ¡Ah! sí, ya me habló de él y le escribió á la señora de Rodríguez.
- D. Lor. ¡La señora de Rodríguez!
- Ana. Sí, una antigua amiga de su familia. Mi esposo hace de ella grandes elogios; dice que es una mujer de una actividad maravillosa, y que se multiplica para servir á sus amigos.
- D. Lor. ¡Qué me cuenta usted!
- Ana. La señora de Rodríguez es también viuda, y según parece, tiene mucha afición á casar á los de más. En cuanto recibió la carta de mi marido, con testó diciendo que inmediatamente se ponía en camino para ésta, á fin de ver si arreglaba la boda de su sobrina de usted con un pariente que tiene en muy buena posición.
- D. Lor. (Frotándose las manos.) Eso es lo que deseo, colocarla bien. ¿Y cuándo esperan ustedes á esa señora?
- Ana. Llegó ayer noche y hoy se la presentaremos á usted. Dice que el joven en cuestión, posee una bonita fortuna y que es muy simpático.
- D. Lor. Perfectamente. ¡Ah! Aquí llega mi sobrina. Conviene no decirle una palabra de mis proyectos.
- Ana. Descuide usted.

ESCENA II

DICHOS, ROSA que entra por el fondo.

- Rosa. (Mirando hacia dentro.) Ese caballero es muy buena figura, tiene un aire distinguido. ¿Quién será? Debe haber llegado hace poco, porque no le he visto hasta ahora.

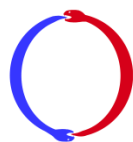


- D. Lor. ¿Y bien, querida sobrina, no entras?
- Rosa. (Acercándose.) ¡Ah! Querido tío, estaba tan distraída. (Saludando á Ana.) ¡Señora!...
- Ana. Adiós amiga mia. ¿Ha visto usted por casualidad á mi marido?
- Rosa. No.
- Ana. ¿Dónde podrá estar ese picaro? (Con aturdimiento.) ¡Ah! Las mujeres casadas somos bien dignas de lástima.
- D. Lor. (Dándola con el codo.) ¿Qué es lo que está usted haciendo?
- Ana. (Aparte.) Es verdad me había distraído. (Alto.) Era una broma. Antonio es un excelente marido, y además para la mujer el matrimonio es el mejor estado.
- D. Lor. Esa es mi opinión, (Con intención a Rosa.) Esa es mi opinión.
- Rosa. Tío mío, son las once y ya es hora de dar nuestro paseo.
- D. Lor. Ahora vamos. (Bajo á Ana.) Elude la conversación. No olvide usted presentarme á la señora de Rodríguez; después de lo que he sabido de ella, deseo conocerla cuanto antes.
- Ana. Descuide usted.
- Rosa. ¿Vamos, tío?
- D. Lor. En seguida.
- Ana. (A Pepe que entra.) Pepe, si ve usted á mi marido, dígame usted que le espero en el jardín.
- Pepe. Está bien señora. (Rosa, Ana y D. Lorenzo, vánse por el fondo.) ¡Pobre mujer! Se pasa la mitad del día esperando á su marido, y la otra mitad disputando con él por sus continuas ausencias.
- V de R. (Dentro.) Yo me encargo de todo.
- Pepe. ¡Ah! Es la viuda de Rodríguez.

ESCENA III

VIUDA DE RODRÍGUEZ, ENRIQUE y PEPE.

- V de R. (Entrando.) Por aquí, por aquí, amigo Enrique. Usted acaba de llegar y yo debo guiarle.
- Enri. (Entra con una pequeña maleta en la mano.) Es usted muy amable.
- V de R. Ya sabe usted que desde antiguo tengo un placer Pepe. en servirle. Pepe, toma la maleta de este caballero. Ah! escucha. Necesita un cuarto por el estilo del mío, con sol por la mañana y buena cama á la noche.



Pepe. Entonces el número 17.

V de R. El número 17, ahora lo veremos, (a Enrique.) ¿Usted come en la fonda? (Enrique hace una señal afirmativa.) Bien, (a Pepe.) Un cubierto á mi lado, pan francés y vino blanco, (A Federico.) El tinto es detestable, (A Pepe.) Deja la maleta en el cuarto que dices. (Váse Pepe.)

Enri. Pero la estoy á usted molestando...

V de R. De ningún modo. Además, yo estoy obligada á hacer por usted esto y mucho mas. No me olvido de que usted era el mejor discípulo de mi esposo, él le enseñó á usted la tercera y la cuarta. ¡Ah! ¡Qué recuerdo! ¡Pobre Rodríguez! Era el mejor profesor de armas que he conocido, (Cambiando de tono.) ¿Usted está aquí desde hace mucho?

V de R. Desde anoche. He venido á ver si arreglo el casamiento de mi sobrino Alejandro, con una señorita que reside aquí.

Enri. ¡Ah, ya!

V. de R. Ya sabe usted lo aficionada que he sido siempre á arreglar bodas, y en esta tengo un empeño decidido. Figúrese usted que ya se ha descompuesto cinco veces el matrimonio de mi sobrino, porque en cuanto le han visto, como es tan feo... pero ahora no le presentaré hasta el último momento.

Enri. (Sonriendo.) Eso me parece lo más prudente.

V de R. Quien ha ideado este casamiento es don Antonio Roca. ¿No recuerda usted? Roca, un amigo de mi esposo, que tenia la manía de no poder dar un paso sin comprar algo; libros viejos, pescados disecados y otras cosas por el estilo. Nosotros le llamábamos la prendería ambulante.

Enri. ¡Ah! Sí, ya recuerdo.

V de R. Pero hablemos de usted. ¿Qué es lo que le trae por aquí? (Se sientan á la derecha.)

Enri. El calor.

V de R. ¿De verás?

Enri. Sí señora. Me hallaba en Madrid, y ya sabe usted lo que es la corte en el verano; así es que ayer tarde tomé el tren y aquí me tiene usted.

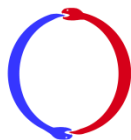
V de R. Y vamos, con franqueza, ¿cuándo se casa usted?

Enri. ¡Oh! Señora, crea usted que todavía no he pensado en ello.

V de R. Pues es necesario que piense usted.

Enri. Aún es temprano.

V de R. ¿Temprano? Vamos, los hombres son todos iguales. Amigo mió, usted se encuentra ahora en lo mejor de su edad, y debe usted aprovecharse de ella



para hacer un buen casamiento. Si usted quiere, yo me encargo de buscarle su media naranja; aquí debe haber buenas proporciones. Qué prefiere usted, ¿la aristocracia de la sangre ó la del comercio?

Enri. Eso me es completamente igual, en agradándome la mujer...

V de R. En efecto, eso debe mirarse también. Procuraré que quede usted contento.

Enri. ¡Ahora justamente acabo de tropezar en esta fonda con una joven encantadora! ¡Ah! si estuviese libre, creo que no tendría inconveniente en hacerla mi mujer.

V de R. Ya veremos; no es necesario caminar tan deprisa. Además, aquí hay que tener mucho cuidado, porque á los baños suelen acudir algunas mujeres que... ya me entiende usted. Felizmente, yo las conozco á treinta pasos.

Enri. (Vivamente.) ¡Ah! Yo garantizo á usted que la que he visto...

V de R. Bueno, bueno, déjeme usted á mí; los hombres se equivocan con facilidad. Siga usted mis consejos y esté tranquilo, que desde este momento voy á ocuparme de su porvenir.

Enri. (Sonriendo.) Sea. Ahora si usted me lo permite, voy á ver el cuarto á que ha conducido mi maleta el criado. Hasta después, (váse por la derecha.)

ESCENA IV.

VIUDA DE RODRÍGUEZ y DON ANTONIO.

V de R. Indudablemente, le casaré lo mismo que á mi sobrino Alejandro. Ambos me deberán su felicidad. (Don Antonio entra precipitadamente por el fondo. Trae en cada mano un gran paquete de libros que deja caer al suelo y sobre los cuales se sienta como si no pudiese sostenerse.) Señor don Antonio, (Viéndole.) ¿Qué le sucede á usted?

D. Ant. (Con voz entrecortada.) ¡Ah señora! ¿No es verdad que estoy pálido?

V de R. Diga usted más bien verde.

D. Ant. Motivos tengo para estarlo. Si usted supiese...

V de R. Explíquese usted.

D. Ant. ¿Y si nos escucha alguien?

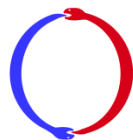
V de R. ¡Báh! no tenga usted cuidado. Hable usted.

D. Ant. Acabo de tener un encuentro.

V de R. ¿Con algún acreedor?

D. Ant. ¡Si no fuese más que eso!

V de R. Vamos, pues diga usted de una vez...



D. ANT. Sepa usted, querida amiga... (La puerta de la izquierda se abre y Ana aparece.)
¡Mi mujer! Ni una palabra delante de ella ó soy perdido.

ESCENA V.

DICHOS y ANA.

Ana. Gracias á Dios caballero que ha vuelto usted. ¿Me dirá usted qué ha hecho desde esta mañana á las seis?

D. Ant. Hija mia, es muy sencillo. Me encontraba sin cigarros, salí á comprarlos, pero ya sabes, la casualidad... esta población está llena de curiosidades y se presentan gangas á cada paso... Mira, he comprado este lote de libros antiguos á un precio fabuloso por lo barato.

Ana. (Con cólera.) Ya estaba yo segura...

D. Ant. (Vivamente.) Es un Tito Livio, Quinto Curcio, Horacio y veinte más, por 110 reales.

V de R. (A Don Antonio.) ¿Usted sabe latín?

D. Ant. No señora, ¿pero eso qué importa?

V de R. Entonces no veo la utilidad...

D. Ant. (Contrariado.) ¡La utilidad!... ¡La utilidad! Usted es como Ana. No se trata de la utilidad; esta es una ganga, y yo no podía dejarla escapar.

Ana. (Con tono seco.) Calle usted, caballero, calle usted. Veo que no estará usted contento hasta que convierta su casa en una prendería. Lo que derrocha usted en viejas porcelanas, en vasos antiguos rotos, en abalorios y libros de todas clases es incalculable. Y luego, si yo le pido á usted un vestido, me lo niega; si tengo necesidad de un sombrero, usted aplaza su compra para las calendas griegas. ¿Y cree usted que me tiene contenta? Nó. ¡Esto es demasiado! es... me voy para no decir á usted lo que se merece. (Se vá por la izquierda.)

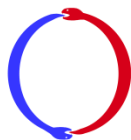
ESCENA VI.

DON ANTONIO y la VIUDA DE RODRÍGUEZ.

D. Ant. (Corriendo tras su mujer.) ¡Pero escucha, querida mia!

V de R. (Deteniéndole.) Déjela usted. Yo me ingeniaré para que hagan ustedes las paces.

D. Ant. ¿Usted?



V de R. Sí señor, yo. Estoy muy práctica en esta clase de asuntos. Mire usted, en cierta ocasión conocí á dos esposos que se rompían diariamente dos docenas de sillas sobre la cabeza.

D. Ant. ¿Y usted los arregló?

V de R. A los esposos sí, pero en cuanto á las sillas se quedaron rotas. Más, volviendo al principio de nuestra conversación, ¿por qué entró usted tan turbado?

D. Ant. Una teja, una teja que me cayó. (Bajando la voz y con misterio.) Lola está aquí.

V de R. ¿Lola? ¿Quién es esa Lola?

D. Ant. ¡Ah! es verdad que usted no lo sabe, pero como es usted amiga antigua, puedo tener confianza en su discreción y voy á hacerla una confidencia. Sepa usted que yo me casé con Ana hace seis meses.

V de R. Un casamiento por amor.

D. Ant. Precisamente por amor, nó. Figúrese usted que me hallaba hospedado en la quinta de un amigo, que allí hice conocimiento con Ana, á la cual para pasar el tiempo galanteé.

V de R. ¡Hola!

D. Ant. Una tarde que habíamos salido á dar un paseo por el campo, nos sorprendió la lluvia y tuvimos que guarecernos bajo el hueco de un árbol. Allí permanecimos dos horas largas, durante las cuales hablamos de artes, del comercio y de la industria, en fin, agotada nuestra conversación antes que terminase el aguacero, la hice una declaración en toda regla y á los quince días éramos marido y mujer.

V de R. ¡Es posible!

D. Ant. ¿Qué quiere usted que haga uno cuando llueve á mares?

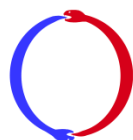
V de R. ¡Já! ¡Já! ¡Já!

D. Ant. Ella es un poco viva de genio, como usted ha visto, pero se le pasa el mal humor en cuanto la hago un obsequio. Y ahora que hablamos, vea usted una pulsera que hace poco la compré, (Saca un estuche del bolsillo y lo abre.) La llevo conmigo para dejarla en casa del diamantista, porque como usted vé, le falta una esmeralda.

V de R. Déme usted esa pulsera; precisamente conozco á un diamantista que la arreglará casi de balde.

D. Ant. ¡Cómo! ¡Y vá usted á molestar!...

V de R. (Tomando el estuche.) Ya sabe usted que yo me he consagrado á servir á los amigos. Continúe usted. (Guarda el estuche.)



D. Ant. Después de nuestra unión, aunque celosa como un tigre, mi mujer no ha tenido una queja de mí, pero antes... una docena de meses antes de casarme, yo era más joven, pues tenía un año menos.

V de R. Diga usted dos años. Los años de matrimonio son como los que se pasan en campaña, se cuentan doble.

D. Ant. Un día acudí á la venta de un rico mobiliario. La compra de un servicio de Sevres me hizo conocer á la propietaria, una hermosa rubia llamada Lola. Decir á usted lo que pasó entre los dos me parece excusado.

V de R. Comprendo. Adelante.

D. Ant. Cuando me casé con Ana, rompí con Lola. Pretesté un pequeño viaje de recreo á la China y ella me dejó marchar con la condición de que á mi vuelta la traería un pañuelo bordado. Yo confiaba no volverla á ver, cuando de pronto esta mañana, al volver una esquina, me encontré frente á frente á ella.

V de R. ¿Y qué hizo usted?

D. Ant. Echar á correr. Ahora comprenda usted que Lola está aquí, que yo no tengo el pañuelo bordado, que ella donde me coja, me armará el gran escándalo, y que mi mujer es celosa. ¡Oh! esto os para romperse la cabeza.

V de R. No se rompa usted nada. Eso es una niñería. ¿Quién es el que no ha prometido un pañuelo bordado en su vida? Se promete, pero no se dá; eso se hace todos los días.

D. Ant. Usted no la conoce; es una mujer nerviosa y...

V de R. Todas las mujeres somos nerviosas. Vamos, no se apure usted, porque nada hay tan fácil como arreglar eso; yo me encargo de ello.

D. Ant. ¿Qué usted se encarga?

V de R. Sí señor.

D. Ant. ¡Ay, amiga mia! ¡Qué favor tan grande me hace usted!

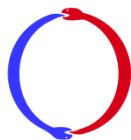
V de R. Bueno, bueno, ya me dará usted las gracias cuando haya hablado á Lola.

D. Ant. Prométela usted un buen regalo. ¡Si yo tuviese un pañuelo bordado! ¡Y mi mujer que puede venir! (Mirando al fondo.) ¡Ah! ¡Dios mío! helá aquí!

V de R. ¿Su esposa de usted?

D. Ant. Nó, es Lola. (Recoje los libros.) Yo huyo, (váse precipitadamente por la derecha.)

V de R. ¡Cobarde!



ESCENA VII

VIUDA DE RODRÍGUEZ y LOLA.

LOLA. (Entra precipitadamente por el fondo.) Señora, me hace usted el obsequio de decirme si conoce usted á ese caballero que acaba de salir?

V de R. Sí que le conozco..

Lola. Y se llama...

V de R. Antonio.

Lola. ¡Es él! ¡Y yo que le creía en China!

V de R. Yo podría decir á usted que ha vuelto; podría contarla aventuras palpitantes y conmovedoras de aquellas lejanas tierras, pero mi conciencia de mujer honrada rechaza toda clase de supercherías. Lola, yo no quiero ocultar á usted la verdad, (con misterio.) Antonio no ha estado en China.

Lola. ¿Qué me cuenta usted?

V de R. No señora, no ha estado. Tomó el camino de hierro del Norte, pero no pasó de Pozuelo. Es toda una aventura. (Con el tono del que va a contar una historia interesante.) Llegó á dicho pueblo, bajó del wagón con el inocente propósito de beber un vaso de agua y allí encontró á una joven... no quiero molestar á usted con su pintura. Sus miradas se cruzaron, se declaró un incendio en sus corazones, y no hubo más que el tiempo preciso para conducirla á la Vicaría á fin de evitar mayores males.

Lola. ¡Casado! ¡Está casado! ¡Ah! (vacila.)

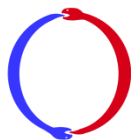
V de R. (sosteniéndola.) ¿Se pone usted mala?

Lola. ¡Nó, esto no vale la pena! Pero eso no se ha de quedar así; voy á darle un escándalo que sea sonado. (Vá á marcharse.)

V de R. (Deteniéndola con dignidad.) No, señorita, no será sonado. Conozca usted mejor al hombre que acusa ¿Sabe usted lo que él decia ahora mismo con los ojos bañados en lágrimas? ¡Ah, pobre Lola! se me rompe el corazón por no poder arrojarle á sus pies. Dígala usted, señora de Rodríguez, (cambiando de tono.) La señora de Rodríguez soy yo. Dígala usted, señora de Rodríguez, que yo no la olvidaré jamás, y que quiero dejarla un recuerdo de los días... no recuerdo la palabra.

Lola. Sí, palabras, palabras, y nada más que palabras.

V de R. (con fuerza.) ¡Palabras! ¿Por quién me toma usted? ¿Cree usted que yo me hubiera encargado de la agradable misión, aunque penosa, de venir á matar sus ilusiones de soltera, porque... ¡Ah, señorita! ¡Eso es desconocer la nobleza de nuestros sentimientos, la rectitud de nuestro corazón, la pureza de... palabras! (Sacando el estuche del bolsillo. Aparte.) Lo mismo dá, él comprará otra á su mujer. (Dando el estuche á Lola.) Tome usted, Lola, tome usted.



Lola. (Abriendo el estuche.) ¡Una pulsera!

V de R. ¡De oro de ley! ¡Y diamantes! De las mejores luces. (Volviendo á tomar la entonación dramática.) Déle usted esto de mi parte, dijo Antonio, con las mismas lágrimas de que ya le he hablado. Que ella acepte esta pulsera en equivalencia del pañuelo de China que le ofrecí.

Lola. ¡Oh! Esto es ya otra cosa. ¡Hágame usted el favor de decir á Antonio que puede vivir tranquilo, que no turbaré la paz de su hogar doméstico!

V de R. Eso es lo más conveniente, (Cambiando de tono.) ¿Y usted piensa estar aquí mucho tiempo?

Lola. Dos días solamente. Voy á tomar los baños de Vichy con un pariente mío.

V de R. (Sonriendo.) ¿Un pariente de usted? ¿En qué grado?

Lola. (Sonriendo.) Treinta y cinco grados centígrados.

V de R. Calor del Senegal. (Se rie.—Aparte.) Es chistosa esta mujer.

Lola. (Mirando la pulsera.) Es preciosa esta alhaja.

V de R. (Aparte.) Puesto que el negocio está terminado, voy á tranquilizar á mi amigo, (Váse por el fondo derecha.)

Rosa. (Entrando por el fondo izquierda.) Esta es la hora en que está solo el salón, y voy á tocar un poco el piano, (Se dirige á este.)

Lola. (Viendo que se ha marchado la viuda.) ¿Qué veo? Se ha marchado esa señora sin despedirse. ¿Y qué me importa? Voy á enseñar esta pulsera á mi pariente, (Se va por la derecha.)

ESCENA VIII,

ROSA, después ENRIQUE.

Rosa. (Buscando.) ¿Dónde he puesto la romanza?

Enri. (Entrando por el fondo derecha.) Vamos, ya estoy presentable, (viendo á Rosa.) Mi incógnita de esta mañana.

Rosa. Alguien viene, (viendo á Enrique.) ¡Ah!

Enri. (Aparte.) Procuremos hacer conocimiento. (Alto, y acercándose.) ¡Señorita!

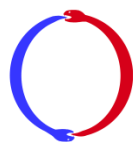
Rosa. (Corrigiéndole.) Señora... si no lo lleva usted á mal.

Enri. (Contrariado.) ¡Ah! ¿Es usted casada?

Rosa. Viuda, caballero.

Enri. (con alegría.) ¡Viuda! ¡Cuánto me alegro!

Rosa. ¡Cómo!

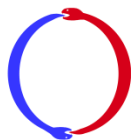


- Enri. ¡Oh! dispense usted, señora, no he querido decir...
- Rosa. Está usted dispensado.
- Enri. ¿Y hace mucho tiempo que ha perdido usted á su esposo?
- Rosa. Caballero, no sé en qué pueda interesar á usted...
- Enri. Señora, todo cuanto tiene relación con usted es para mí muy interesante. Hace pocas horas que la conozco, y en ese tiempo mi corazón...
- Rosa. Caballero, ó mucho me equivoco, ó ese es el principio de una declaración.
- Enri. Sí señora; yo no acostumbro á ocultar mis sentimientos: esta es una declaración.
- Rosa. Permítame usted que le diga, caballero, que la encuentro un poco anticipada; yo no estoy acostumbrada á esas maneras tan vivas.
- Enri. Es que cuando el corazón no puede contenerse...
- Rosa. ¡Já, ¡Já, ¡Já! ¡Es usted muy bromista!
- Enri. ¡Oh! ¡Señora, duda usted de mis palabras! Pues bien, yo le juro...
- Rosa. Nada de juramentos, caballero. Hasta este momentó he creído que sus palabras eran hijas de su buen humor; pero si me he equivocado, si ha hablado usted formalmente, comprenderá, á poco que lo medite, que no es esa la manera mas conveniente de dirigirse á una persona de mi condición. Beso á usted la mano. (Váse por la izquierda.)
- Enri. (Siguiéndola.) ¡Pero, señora! Me ha dejado pegado á la pared.

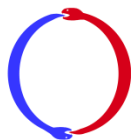
ESCENA IX.

ENRIQUE y la VIUDA DE RODRÍGUEZ.

- Enri. Y el caso es que estoy enamorado. ¡Mi corazón es tan impresionable! ¿Y qué hacer ahora? La verdad es que he obrado con demasiada ligereza, y esto la ha disgustado.
- V de R. Pues señor, no he podido encontrar á don Antonio.
- Enri. ¡Ah! querida amiga, ¿es usted?
- V de R. La misma. ¿Qué le pasa?
- Enri. Que ya no es necesario que se ocupe usted de mi casamiento, porque mi elección está hecha.
- V de R. ¡Vamos, algún capricho pasajero! ¡Oh! Nada de eso. Hasta ahora, amiga mia, ninguna mujer habia interesado mi corazón; pero lo que es esta vez me he enamorado formalmente.
- V de R. ¡Cómo! ¿Y será usted capaz de casarse sin mi cooperación? ¡Imposible!



- Enri. ¿Y qué quiere usted? He visto á mi bella desconocida de esta mañana; estaba aquí hace un momento y la he hablado.
- V de R. ¡Ah! ¡Qué rayo de luz! ¿Dice usted que esa mujer estaba aquí hace un momento?
- Enri. Sí, señora.
- V de R. ¿Sola?
- Enri. Sola. ¿Pero qué tiene usted?
- V de R. ¿Y usted se ha declarado?
- Enri. En el acto.
- V de R. ¡Pero desdichado joven, si esa es una entretenida!
- Enri. ¡Entretenida! ¡Imposible!
- V de R. Pregúnteselo usted á D. Antonio; él le dará á usted más detalles.
- Enri. ¡Oh! Yo no puedo creerlo.
- V de R. Y ella, ¿qué le ha contestado á usted?
- Enri. Ha tomado á broma mis palabras, y cuando se ha convencido de que hablaba formalmente, se ha retirado, diciéndome que no era esa la manera de dirigirse á una persona de su condición.
- V de R. ¡Lo ve usted, joven, lo ve usted!
- Enri. ¿El qué? señora.
- V de R. ¡Ah! ¿No adivina usted el verdadero motivo de esas palabras? Pues bien, yo voy á explicárselas. Al decir que no era esa la manera de dirigirse á ella, he querido darle á entender que antes de pasar adelante debe usted ofrecerla un mobiliario.
- Enri. ¡Un mobiliario!
- V de R. Ú otra cosa por el estilo; todas esas mujeres son así...
- Enri. ¡Será posible!
- V de R. Ya le dije á usted que á esa clase de mujeres las conozco á treinta pasos.
- Enri. ¡Ah! Si no puedo creerlo.
- V de R. No tenga usted duda. Ella es una de tantas.
- Enri. ¡Y yo que la adoro!
- V de R. Pues es necesario que acalle usted su corazón. En la situación en que se ha colocado usted para con ella, el único camino que le queda es demostrarla que la conoce usted bien, y que no es usted un primo como sin duda se ha figurado.



Enri. Sí, pero como la demuestro...

V de R. Escribiéndola cuatro líneas.

Enri. El caso es que...

V de R. ¿No sabe usted cómo redactarlas? Siéntese usted, yo se las dictaré.

Enri. ¿Pero cree usted que esto es necesario?

V de R. (Haciéndole sentar.) Es la única manera de librarse usted del ridículo. Escriba usted: «Paloma mia...»

Enri. Señora, ¿no le parece á usted eso de paloma demasiado familiar?

V de R. Ponga usted si quiere «mi querida tórtola;» el nombre del ave me es indiferente. «Mi querida tórtola: No negarás que he desempeñado bien mi papel al fingir tomarte por una mujer de buena sociedad; por tu parte has estado inimitable en el tuyo. Te felicito, y espero que saludes en mi nombre á tu pariente en 35 grados centígrados.»

Enri. (Admirado.) ¡En 35 grados centígrados! No comprendo...

V de R. ¡Deje usted, deje usted, ella lo comprenderá! ¿Ha firmado usted? Bueno, perfectamente; ahora dé usted esa carta á Pepe y que la entregue enseguida.

Enri. Pero...

V de R. No hay que perder tiempo, (Váse Enrique por la de racha.)

ESCENA X.

VIUDA DE RODRÍGUEZ y DON ANTONIO.

D. Ant. ¡Ah! gracias á Dios; la buscaba á usted por todos lados.

V de R. Pues yo también he recorrido toda la fonda en su busca.

D. Ant. ¿Ha hablado usted á Lola?

V de R. Sí.

D. Ant. ¿Y qué ha dicho?

V de R. La he dejado mas suave que un guante. Puede usted estar tranquilo.

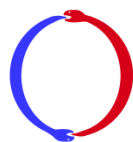
D. Ant. (Dándola la mano.) Le estoy á usted agradecidísimo. Jamás olvidaré...

V de R. Solo que como usted comprenderá, ha sido necesario hacer un pequeño sacrificio.

D. Ant. Comprendo y...

V de R. La he dado á cambio del pañuelo la pulsera.

D. Ant. (Con asombro.) ¿La pulsera de mi mujer?



V de R. (Imitándole.) ¿La pulsera de mi mujer? Y bien, ¿qué? Le compra usted otra á su esposa.

D. Ant. ¡Pero si mi mujer la conoce! Como que la ha estado usando cerca de un mes.

V de R. ¿Que la ha usado? ¡Demonio! ¡Como usted no me advirtió nada!

D. Ant. ¡Y si Lola, se la pone todo está perdido!

V de R. ¡Perdido! No señor. Eso es fácil de arreglar. Yo me encargo de ello. Usted dará á Lola otra alhaja mas hermosa, y ella devolverá la pulsera.

ESCENA XI.

DICHOS. ENRIQUE. ENRI.

Enri. (Entra precipitadamente por el fondo.) ¡Señora de Rodríguez!

V de R. ¿Qué? ¿Qué es lo que tiene usted?

Enri. Tengo, que acaba usted de hacerme cometer una majadería.

V de R. ¡Como!

Enri. Escuche usted. Al salir de aquí, encontré á la individua en cuestión paseando por los jardines. Pepe le entregó mi carta, y yo desde uno de los balcones del comedor vi que ella la abrió, se ruborizó, y después se la entregó á un anciano que leía un periódico á algunos pasos más allá.

V de R. ¡Ya caigo! Ese es su pariente de 35 grados centígrados.

Enri. Después, ese caballero, sacó del bolsillo una cartera, y me envió en una de sus hojas esta contestación. Lea usted. (La presenta un papel.)

V de R. (Leyendo.) «Caballero: ha insultado usted á mi sobrina y necesito una satisfacción.» Firma... es imposible descifrar su nombre.

Enri. ¡Ya ve usted!

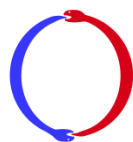
V de R. ¿Sabia yo acaso que Lola tuviese un tio? (a D. Antonio.) Usted no me dijo que Lola tenia un tio.

D. Ant. Cállese usted.

Enri. Por manera, que usted es la causa de que me vea comprometido en este lance.

V de R. Déjeme usted hacer, yo lo arreglaré todo. Por lo demás, ese tiene todas las trazas de un tio de comedia, ¿no es verdad, amigo mío? (a D. Antonio.)

D. Ant. (contrariado.) ¿Y qué sé yo de eso? ¡Yo no conozco á esas gentes! (Bajo.) Cállese usted.



Enri. (Mirando al fondo.) Por allí viene.

V de R. Entonces vayase usted.

Enri. ¿Para qué?

V de R. Porque voy á recibirlo.

Enri. ¿Usted? ¡Una mujer!

V de R. ¿Se olvida usted de que soy la viuda de un maestro de armas?

Enri. (Sonriendo.) En efecto.

V de R. Yo me he encargado de arreglar este negocio y lo arreglaré. Hágame usted, pues, el obsequio de marcharse. (Le hace salir por la puerta de la izquierda.) Usted, amigo mío (á D. Antonio), corra á comprar unos pendientes, un reloj ú otra pulsera, poco importa lo que sea, con tal de que lo compre usted cuanto antes.

D.Ant. Voy corriendo, (váse por la derecha.)

V de R. (Limpiandose el sudor.) ¡Demonio! No puede una tener un momento de tranquilidad.

ESCENA XII.

VIUDA DE RODRÍGUEZ y DON LORENZO.

D. Lor. (Entrando por el fondo.) El criado me ha dicho que aquí encontraría á ese caballero.

V de R. (Acercándose.) ¿Busca usted al señor don Enrique Gutiérrez?

D. Lor. Sí señora.

V de R. Ese caballero acaba de avisar á uno de sus amigos para que se entienda con usted.

D. Lor. Perfectamente, ¿y ese amigo dónde está?

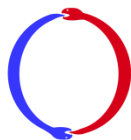
V de R. Soy yo, caballero.

D. Lor. ¡Usted! ¡Bah! No es posible. Eso es una broma.

V de R. No creo que sea cosa de broma el asunto que le conduce á usted aquí. Hablemos, pues, en serio, y olvidándose de mi sexo, figúrese que es un hombre el que está delante de usted.

D. Lor. ¡Que me figure que es usted un hombre!

V de R. Por el momento, y nada más que por el momento. Acepte usted esta ficción y deje que le hable á usted como tal. Después volveré á hacerme cargo de la gracia y el pudor inherentes á mi sexo.



D. Lor. Y bien, sea como usted quiera. Mi sobrina ha sido insultada y...

V de R. (con ironía.) ¿Usted lo cree así?

D. Lor. Y yo exijo del señor de Gutiérrez que le dé en público una satisfacción.

V de R. ¡Satisfacción! Vamos, usted no ha pensado lo que dice. La carta de mi amigo es bastante lacónica, pero convendrá usted en que dado el asunto sobre que versa, no puede estar más explícita.

D. Lor. ¿Qué está usted diciendo?

V de R. Mi amigo no ha hecho mas que corresponder á la conducta ligera de su sobrina de usted.

D. Lor. (colérico.) Señora, la conducta de mi sobrina es intachable.

V de R. ¡Intachable! Puede ser, pero aquí en esta misma fonda, hay, sin embargo, personas que podrían dar ciertos detalles...

D. Lor. ¿Qué detalles? Explíquese usted, señora.

V de R. (Aparte.) ¡Qué mal genio tiene este tío de cartón!

D. Lor. Mi sobrina es viuda, y nadie tiene que decir nada de ella.

V de R. ¡Viuda! ¡Ya conocemos lo que son esas viudedades!

D. Lor. (En el colmo de la cólera.) ¡Esto es demasiado, señora!

V de R. (En el colmo de la cólera.) Sí señor, esto es demasiado. Por más que he hecho para que nos entiésemos, usted no ha querido, y me obliga á llevar la cuestión al último terreno. Está bien, mañana á las ocho le esperaremos á usted y á dos de sus amigos en la carretera de Francia. El duelo se verificará á pistola, (cambiando de tono.) Pero antes, es pero que me devuelva usted la pulsera.

D. Lor. ¿Qué pulsera?

V de R. Pregunte usted á su sobrina, que ella sabe lo qué quiero decir.

D. Lor. ¡Pero, señora!...

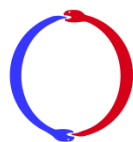
V de R. (interrumpiéndole.) Nosotros por razones de familia necesitamos la pulsera, y es necesario que nos la devuelva.

D. Lor. (Aparte.) Esta mujer está loca.

V de R. Espero, pues, que lo hará cuanto antes.

D. Lor. (Furioso.) Déjeme usted en paz. (Aparte.) ¡Me voy porque si no! (váse.)

V de R. (Gritando.) No olvide usted que la cita es a las ocho en la carretera.



ESCENA XIII.

VIUDA DE RODRÍGUEZ y ENRIQUE.

V de R. (cayendo en un sofá.) ¡Qué día! ¡Estoy que no puedo tenerme en pié! ¡Es claro, he tenido que trabajar tanto! (A Enrique que entra.) Querido amigo, acabo de arreglar perfectamente el negocio de usted.

Enri. ¿De veras? Me alegro mucho.

V de R. ¿No se lo decía yo á usted? Basta que yo me encargue de una cosa para que esta salga á las mil maravillas.

Enri. Crea usted que le estoy sumamente agradecido.

V de R. ¡Bah! eso no merece la pena. ¡Ah! no se olvide usted que el duelo es mañana á las ocho.

Enri. (Sorprendido.) ¿Eh?

V de R. Sí, amigo mió, yo he hecho cuanto me ha sido posible para evitar este lance; pero he tenido que habérmelas con un hombre indomable. Usted tiene la elección de armas. Yo he elegido la pistola. ¡Ah! cuando yo tomo una cosa á mi cargo!

Enri. (irónicamente.) Sí, la arregla usted á pedir de boca.

V de R. No es por alabarme, pero con dificultad se encuentra otra mujer como yo. (Viendo que se acerca Lola.) Lola se acerca, después de lo ocurrido, no debe usted dirigirle la palabra. Descuide usted.

ESCENA XIV.

DICHOS, LOLA.

Lola. (Entrando por el fondo derecha y reconociendo á Enrique.) ¡Calle! ¿Usted en San Sebastian?

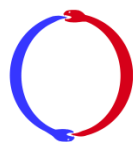
Enri. ¡Lola! ¿Cómo le va á usted?

Lola. Perfectamente.

V DE R. ¿Qué es lo que oigo? (Acercándose á Enrique.) Está usted faltando á su dignidad. No debe usted dirigirle la palabra.

Enri, (Dándose una palmada en la frente.) ¡Cómo! Usted cree que esta... (Aparte.) ¡Ah! ya comprendo. Todo puede arreglarse. Voy á buscar en seguida á ese caballero. (Alto.) Hasta la vista Lola. ¡Ah, qué dichoso soy! (Vase corriendo por el fondo.)

V de R. ¿Qué es lo que le ha dado? ¡Habrás visto cosa mas rara!



Lola. (Que tiene puesta la pulsera, se la enseña a la viuda.) ¿Qué tal le parece á usted que me sienta?

V de R. (Estupefacta.) ¿Se ha puesto usted la pulsera?

Lola. Ya lo vé usted.

V de R. Señora, nosotros no esperábamos que usted se la pusiese aquí.

Lola. Vaya una cosa curiosa. ¿Es acaso para ponerla bajo un fanal para lo que Antonio me la ha regalado?

Ana. (Que entra por ja izquierda.) ¡El nombre de mi marido!

ESCENA XV.

DICHOS, ANA y luego D. ANTONIO.

V de R. Nosotros tenemos nuestras razones para...

Lola. (Arreglando su pulsera.) Eso no me importa, la pulsera me está bien y me la pongo.

Ana. ¿Qué veo?

V de R. (Aparte.) ¡La mujer del otro! ¡Esta sí que es buena!

Ana. ¡Mi pulsera en el brazo de esta mujer! (A Lola.) Señora, ¿quiere usted explicarme cómo es esto? (Secamente.)

Lola. Señora, ignoro con qué derecho...

V de R. (Interponiéndose entre las dos.) Permítanme ustedes. que ponga en claro esto. (Bajo á Lola.) Diga usted lo que yo. (A Ana.) Señora, esta que usted tiene delante, es mi prima, natural de la Alcarria, la cual, sabiendo que estaba aquí, ha venido á verme. (Abraza á Lola.) ¡Querida mia! (A Ana.) En cuan to á lo de la pulsera, verá usted cómo no hay cosa más sencilla. (Aparte.) ¿Qué la diré?

D. Ant. (Entra precipitadamente por la derecha.) ¡Lola y mi mujer! ¡Demonio!

V de R. (Aparte.) ¡Ah! ¿Qué veo? Llega é tiempo para sacarme del apuro. (Bajo á D. Antonio) ¿Ha comprado usted lo que le dije?

D. Ant. (Bajo.) Sí, pero...

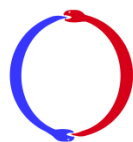
V de R. Eso basta. Cállese usted.

Ana. ¡Mi marido! Al fin voy á saber...

Lola. ¡Su marido! Cómo es que...

V de R. (Deteniéndola.) ¡Ni una palabra, ni un gesto, en nombre del cielo!

Ana. (a su esposo, con ironía.) ¡Usted vendrá sin duda de casa del joyero!



V de R. (Precipitadamente.) Sí, señora, de allí viene.

Ana. ¿Y traerás mi pulsera?

D. Ant. (Contrariado.) ¡Tu pulsera! Te diré...

V de R. (Bajo á D. Antonio.) Déjeme usted á mí. (Alto á Ana.) Amiga mia, hé aquí lo que ha pasado.

Ana. (Secamente.) Señora, ruego á usted que me deje hablar con mi marido.

V de R. Yo no se lo impido á usted. Solo que él le dirá á usted lo mismo que yo. ¿No es verdad, amigo mio, que usted dirá lo mismo que yo?

D. Ant. En efecto.

V de R. El dirá á usted que esta pulsera no le agradaba porque tenia una piedra menos; así es que se propuso deshacerse de ella; entonces esta señora... (Conteniéndose.) es decir, mi prima, que se enteró de su propósito, le rogó que se la vendiese, y su es poso de usted accedió en seguida.

D. Ant. ¡Hija qué quieres, mi flaco! La señora me pagaba su coste, ¡y esto era una ganga!

V de R. Que no podia dejar escapar... Con el producto de la pulsera él ha comprado á usted... (Bajo á D Antonio.) ¿Qué es lo que ha comprado usted? (Alto.) En fin, ahora lo verá usted, y se convencerá de que no ha perdido en el cambio.

Ana. ¡Siempre su manía! ¿Esto es verdad al menos?

V de R. ¡Pues no ha de serlo! (Bajo á Antonio.) Déme usted lo que sea.

D. Ant. (Bajo.) Pero usted no sabe...

V de R. (Ídem.) ¿Me lo da usted? (Viendo un objeto que saca don Antonio del bolsillo envuelto en un papel y tomándolo.) Helo aquí, (Se lo da á Ana.) ¡Verá usted qué bonito!

Ana. (Con curiosidad.) Veamos. (Desenvuelve un papel y saca un cuchillo mohoso.) ¡Oh! ¿Qué es esto?

D. Ant. (Atolondrado.) Ese es un cuchillo prehistórico.

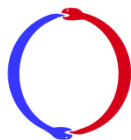
Ana. ¡Un cuchillo!

V de R. (Aparte.) ¡Será imbécil este hombre!

Lola. (Riendo) Es un bonito regalo.

D. Ant. Te diré, esposa mia. Vi este cuchillo, de gran mérito, en casa de un prendero, y no pude resistir á la tentación de comprarle. Pero tranquilízate, ahora mismo voy...

Ana. Cállese usted, caballero, eso no es mas que un tejido de mentiras, (Sollozando.) ¡Oh, yo tengo la culpa!



D. Ant. (Bajo á la viuda.) Es necesario que aleje usted á Lola, porque de lo contrario mi mujer me va á dar un escándalo.

V de R. (Bajo.) Ahora mismo se irá. ¡Ah! Hé aquí á su tío.

ESCENA XVI.

DICHOS, D. LORENZO, después ENRIQUE y ROSA.

D. Lor. (Entrando.) Pues señor, ya está todo arreglado.

V de R. (Corriendo hacia él.) Pronto, pronto, caballero, llévese usted á su sobrina. (Le empuja hacia Lola.)

D. Lor. (Admirado.) ¡Mi sobrina!

V de R. (A Lola por lo bajo.) Dé usted el brazo á su tío y márchense corriendo. (Toma el brazo de Lola y lo pone "bajo el de D. Lorenzo.)

Lola. (Retirándolo.) Pero yo no conozco al señor...

D. Ant. Ni yo á la señora.

Ana. Usted decia ahora mismo que la señora era prima de usted.

V de R. En efecto.

Lola. (Señalando á la viuda con mal humor.) Lo que hace esta señora es embrollarlo todo, y yo ya estoy cansada de sus tonterías.

D. Ant. Es verdad, usted tiene la deplorable manía de mezclarse en todo, y...

V de R. ¿Qué quiere usted decir, señor don Antonio?

Ana. Mi marido tiene razón. Nosotros vivíamos tranquilos antes de la llegada de usted: ¡ojalá nunca hubiese usted venido á estos baños!

V de R. ¡Señora!

Enri. (Que ha entrado con Rosa.) En efecto, eso hubiera sido infinitamente mejor para todo el mundo.

V de R. (Frenética.) ¡Ah! usted también; esto es demasiado. ¡Ah! yo me ahogo. Multiplíquese usted, mátese usted para servir á las gentes, y hé aquí la recompensa.

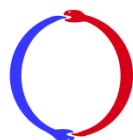
Enri. Vamos, cálmese usted.

V de R. Señor don Enrique, usted puede batirse, casarse ó hacer lo que le parezca; yo ya no me ocupo mas de usted.

Enri, Señora, yo no me bato.

V de R. ¡Ah!

Rosa. Hemos tenido una explicación.



Enri. (Volviéndose á Rosa.) La señora de Vallejo, sobrina del señor don Lorenzo, ha tenido á bien olvidar la carta...

Rosa. (Mirando á Lola con intención.) Que no era para ella.

V de R. (Vivamente.) ¡La Señora de Vallejo! (A D. Antonio.) ¿Entonces esta señora es la misma de quien usted me habló para el asunto de mi sobrino Alejandro?

D. Ant. Así es.

V de R. Presénteme usted, (Se arregla el traje.)

D. Lor. (Saludándola.) Es inútil, señora, mi sobrina no está libre.

Rosa. (Ídem.) Me caso con el señor de Gutiérrez.

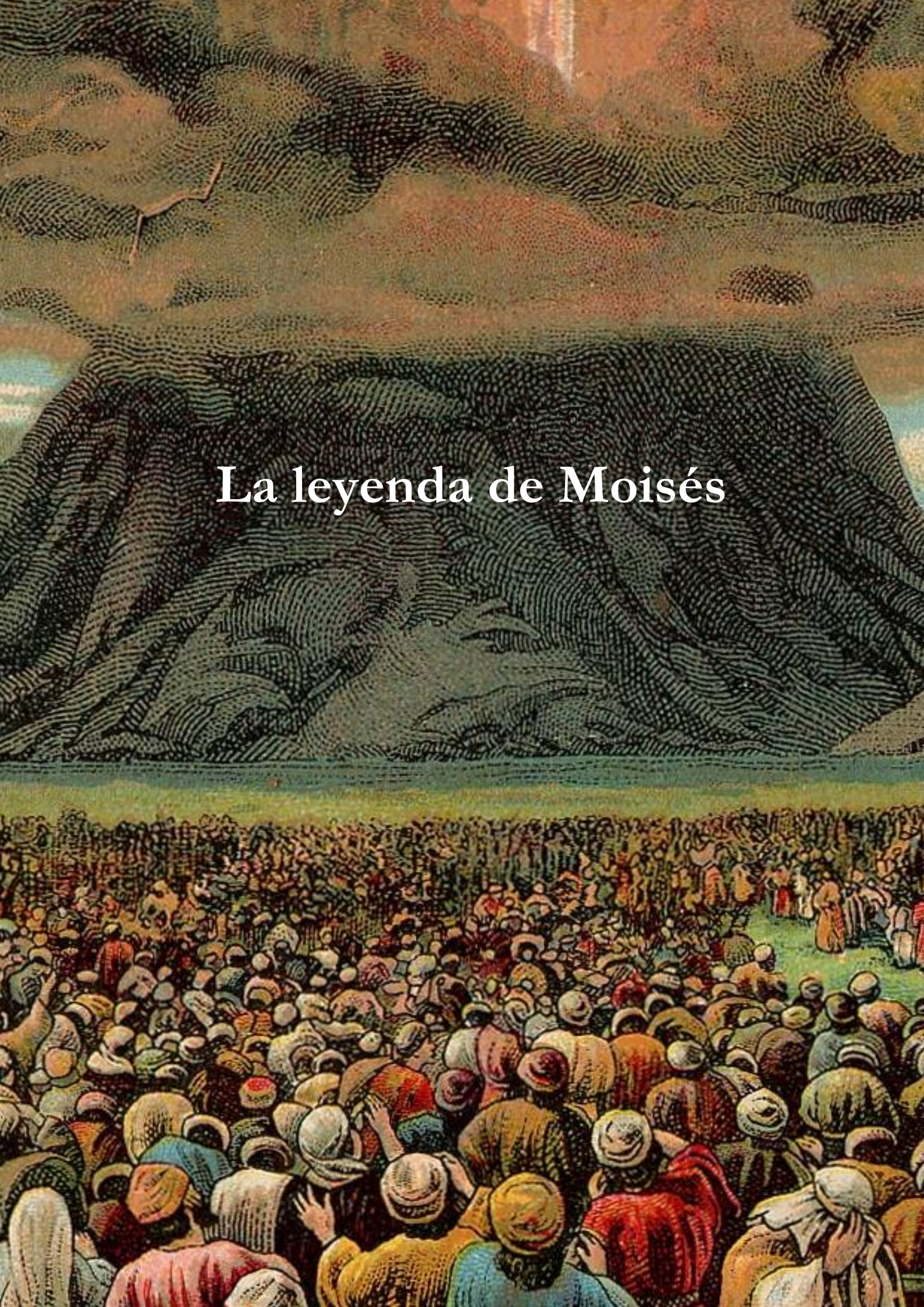
Enri. (Ídem.) Si usted tiene á bien permitirlo, señora de Rodríguez.

V de R. ¡Pobre sobrino mío! Otro matrimonio descompuesto, y es el sexto. Y todo ¿por qué? ¡Por haberme sacrificado por los demás, por unos ingratos! ¡Ah! ¡Si me vuelvo á mezclar nunca en ninguna cosa!... (A D. Antonio que se adelanta al público.) ¿Qué va usted á hacer?

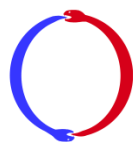
D. Ant. (Señalando al público.) A reclamar su indulgencia.

V de R. (Deteniéndole.) Déjeme usted á mí, yo me encargo de eso. (Al público.)

Desde hoy quedo escarmentada
por la lección recibida;
no vuelvo á meterme en nada
aunque sea desgraciada
con esta clase de vida.
¿Me faltará otra lección?
Temo, quizá sin razón,
que me nieguen sus mercedes.
Señores: suplico á ustedes,
ya que no aplausos, perdón.

The illustration depicts a vast, dense crowd of people, seen from behind, looking towards a dark, imposing mountain range under a turbulent, stormy sky. The crowd is composed of many individuals wearing various types of hats and colorful clothing, creating a rich, textured foreground. The mountain in the background is rendered with dark, swirling lines, suggesting a powerful, supernatural force. The overall mood is one of awe and anticipation.

La leyenda de Moisés



Pravia Arango

Texto adaptado del manuscrito aljamiado del XVII *Libro de los castigos...*, editado en números anteriores de *Oceanum*.



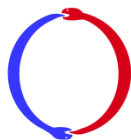
Esta es la leyenda de Moisés, la salvación esté con él, sobre lo que sucedió en el momento de su muerte.

Dijo Ibn Abbas, esté satisfecho Alá con él, que cuando Moisés estaba en el monte Sinaí leyendo la Torá, encontró cinco versículos cuyo sentido no entendía y se entristeció mucho. Alá le dijo:

—Moisés, ¿por qué estás triste? —aunque Alá era conocedor de la causa de la tristeza, se lo preguntó.

—Señor —dijo Moisés—, es que no alcanzo a comprender cinco versículos de la Torá.

—El primer versículo —aclaró Alá— es que aquel que no cree en mi palabra y no me obedece, mejor que se busque otro que lo defienda y se vaya lejos. El segundo se refiere a aquel que peque y continúe riendo, porque entrará en el fuego del Infierno llorando. El tercero apunta a que, si no fuese por mis servidores, por las criaturas salvajes y los niños de pecho sin pecado, no le permitiría al pecador ni un pestaño y llevaría mi señal y mi favor a otros. El cuarto hace referencia a aquel que no repara en si su sustento es bueno o prohibido, a este me encargaré de ponerlo en cualquier



puerta del fuego del Infierno. El quinto contiene las palabras salvadoras: *No hay Señor sino Alá y Mahoma es su mensajero.*

Entonces Moisés preguntó a Alá por su preferencia de Mahoma sobre los otros y Este respondió que por Mahoma habría creado a Adán, la noche y el día, el sol y la luna, y su trono sobre el agua. Y añadió que, si quería saber algo, debería rogárselo por Mahoma y su autoridad. En ese momento, Moisés preguntó:

—Mi Señor y mi Caudillo, por la autoridad de Mahoma, ¿qué día he de morir?

—Morirás el viernes.

Ibn Abbas continuó diciendo que Moisés se amortajaba como lo hacen los muertos y se preparaba para morir cada viernes, y esperaba al Ángel de la Muerte en el monte Sinaí para que recibiese su alma. Así lo hizo durante mucho tiempo hasta que se confió y olvidó el plazo. Un día que estaba sentado en el monte Sinaí leyendo la Torá, descendió el Ángel de la Muerte y lo saludó. Moisés se desmayó y cayó hacia adelante y la Torá resbaló de sus rodillas. Cuando recobró el sentido dijo:

—¿Quién eres, que con tu saludo me he desmayado?

—Soy quien destruye los gozos, quien enviuda a las mujeres y deja huérfanos a hijos e hijas. Soy el que puebla los cementerios hasta el Día del Juicio. Soy Azrael, el Ángel de la Muerte.

—¿Vienes de visita o a recibir mi alma? —inquirió Moisés.

—No acostumbro a visitar a nadie. Siempre que visito a alguien, no camina más sobre este mundo.

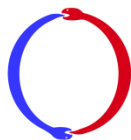
—Mi Señor me prometió que no moriría hasta el viernes —señaló Moisés.

—Hoy es viernes —repuso el Ángel.

—Te ruego por Alá —dijo Moisés— que me dejes dos horas de vida para despedirme de mi madre, mi mujer y mis hijos, puesto que nunca más los veré.

—No está en mi mano, pídeselo a tu Señor, mi Señor y Señor de todas las cosas.

En ese momento, un mensajero de Alá dijo: *Ángel de la Muerte, deja al siervo de Alá que se despida de su familia.* Así que Moisés se fue y llegó a un cruce de caminos: uno, a casa de su madre; otro, a casa de su mujer e hijos. Se detuvo pensando cuál elegir, pero empezó a llorar y con él, los ángeles. El llanto era tal que Alá le preguntó si lloraba por miedo a la muerte o por la tristeza de dejar el mundo, a lo que Moisés señaló que lloraba porque no sabía qué camino tomar. Alá le dijo que optase primero por el camino hacia la casa de su madre, la piadosa, la que le había dado su regazo como cama, sus pechos como alimento y sus cabellos como



manta; la que cuando se alegraba por él en este mundo, Él también lo hacía y la que cuando lo bendecía en la tierra, Él lo hacía en el cielo. Moisés, pues, fue a casa de su madre y llamó a la puerta.

—¿Quién eres, que Alá se apiade de ti? —dijo su madre desde dentro de la casa.

—Ábreme, soy Moisés, tu hijo.

Cuando la madre abrió vio la cara de su hijo pálida. Entonces le preguntó que por qué su cara estaba amarillenta, si acaso lo perseguía algún rey.

—Madre, me persigue el mayor rey del cielo y de la tierra. El Ángel de la Muerte me espera en el monte Sinaí para recibir mi alma.

—¿Y quien habló con Alá ha de morir? —preguntó la madre.

—Quien habló con Alá ha de morir. Jesús ha de morir, Mahoma ha de morir y Azrael, el Ángel de la Muerte, ha de morir. Solo quedará en este mundo y en el otro Alá, el Señor de todas las cosas. Madre, quiero saber qué clase de hijo he sido.

—Buen hijo. Y humilde. ¡Que Alá te dé buen galardón!

—Para ratificar lo dicho pondré mi cara en el suelo y pondrás tu pie en mi cuello para bendecirme, después me iré y nunca más nos veremos.

Esto hizo la madre mientras decía: *Te encomiendo a Alá, Señor de todas las cosas.*

Y Moisés continuó a casa de su mujer e hijos. Cuando llegó a la casa, llamó.

—¿Quién está en la puerta? —dijo su mujer desde dentro.

—Tu marido, Séfora, vengo a despedirme porque nunca más nos veremos, pues he de recorrer un largo camino.

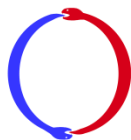
—¿Y cómo has de hacer un largo camino sin provisiones? —quiso saber Séfora.

—Mi provisión es el temor de Alá. El Ángel de la Muerte me está esperando en el monte Sinaí para recibir mi alma. Mujer, ¿dónde están mis hijos?

—Están durmiendo.

—Despiértalos; tengo que despedirme, ya que nunca más los voy a ver en este mundo.

—Levantaos, chicos —dijo Séfora— pues ya se extiende sobre vosotros el manto de la orfandad. Levantaos, huérfanos y despedíos de quien se viene a despedir.



Los niños se levantaron atemorizados, y llorando decían: *Madre, ¿por qué nos llamas huérfanos?, ¿no eres tú nuestra madre y este nuestro padre, hijo de Amram?*

—Sí, pero vuestro padre emprenderá un camino por donde nunca más regresará y quedaréis huérfanos.

Moisés cogió al pequeño en su regazo y al mayor frente a él, y comenzó a llorar tan amargamente que también lloraron los ángeles de los siete cielos. Y ocurrió que Alá envió un mensajero que preguntó a Moisés:

—¿Por qué lloras, por miedo a la muerte o por añoranza del mundo?

—Lloro por mis hijos. ¿Con quién quedarán después de mi muerte?

El mensajero habló por boca de Alá:

—¿A quién te encomendó tu madre cuando te pusieron en una cesta en el río? Te salvé de tu enemigo y el mío, el faraón. Luego te dejé con personas que te acogieron. Y después te mandé golpear el mar con tu cayado, lo hiciste y el mar se abrió. Luego te mandé golpear una roca sin grieta, lo hiciste y salió un gusano enorme con una hoja grande y verde en la boca que decía: *Bendito quien no se olvida de Mí y Me da sustento*. Y el gusano lo dice cada mañana y cada tarde y he encargado a un ángel para atender al gusano; por tanto, ¿cómo voy a olvidarme de tus hijos si juré no fallar a mis criaturas?

—Ahora, ya estoy contento, mi Señor —dijo Moisés.

Y se despidió y se alejó llorando. Cuando había andado parte del camino, encontró cuatro ángeles que cavaban una fosa. Todos se saludaron.

—¿Para quién caváis la fosa? —dijo Moisés.

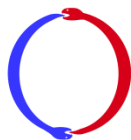
—Para un hombre que ama a Alá y Alá lo ama —respondieron los ángeles.

—Quiero ayudarlos.

—Ayúdanos.

Así que Moisés se remangó y empezó a cavar. Terminada la fosa, Moisés preguntó si tenían la medida del señor de la fosa, ellos respondieron que era un hombre de estatura parecida a la suya, de modo que Moisés, para comprobar, se tumbó en ella. En esto llegó el Ángel de la Muerte y dijo:

—Prepárate para morir, Moisés.



- Ángel, ¿por dónde quieres sacar mi alma? —preguntó Moisés.
- Por tu boca.
- No podrás porque con ella hablé y alabé a mi Señor.
- Por tus oídos.
- No podrás porque con ellos escuché las palabras de Alá.
- Por tus manos.
- No podrás porque con ellas cogí las Tablas de mi Señor en el monte Sinaí.
- Por tus pies.
- No podrás porque con ellos fui a hablar con Alá.

Entonces el Ángel de la Muerte subió apresurado al cielo y le dijo a Alá que su siervo Moisés tenía muchos argumentos por lo que no encontraba la manera de recibir su alma. Alá envió al Ángel a hablar con Ridwan, el portero del Paraíso, para que le diese una manzana que Moisés debería oler de modo que al olerla le saldría el alma. Y así se hizo. Moisés exhaló el alma por la nariz, los ángeles lo enterraron y nadie supo dónde se encontraba la fosa, excepto el quebrantahuesos, pero Alá lo hizo sordo y mudo por lo que el secreto permaneció intacto.

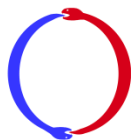
Esto fue contado de la muerte de Moisés. Cuando su alma ascendió al cielo, le preguntaron su parecer sobre la muerte y dijo: *La muerte se parece al despellejamiento de un animal vivo*. ¡Alabado sea el Señor, Señor de la nobleza! Él es el Altísimo. La paz esté con sus mensajeros. ¡Alabanza a Alá, Señor de los mundos!



Nuevos horizontes

Luz, más luz





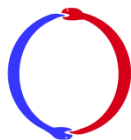
Ginés J. Vera

A Juan Carlos Fernández León

Yace aquí la estirpe de mi padre, la que en mí
se detiene sin la promesa de un mañana.
Francisco León. *Terraria*



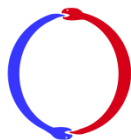
pocos días de acabar marzo, aquel sábado amaneció soleado como los días anteriores. Mi padre se fue temprano a trabajar, dejando a mi madre en casa con mi abuela materna. Hacía días que ninguna dormía bien, inquietas. También él lo estaba, pero sabía disimularlo, así que se concentró en su trabajo como operario en la empresa de motores para barcos cerca del puerto de Valencia. A eso de la una y poco del mediodía, por los altavoces de la nave se escuchó su nombre y apellidos. Le pedían que acudiera a la oficina. Uno de sus compañeros de turno, según supe, le dijo algo. Quizás temiendo por el tono del anuncio que no fueran buenas noticias. Pero mi padre sonrió, estoy casi seguro. Se alejó de su puesto para subir la escalerilla metálica, algo inestable, que mediaba entre el centro de la nave y las oficinas en el primer piso. Fue ahí donde una administrativa le dio la enhorabuena nada más verlo. Hombre de pocas palabras, seguro que soltó un *gracias* antes de preguntar si podía irse. Vaya pregunta, ¿verdad? Se escurrió escalerillas abajo y tomó un taxi; eso me lo contó una vez, una de las pocas que hablamos sobre aquel día. Recuerdo que lo hizo emocionado, como si lo reviviese. Tampoco era hombre de lágrimas. Solo lo vi llorar dos veces en toda



mi vida. En dos entierros. El taxi le llevó alborozado a la puerta del Hospital Provincial de Valencia. Me suena que me dijo que no pudo reprimir compartir su alegría con el taxista. Casi puedo entrever la escena, en aquel año a principios de los setenta, con aquel tráfico denso, a esas horas, por las calles de la ciudad, cruzándola de este a oeste, hasta la populosa avenida del Cid. Trato de imaginar a mi padre, preguntando en la sección Materno-Infantil, nervioso, corriendo por largos pasillos hasta llegar a una sala pequeña, iluminada en parte. Mi abuela acaso sentada en una esquina, en una silla incómoda, que se levantaría para saludarlo y darle también la enhorabuena. Aunque los ojos de mi padre se irían hacia la cama. Mi madre estaría medio dormida, agotada, no en vano había traído a este mundo a una criatura de más de tres kilos y medio. Con el cordón enrollado varias vueltas al cuello, supe, y el rostro amoratado. Allí, junto a mi madre, quizás dormido, estaba aquel bebé que mi padre sujetó en brazos por primera vez. Cuáles fueron sus pensamientos en ese instante, lo desconozco. No le podré preguntar. Incluso de haberlo intentado, en sus últimos años, tampoco hubiera obtenido una respuesta ni medio precisa. El alzheimer le fue esquilmando los recuerdos poco a poco; a menudo no reconocía a mi madre, ni por teléfono ni al verla, en persona, en las visitas a la residencia. La última vez que vimos con vida a mi padre fue en el mismo hospital, ¡casualidades de la vida!, en un lugar muy parecido a nuestro primer encuentro. Si en aquella primera ocasión mis ojos estaban medio apagados, acaso tratando de acostumbrarme a la luz, en la última fue él quien los tenía muy abiertos, esforzándose quizás para que la oscuridad, a la que temía unirse, no le robase aún ese deseo de ver, de verme. «A ti sí te ha reconocido», protestó de algún modo mi madre, cuando entramos a verlo a la habitación; él, cubierto con una arrugada sábana, sin emitir ya palabra alguna. Curioso paralelismo, pienso. Y, es verdad, pues rodeé la cama ese aciago día y él me siguió con los ojos. Esa vez fui yo quien tuvo que poner un dique para contener las lágrimas, para que no me viera llorar y que se sintiese peor. Qué pensamientos le pasaron por la cabeza, nunca lo sabré. Me despedí de él en el mismo silencio que seguro hubo en nuestro primer encuentro, en el mismo hospital, aunque con otro nombre, tras cinco décadas de distancia. Solo que él, aquella lejana primavera, se despidió de mi abuela, de mi madre conmigo, con su pequeño varoncito, el corazón exultante de felicidad, de orgullo. Cuando mi madre, mi hermano y yo dejamos el hospital en silencio, con mi padre en aquella habitación penumbrosa, el peso de la impotencia nos alejó entumecidos y desesperanzados. Quién sabe, quizás, solo quizás, la enfermedad que le iba oscureciendo los recuerdos tuvo un gesto de misericordia con él. De ser así, en ese último instante de fugaz lucidez, antes de la noche eterna, mi padre volvió a traer a su mente el recuerdo de aquella mañana en la que le dijeron que había sido padre. Quizá evocó aquel viaje en taxi hasta el hospital, la impaciencia por encontrar la habitación donde estábamos, el momento preciso de levantarme entre sus brazos y decir muy bajito, para no despertarme: *Hola, hijo mío.*

La fotografía familiar (VII)





Encarnación Sánchez Arenas

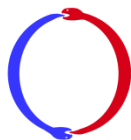
Diario de julio de Bernardina Molina

3 de julio

Eusebio Molina es hermano de Bernardina y trabaja como maquinista del tren que realiza el trayecto Jaén-Cádiz de media distancia. A Eusebio le molestan mucho los ruidos chirriantes; está acostumbrado a escuchar el tren marchar con un discurso de armonía en los cambios de velocidad y en las respectivas paradas en los diferentes municipios.

6 de julio

La primera parada se sitúa al sureste del núcleo urbano de Espeluy, a cierta distancia de este, en una pedanía llamada Estación de Espeluy, que creció unida al ferrocarril. El edificio para viajeros es una estructura de base rectangular y planta baja, cubierta por un tejado a dos aguas. Su fachada posee siete vanos en arco de medio punto, repartidos entre puertas y ventanas. Dispone de una vía principal (vía 1), cuatro derivadas (vías 2, 4, 6 y 8) y seis vías muertas (vías 3, 5, 7, 9, 11 y 13). Solo las vías 1 y 2 tienen acceso a andén, ya que la mayoría de las vías cumplen funciones logísticas; de hecho, el recinto cuenta con un muelle de mercancías. Los cambios de andén se realizan a nivel. Entre 1944 y 1949, el Sindicato Nacional del Olivo construyó junto a las instalaciones ferroviarias de Espeluy un almacén regulador de aceite, con una capacidad de unas 5 000 toneladas. Para ello, procedió a habilitar una vía de apartadero que enlazase el almacén con la red ferroviaria a través de la propia estación.



10 de julio

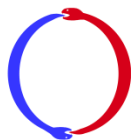
Serafina Méndez es una habitante con discapacidad que viaja hasta Espeluy, donde vive. Se desplaza en su silla de ruedas y el servicio de Acerca Adif le ayuda con su situación en el vagón número tres, que no tiene escalones y es de acceso directo. El padre de Serafina Méndez había sido olivarero y trabajó para el Sindicato Nacional del Olivo. Recuerda las cosechas de aceituna cada año a partir del mes de diciembre. Por los restos arqueológicos conocidos, la aceituna se utilizó principalmente en sus inicios para la extracción de aceite con usos de iluminación, cosméticos y rituales, como en el Antiguo Egipto, donde se señalaba a Isis como la que enseñó el cultivo del olivo a los seres humanos. En una tumba de Ramsés III se han encontrado representaciones de jarrones de aceite preparadas para el reino de los muertos.

18 de julio

La próxima parada es la estación de Andújar. Se sitúa al sur del núcleo urbano. El edificio para viajeros es una estructura de base rectangular y planta baja, cubierta por un tejado de varias aguas. Dispone de una vía principal (vía 1), dos derivadas (vías 2 y 3) y ocho vías muertas (vías 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11 y 12). Hay más vías disponibles, sin numeración, como la que alcanza las instalaciones de Koipe en la zona. Solo las vías 1 y 2 tienen acceso a andén, la gran mayoría de las vías cumplen funciones logísticas; de hecho, el recinto cuenta con un muelle cubierto de mercancías y con dos piqueras. Los cambios de andén se realizan a nivel. El andén lateral y el central están cubiertos con marquesinas propias. El control de acceso al tren cierra 2 minutos antes de la salida. En 1941, con la nacionalización de los ferrocarriles de ancho ibérico, la estación pasó a manos de la recién creada Renfe. Con el paso de los años se fue formando un núcleo poblacional en torno a la estación, dependiente del municipio de Andújar, que para 1950 tenía un censo de 436 habitantes. Desde el 31 de diciembre de 2004, Renfe Operadora explota la línea mientras que Adif es la titular de las instalaciones ferroviarias.

23 de julio

A Eusebio Molina le encanta la parada en el pueblo de Andújar. Siempre recuerda cómo el tren se llena de viajeros con motivo de la romería de la Virgen de la Cabeza, de la que es cofrade. La romería se celebra en primavera, el último fin de semana de abril, y se desarrolla en Andújar y el Parque Natural Sierra de Andújar, en pleno corazón de Sierra Morena, donde se alza el histórico Santuario Basílica de Nuestra Señora de la Ca-



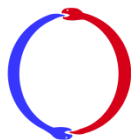
beza. En el siglo XVII,, fue considerada uno de los acontecimientos sociales más importantes de la época. De hecho, el escritor Miguel de Cervantes inmortalizó la romería en su obra *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, publicada en 1617, describiendo lo singular del lugar y la celebración de la fiesta. A Eusebio le agrada cómo Cervantes alude al río Jándula, que baña con sus aguas esta comarca.

29 de julio

A Eusebio le encanta recordar la literatura de viajes. Tal es el caso del viaje del rey Felipe IV a Andalucía en 1624, quien pasó por Andújar, ciudad a la que llegó la comitiva en dos grupos el 17 y 18 de febrero de ese año. De ello da cuenta la breve crónica de Jacinto de Herrera y Sotomayor *Jornada que Su Majestad hizo a la Andalucía* (Madrid, Imprenta Real, 1624) y una carta de Francisco de Quevedo (que también acompañaba al monarca) dirigida *Al marqués de la Velada y de San Román*, fechada precisamente en Andújar el 17 de febrero.



Junta todas tus heridas...

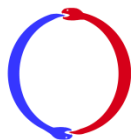


Marta Marco Alario

Junta todas tus heridas
y déjame que les susurre
con la ternura entre mis manos
cómo fue aquello de vivir
con un pie metido
en las aguas de la locura.

Cómo era pisar las piedras
en mitad de la noche
y sentir su frío,
con los ojos cerrados
y las manos sujetando
unos pechos ajados,
hasta en el tuétano.

Cómo acallar el agotador silencio
que en el centro de mi soledad
sembraba incertidumbre
y cubría de plumón y futuro
las alas de unos pájaros
que alimentaban mi ilusión
y engordaban mis sombras.



Yo ya perdoné tu disidencia
y el rencor está casi enjaulado.

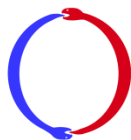
Ahora, tú, junta todas tus heridas
y déjame que sea arrullo y consuelo,
nana y cuento, calor y sendero;
déjame que te las cosa con saliva
y que todos los misterios
que nos remueven desde el vientre
y que nos nombran desde la risa
nos cicatricen bajo estos haces de luz
y este olor a tierra mojada
que sé que me van a volver árbol
antes de que aprenda, otra vez, a odiarte.

en *Mujeres de boca grande que saben ser bosque*
(Huerga y Fierro, 2023)



El aleteo de una mariposa





Isaías Covarrubias Marquina



rase una vez una mariposa posada sobre el cuerpo de una mujer. Como si fuese una ola, la mariposa lo navegó de arriba abajo, hasta acabar naufragando en la orilla de la playa.

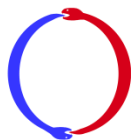
Era apenas una oruga cuando ya la contemplaba en su cuarto desde la ventana, mientras dormía, despertando al alba. Impregnado de su aroma, pasaba el día ebrio de amor, hasta que una luz encendida a la llegada del anochecer le devolvía su felicidad.

Una de esas noches se desató el caos. Un dolor monstruoso salió de mis entrañas. Un terror inmenso me sacudió hasta el último nervio, precipitándome al vacío, la nada. Y de repente, todo se apaciguó. Ahí estaba yo, en vez de miedo tenía unas alas.

Existe un credo que explica por qué estamos en este mundo. El aleteo de una mariposa provoca un soplo de viento que puede terminar en una tormenta. Mi vuelo apuntaba a provocar una sola tormenta, hacer realidad mi deseo por ella.

Desde mi altura, la vi salir del baño envuelta en una toalla. La vi despojarse de esta y acostarse desnuda en la cama. Bajé en picada, como un kamikaze, sin detenerme un segundo hasta rozar su piel. Qué cierto es lo que dicen, la piel es de quien la eriza.

Me atrapó un placer culposo al pasear mi larga lengua por toda su esbeltez. Deseé prolongar tanto la dicha que, si me espera el infierno, al menos sabré que también conocí un cielo.



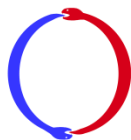
Mientras revoloteaba reparé en unas palabras escritas en letra pequeña en una de las paredes del cuarto. Son de Confucio: “Tenemos dos vidas, la segunda comienza cuando caemos en cuenta que solo tenemos una”.

Ha pasado mucho tiempo y me pregunto ¿quién soy? ¿Cuánto de amor, cuánto de deseo hubo en mí? Ya no tiene importancia responder. Solo sé que viví sin adornos, siendo el elemento decisivo. Lo que niegas te somete, lo que aceptas te transforma, dijo alguna vez un sabio alemán, adoptar cabalmente esas consignas fue suficiente.

Ahora contemplo el ocaso, una existencia que se apaga. No temo a la muerte, más bien al contrario, creo que no tenerla presente es el miedo primario a descartar para poder tener una vida. Me hace gracia pensar que al morir dejaré un cuerpo inerte que enseguida devorarán las hormigas. Les deseo buen provecho. Antes de partir quise escribir estas memorias.

El maquis





Goyo

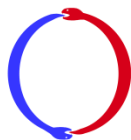


uardo un recuerdo borroso de este suceso, puesto que tuvo lugar en el límite del tiempo a partir del cual la memoria de un chiquillo resulta permanente. Años después y siendo ya adolescente, mi padre —que conmigo fue testigo— abrió la luz en mi confusa memoria.

Estábamos en aquella tienda de ultramarinos distante quinientos metros de nuestro domicilio. Era tiempo de Navidad y ultimábamos no sé que compra, algún encargo de última hora de mi madre.

—¡Que nadie se mueva! No haremos daño a nadie, solo necesitamos comida.

El jefe del grupo de tres que habían entrado enseñando armas ordenó al tendero:



—A ver: queremos vino, coñac, jamón, chorizo, conservas y turrón, ya veremos si alguna cosa más.

El asustado vendedor atendió la orden con diligencia y comenzó a acopiar la demanda.

—Y colócalo todo en bolsas —añadió.

El atraco seguía su curso, los clientes silenciosos, esperando que terminase cuanto antes y con la única consecuencia del susto, la demanda ordenada ya estaba cumplida, pero la sorpresa fue mayúscula cuando el jefe sacó algún dinero y lo entregó al vendedor.

—Ya sabemos que no es suficiente, pero no tenemos más, otro día te daremos el resto, no somos ladrones, pero necesitamos comer.

Después, la severa advertencia antes de marchar:

—¡Que no salga nadie en diez minutos!, fuera, tenemos compañeros vigilando, a quien abra la puerta lo “quemamos”. ¡Viva la República!

Ni diez minutos, ni quince, creo que en media hora nadie se acercó a la puerta.

Era el maquis más perseguido en aquel valle. Durante la posguerra subsistió por las cordilleras esquivando a las fuerzas del orden, que con precarios medios y pocos efectivos intentaban atraparlo. La leyenda se fue haciendo grande.

Que robó aquí y allá.

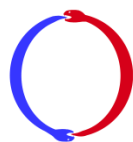
Que salía victorioso en los enfrentamientos con sus desmoralizados perseguidores.

Que se refugió con unos granjeros y trabajando con ellos pasaba desapercibido.

Que bajaba los domingos a la pista de baile y con su elegante porte y atrevimiento enamoraba a las chavalas.

Que alguna se encontraba un papel en el bolsillo del vestido con el mensaje: “Estuviste bailando con el maquis más buscado”.

Lo cierto es que, como todos los de su clase, con la guerra perdida y la imposible esperanza para su causa, recibía el apoyo de algunos vecinos y conseguía resistir el acoso.

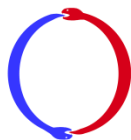


Tiempo más tarde, en una emboscada que le tendieron y rodeado por numerosos efectivos de las fuerzas del orden, fue abatido. Había intentado escapar por el talud del ferrocarril hacia el río y estuvo a un tris de conseguirlo.





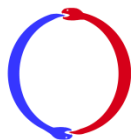
De Moira



Miguel Quintana



Me da miedo echar la vista atrás en este diario. Es como querer arreglar el pasado. O tal vez volver a estropearlo. Me da miedo que me griten a la cara mis propias palabras. Pero, de todas formas, mi vida es un libro voluminoso..., con muchas páginas en blanco. Oh, más páginas en blanco, muchas más que páginas medianamente escritas. A decir verdad, tal vez solo haya escrito dos páginas... Dan miedo, sí, las páginas en blanco. Más que las páginas futuras, las páginas blancas del pasado. Esas páginas desdoradas por el tiempo, arrugadas, encima de las cuales han caído nevadas, escarchas, agua pasada y olvidada. Agua amarga, salobre, tan amarga y salobre como las lágrimas. Encima de las cuales ha nevado la amargura su olvido. Páginas blancas en las que escribí nada, la nada que ha alimentado a los gusanos, a la hiedra. Me da miedo echar la vista atrás. No sé si este diario lo he escrito yo, o si fue la Pluma la que quiso ejercitarse. O tal vez ha sido la Tinta la que haya querido jugarme una mala pasada. Quizás sea el propio Diario. El diario que un día compré en Salzburgo para intentar que en él tuviese algún eco la música de Wolfgang. Ya sé que ha sido inútil, baldío e infantil el intento, Wolfgang, de esperar que en un cuaderno mío resuene tu música. Tengo miedo comprobar en estas páginas de atrás lo errado que estoy. Debería haber escrito páginas en blanco..., aunque, la verdad, todas las mías son páginas blancas... Sí, a decir de nuevo verdad, tal vez haya escrito apenas dos páginas auténticas, tan solo dos páginas buenas... Es, pues, este diario un diario en blanco. Igual que mi pasado. Aire enrarecido,



putrefacto. Resulta que he tardado..., resulta que la Tierra tardó millones sin cuento posible de años en engendrarme, y finalmente un día me expulsó de su vientre y me puso luego sobre su piel y colgado de sus pechos, y encima de ella he estado manoteando un instante hasta que vuelva pronto a reclamarme, y ese instante en el que he respirado y succionado de sus pechos lo he llenado de páginas en blanco, páginas que no merecen ni inaudible aplauso, páginas de puro simulacro, páginas que escribe mejor que yo cualquier escarabajo que dedica su vida a dar por aquí y allá sus arañazos. Aire enrarecido, espumarajos. Tal vez solo dos páginas puedan competir por su aroma con el narciso o el nardo. Las demás, cardos. Me da miedo escarbar en mi diario. Soles, lunas, estaciones, años..., han todos ellos pasado en blanco. Se han cumplido ya los plazos y en mis páginas ahora croan sapos. Tanto tiempo, tanto que no tiene cuento, preparándome la Tierra dentro, mucho más allá de su pecho, tanto tiempo amasándome en lo profundo de su hueco para finalmente salir yo y no llegar a ser más que un bosquejo. Tanto tiempo esperando el cielo ver nacer un buen mancebo..., tanto tiempo, y ha de conformarse con un escuálido muñeco... Un muñeco de desastrado trapo. No puede sentirse ufano. Me da miedo ojear y hojear el pasado. Está ya, sí, está ya pasado. Y sobre él el silencio ha corrido ya su lazo. Pero alguien, no sé quién, me lo devora a picotazos. Me da miedo echar la vista atrás al fango. Es como querer desecar un charco tan grande como el mar, como el ocaso. Tan grande como el cielo, tan vasto. O tal vez sea aumentar el barro. Aunque de este, a decir verdad, haya conseguido alzar dos páginas, aunque solo sean dos, que han dormido en mi regazo. Solo dos páginas: uno, dos certeros plumazos.

—Espera un momento... —me dice el Diario poniéndome su mano en el hombro—. Espera un momento, hombre, ¿es este el final? Todavía tengo muchas hojas en blanco que has de rellenar...

—No me encuentro, amigo mío, —le respondo— con ánimo... Todo conspira contra mí. La Musa tiene helado para mis pulmones su aliento. El Azar construyó hace tiempo para mi carro un camino. Me ronda la Parca. Wolfgang..., Wolfgang solo consigue gustarme... Gustarme..., y no sé si entiendes lo que digo..., y no debes de entenderlo porque yo mismo lo ignoro.

—¿Qué ignoras?

—Lo ignoro todo, a decir verdad.

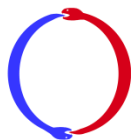
—¡Vamos, vamos! ¿Qué es lo que ignoras? ¿Qué es eso de que solo consigues gustarte? ¿No sabes acaso lo que es gustar?

—Venga, Diario, deja..., déjalo. No me encuentro con ánimo, como te digo, para hablar.

—Pues escribe, hombre... ¿No ves que tengo ahí delante muchas páginas en blanco?

—¿Crees que no pudiendo hablar, habría acaso de poder escribir?

—Oh, creo que sí, creo que te sería fácil.



—Pues te equivocas. No puedo ahora hablar ni escribir, no sé pensar, no sé qué hacer, en fin, no sé nada, como te digo... ¡Y me gustaría que esto fuera pura retórica y no fuera realmente cierto!

—Pues escucha entonces un rato alguna obra de tu querido Wolfgang..., aunque quisiera, la verdad, que hablaras de otra...

—¡De la Aurora! ¿No?

—Podiera ser... Pero si no puede ser, escucha a Wolfgang...

—Pero, amigo Diario, ahí es donde le duele, pues resulta que, si pongo un cuarteto, por ejemplo, o cualquier otra obra, me entra por el oído y se aloja después en el alma..., convengamos que es en alma donde se aloja..., digo que se aloja ahí, pero me deja las manos vacías. Vacías. No sé yo tampoco muy bien qué sea esto de las manos vacías, pero convengamos otra vez tú y yo, amigo Diario, que esa música me deja las manos vacías. Las manos vacías. ¿Y qué es lo que me pasa entonces? ¿Qué es lo que me pasa?

—¿Y qué es, pues?

—No sé..., esperaba que tú me lo dijeras.

—¿Y qué es? A ver...

—¿No te digo que no lo sé? Solo sé decirte que me deja las manos vacías. Solo sé decirte que me gusta, que me gusta esa música. Pero ¿por qué? No lo sé. ¿Me hace ser mejor esa música? No lo sé, y tampoco sé si me hace ser peor. Como te he repetido cien veces, no sé nada.

—No me has repetido eso cien veces. No sé si lo habrás dicho una sola vez... Así, textualmente, creo que nunca. Ahora bien, bien se deduce de lo que escribes que es cierto. De todas formas, no te desanimes por ello... Si te vale de consuelo, recuerda que no pocos sabios, con toda su sabiduría a cuestas, llegaron al mismo punto que tú. Por cierto, los sabios que no reconocen, precisamente, ese tu aserto no son sabios. Aunque no sé cómo llamarlos...

—Está bien, Diario. Déjalo: vía muerta. Es más, todo es vía muerta. No veo por ningún lado vida.

—Exageras.

—No veo vida por ningún lado. Todo es engaño.

—Eres muy exagerado.

—Engaña ese, engaña esta, aquellos engañan. Tal vez quien no engañe nunca sea la Parca.

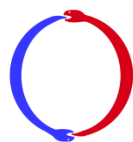
—Pero a veces juega con sus juguetes.

—Oh, sí, juega con sus juguetes, Diario, juega con ellos como juega con el ratón herido el gato, como el niño malvado que tiene atada una cuerda a la pata del pájaro y le deja volar un corto espacio para volver pronto a traerlo a su mano. Juega la Parca, sí, Diario.

—Luego también engaña.

—Tal vez quiera engañar a veces, aunque se sabe de antemano que al final dará el zarpazo.

—Mal día parece hoy que tenemos. Sí, me huele a nefasto.



—Mira, Diario, casi lo mejor que podemos hacer es cerrar... ¿Qué pasaría si te cierro y te encierro en el fondo del cajón?

—¿Has pensado que hay cajones que son ataúdes?

—Ataúdes...

—O tal vez urnas que contienen cenizas.

—Cenizas...

—Sí, ataúdes con cenizas, o urnas que contienen huesos. O diarios llenos de palabras difuntas.

—Osarios... Sí, no parece buen día hoy.

—Es cierto, me huele a nefasto.

—Pues para que no huelas a nefasto, ¿no crees que estaría mejor cerrado y encerrado en el fondo del cajón, y este en el fondo del armario, y este...

—Sí, hay olor en el aire hoy a nefasto. Y es una pena, porque viene husmeando a primavera la nariz del verano. ¿No ves cómo está ya lamiendo las heridas de la primavera el sabueso del verano? Es una pena que un día tan fragante hieda, siendo este día, como lo es por el incienso de las rosas, sagrado.

—Me gusta que hables así, Diario. ¿Te gustan las rosas?

—¡Así que ánimo! ¡Arriba el corazón!

—¿Te gustan las rosas?

—Sí. ¿A quién no?

—A mí me dan pena.

—Sí, día desdichado. Si te dan pena las rosas, no cabe duda de que el día está bien desgarrado. Parece que se te cruzó de mala manera, al nacer hoy el día, un astro. Tendremos, pues, que buscar por algún sitio el milagro...

—Me da pena tanto despliegue de encantos, alarde tanto, aparente vigor, boato, para acabar mañana sembrando el suelo de mustios pétalos desmayados.

—Pero igual que la rosa, lo es todo.

—Así es, Diario, todos sembramos el suelo con nuestros ilusorios redaños... Este es el teatro. Y nadie queda fuera del escenario que pueda brindar por los actores con un aplauso.

—No sé por qué te quejas si sabes por lo menos algo...

—¿No hablabas antes de milagros? Búscame, sí, búscame milagros.

—Yo solo soy un diario. Lo más que puedo hacer es darte un latigazo para que despiertes y no sigas cayendo por el barranco.

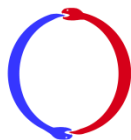
—No me gusta que hables así.

—Ya sabes de qué me gustaría hablar.

—¡De la Aurora! ¿No es eso?

—De tu Aurora.

—Mi Aurora, querido, como la Aurora de todos, es nada. Un espejismo. Nada. Nada que coges con los dedos y se te escurre entre ellos. Nada, que incluso antes de verlo se cae precipitadamente al suelo. Como la de todos, mi Aurora es un trueno que se pierde en tierra lleno de furor y



del que pronto no queda ni el eco. Como la de todos, mi aurora es un aguacero que invade, arrasa, destruye, para evaporarse luego y dejar otra vez el campo seco. ¿Qué es la aurora de todos, como la mía, sino un imperio sin emperador, que al día siguiente se viene a menos para finalmente ser un trasiego de nada que dan a nada besos sin poder jamás servir para las heridas de cauterio?

—¿No son las auroras fuego?

—Dejémoslo, Diario...

—¿No es tu Aurora, en definitiva, el bien postremo?

—Dejémoslo, Diario..., te lo ruego... Mira, voy a hacerte caso y me pondré a escuchar a Wolfgang... ¡Un cuarteto!

—Me temo..., sospecho que te hunda más. Necesitas un remanso... Te recomiendo ir a visitar tus amarantos... Deja, olvida los cuartetos... Son demasiado amargos... Para ti son un espejo en el que ves reflejado tu esqueleto... Te hacen tan profundo estrago... Vete a pasear por el hayedo y verás qué bien se entonan tus nervios... Te clavan tanto veneno con sus dardos esos cuartetos..., cuando los escuchas oyes tocar a rebato... ¡Cómo hostigan tus flancos...! Vete, vete corriendo al espliego...

—Oh, Diario, hablas así porque eres necio. ¡Decir que son veneno los acordes de un cuarteto! ¡Si son bálsamo, bálsamo y ungüento!

—Hay bálsamos que destrozan estómagos. Olvida esos cuartetos, olvida a ese Wolfgang, toma la pluma y escribe...

—No soy dueño de las palabras, Diario. Se burlan de mí, se me esconden, se esfuman entre mis dedos si intento asirlas. Son hilos de humo que tejen para ponerme delante de los ojos una tela evanescente tras la cual oigo y veo sus carcajadas. No soy dueño de las palabras, y si les digo que hablen, callan. Si les digo que sonrían, callan. Si les digo que salten, callan. Si les digo que respiren, callan y se quedan en su madriguera agazapadas.

—Pues es una pena que no sepas despertarlas... Es una pena porque ya cogió la primavera en su mano la aldaba y, como ves, insistentemente a tu puerta llama. Y sería una verdadera lástima que viniera ella y tuvieses tú la boca cerrada.

—Es posible, amigo mío, que sea ella la que me echa la tranca.

—Parece que..., parece como si esperara..., me parece que...

—¿No sabes acabar? ¡Acaba!

—No sé cómo decirlo...

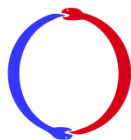
—No digas entonces nada. No digas nada, Diario... Déjalo... Sí, ya veo que la primavera afina su olfato, ya veo que se acerca con regalos y muestra llenas de esperanza sus manos. Ya oigo los clarines de sus heraldos pregonar con vozarrones altos las cláusulas de su floral bando. Ya lo veo, Diario, pero me falta para tomar la pluma ánimo, y para holgar y escuchar los pájaros me sobran tiempo y espacio.

—Estoy seguro de que quieres hablar de Aurora.

—Aquello fue demasiado temprano...

—Tal vez, pero algo..., tal vez un aroma sacro...

—¿Sabes, Diario? Si converso contigo, divago.



—Quizás, seguramente fue un verdadero halago. Bebiste con ella un delicioso vaso... También debió de ser ella, allá junto al lago...

—¿De qué hablas?

—¿No vino tu Aurora a abreviar, antes de nacer el día, a un lago?

—¡No pareces un cuaderno, sino un lagarto! ¡Tal vez un...!

—Digo que debió de ser ella para ti un faro a cuya luz rápidamente tendiste tú los brazos y cuyo resplandor aspiraste pronto con tus labios... Debió de ser ella un canto con que quiso el cielo, como sirena buena, mostrarte el atajo por donde, sin excesivo sobresalto, poder pilotar a buen puerto tu barco... ¿No fue así, acaso?

—¿Por qué no eres, amigo, más sensato? ¿Sabes? Me cansas. Parece que te gusta hacerme desgarros... Sí, me canso... Levantas a tiras mi piel para ver lo que hay debajo... Me canso...

—¿Volvemos al lago?

—Aquello es demasiado lejano... Va ya para muy largo...

—No..., solamente lo digo para que salgas de este atasco...

—Oh, gracias..., me hago cargo de lo bueno que eres conmigo... ¡Se te nota tan poco el sarcasmo!

—¿No quieres coronada tu cabeza de lauro?

—¿Y para conseguir laurel, habrías de ayudarme tú a redactar el alegato?

—Algo así..., y ponerlo a buen recaudo. Aunque reconozco que me gusta poco el oficio de escribano... ¡Pero..., mira! ¡La Pluma y la Tinta están dormidas!

—No, no me extraña mucho que duerman. No me extraña su afonía... Tal vez ellas, contagiadas por mis fibras, padezcan esa sequía y no se atrevan siquiera a pensar ni aún en sordina... Pero como te dije, Diario, quiero cerrar mi caja de palabras y dejarlas descansar tras la celosía, para escuchar un cuarteto o quinteto con el que comenzar nueva travesía.

—Parece que hablas como piensa la Sibila...

—Mira, Diario, escucha..., escucha el Quinteto en re.

—Sí..., esto es otra caligrafía...

—¿Caligrafía dices?

—Sí, *caligrafía* digo. Y digo también *otra*... ¡Oh, me molesta esa música!

—¿Te molesta?

—Sí, no sé por qué, pero me molesta. ¿Qué es eso?

—Una apología.

—¿Una apología, dices?

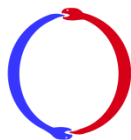
—Sí, pero tampoco sé yo de qué es apología.

—¿Podría serlo del dolor?

—¡Una apología del dolor! Pues sí, Diario, una apología del dolor. ¿Lo sientes tú así?

—Oh, sí, hay momentos duros..., punzadas...

—Punzadas... Ahora resulta que tú, Diario, que no sabes nada de música, atinas. ¡Das en el clavo!



—Pero te recomiendo, de todas formas, que quites esa música ahora... No es música para hoy... ¡Es música de cenizas!

—Música de cenizas... ¿Y no necesitan música las cenizas?

—Hoy no. Hoy necesitas tú música de lilas.

—Lilas...

—Sí, música para que canten las ondinas y que su melodía cambie la cara a la brisa y convierta la piel de este día al tornasol de las aguamariñas...

—Espera, Diario, espera que voy a ponerlo de nuevo...

—Oh, no, no quiero oír más que una vez esa elegía... ¿No ves que es música de ortigas? ¿Música erizada de sangrantes espinas?

—Das de nuevo en el clavo. Sí, Wolfgang desciende por la sima...

—Pero lo malo es que me hace a mí tragar saliva.

—¡Escúchalo de nuevo!

—¡No necesitamos hoy más lejía!

—¡Hay que remar también a veces a la otra orilla! Escucha... ¡Audacia! ¡Audacia sombría! ¡Desafío! ¡Desafío a la armonía!

—¿Sabes? ¡No me lo pongas más! ¡Es una herejía! ¡Pintar con luz lóbrega este día en que cantan los pájaros con la boca preñada de sonrisa! ¿No ves acaso cómo corre esa golondrina haciendo tañer en el aire su lira? ¡No me lo pongas más! ¡No quiero más esa sangría!

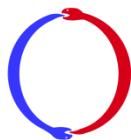
—¿Sangría, dices?

—Sangría, sí..., sangría para la que no hay emplastos en tu botica. No, no lo pongas más y fija tu retina en cómo siguen los soldados a su heroína...

—A quién te refieres.

—La primavera, que, de amor herida, olfatea, vuela, vibra y hace al mismo tiempo que vibre toda su cofradía, luce, arde, brilla y hace brillar a todo sin fatiga. La primavera, que, robusta doncella y nodriza, amamanta de verdor y delicia, de aromas y ambrosías a sus hijos..., me refiero a la primavera, que porfía..., me refiero a la vida..., por lo que no quiero ahogarme en esa tu agonía...

—La primavera... También es bueno para la primavera el Quinteto en sol menor. Escucha. Voy a ponértelo. El Quinteto en sol menor. ¿Sabes? Wolfgang lo escribió en primavera. En el corazón de la primavera. En el primaveral corazón vienés. Lo escribió cuando esas entrañas de la robusta nodriza y doncella de la primavera ardía de amor vegetal y luminoso, exudaba fragancias y ambrosías..., esas ambrosías de la que hablas, lo escribió cuando hervía aquella primavera y se quemaba en su propia fiebre vital, comunicando a todos sus hijos su ardor... Pero Wolfgang no canta a las rosas ni le inspiran compases los alhelíes. No escucha tampoco cómo entona la oropéndola, y cierra también sus oídos a los arrullos y deliquios de las palomas. No quiere asimismo pisar el terciopelo de las tupidas y florales alfombras que coronan la cabeza de la tierra en este momento, cuajadas de todos los matices de color imaginables. Y en vez de ello coge dos vio-



lines, dos violas y un violonchelo como compañeros e instrumentos de meditación, y medita. Medita. Todo es humo. Sí, viene por ahí fuera esta primavera con sus flores y sus aromas, con sus pájaros y sus deliciosas nubes... Pero todo es humo. Todo es humo dentro. Todo está ciego. Va y viene ciego. Va porque va y viene porque viene, pero todo ciego. Y es ciega esa paloma o gaviota que vuela, y es ciega esa amapola cuyos pétalos se mecen con la brisa y rojea en medio de un mar verde y amarillo de mieses. Todo eso es ceniza. Ceniza que nace de ceniza y fenece entre ceniza. Ceniza. Ceniza que tizna la faz de las piedras. Ceniza que un soplo de viento arrasa, devasta, aniquila. Humo. Humo ciego. Humo que vacila y le importa nada tomar el camino de Oriente o el de Meridión, Septentrión u Occidente, y le importa nada desvanecerse o mantenerse entre el ramaje de árboles o sobre la hojarasca podrida del suelo. Humo ciego y que ciega. Todo eso es nada. Una ciega nada. Una excrescencia de la Parca. Una, una sola de sus risotadas. En esto meditan el violonchelo, las dos violas y los dos violines de Wolfgang del Quinteto en sol menor. Una risotada de la Parca. Con este Quinteto, Diario, nos mostró Wolfgang cómo ríe la Parca, cómo respira, cómo canta, cómo se alimenta, cómo baila... Escúchalo... Escúchalo...

—¡Oh, por dios, háblame de Aurora!

—¿Qué?

—¡Aurora!

—Aurora un día yacerá, como cualquier aurora, bajo un manto helado de ajadas flores bajo un palmo de tierra sin recuerdo. Aurora un día será custodiada por grajos que estarán sobre su sombra a la caza de gusanos, y escarbarán y picotearán en el fantasma de su belleza para alimentarse con el barro. Aurora un día formará un pedazo de un instante del pasado del que apenas quede aquí otro ornato que el dudoso haber de haber pasado. Aurora un día tendrá en su mano el frondoso ramo del vacío, con el que firmará un contrato para ejercer como gota de silencio en un océano desierto, y quedará después condenada a imperecedero letargo.

—¡Oh Dios, pero el amor es más fuerte que la muerte!

—¿Sí?

—¡Sí, más fuerte!

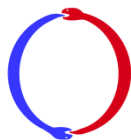
—¿Lo dices tú, un cuadernillo de papeles?

—¡Sí, más fuerza tiene el amor que ese para ti horrible espectro de la muerte! Y no le importa al amor la fiebre, no le importa que sus miembros enfermen, ni que se ría de él la plebe, nada le remuerde, nada le pierde, no se asusta de nada por que sea agreste, pues el amor todo lo vence y su victoria es una corona perenne... Y si estás deprimido, debe de ser porque te sientes marioneta...

—Sí, así debe de ser, Diario, marioneta.

—Pero marioneta, ¿de quién?

—Oh, ¿importa algo saber de quién eres marioneta? ¿Importa algo saberlo?



—Me parece que los sabios han dicho que buscando las causas pueden controlarse los efectos..., aunque, la verdad, no sé si lo habrán dicho con mucha convicción...

—Hay tantas clases de causas... Esos sabios que dices han establecido media docena de ellas... Y me aterra enfrentarme a una legión de causas... La causa es la hiedra que asfixia al árbol...

“Oh, Wolfgang, cómo me mantienen en vilo esos quintetos tuyos, el que escribiste en sol menor, el que escribiste en re. ¡Qué fuerza desesperada! Si mi aliento está débil, saber que débil estaba tu aliento cuando los escribías me da una bocanada de aire. Saber que estabas desalentado alienta mi aliento desalentado. Sobre todo, por saber cómo responde un hombre grande al desaliento. Con la audacia del adagio del quinteto en re, audacia y valentía para sacar fuerzas de la misma debilidad, valentía y audacia para extraer del manantial de la belleza las notas más sombrías, para derramar tu dolor en el vaso de la poesía. Tengo a veces que acudir a estos quintetos para que, a pesar de la lóbreguez que proyectan, enciendan dentro de mí una lámpara. Tengo que acudir a esos quintetos para que, a pesar de que arañan mi espíritu, me laven la cara...”

—Mira, Diario —le digo a un diario asustado—, no puedo seguir escribiendo hoy, lo siento.

—¿Qué te parece —me responde con brillo en sus ojos— si dejas esas melodías fúnebres y salimos a dar un paseo por los caminos de la primavera? ¿No ves acaso cómo entona la luz con que está vestida su canto al monte, y responde este dejando que de su boca mane brisa verde, no ves cómo en esta se bañan las aves y de ella beben las fuentes? ¿No ves acaso que todo, todo es puro y silvestre, que todo es limpio e inocente, y que abunda la miel, abunda la leche, y todo, todo, da una bofetada de luz sonora en la cara a la propia muerte? ¿No te das cuenta acaso que esas melodías tuyas, o de Wolfgang, son... heces...?

—Oh, Diario, habrá que perdonarte porque no sabes lo que dices.

—Sí, no sé lo que digo, ya lo sé. La verdad es que no sé muy bien lo que digo. Pero lo que digo es lo siguiente. Me da la intuición que estás obsesionado con esa música. O más bien, que esa música te lleva a la cabeza obsesiones raras. Obsesiones que no deberías tener. Y también la intuición me dice que no te das cuenta de que la música es apenas aire. Por consiguiente, no es difícil concluir que te obsesiona el aire.

—¡La música no es aire: es arte!

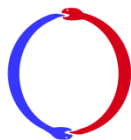
—Sí, señor, es cierto. Arte. Nada más que arte. Es decir, casi nada.

—¡La música no es nada: es pensamiento!

—No quiero, amigo mío, discutir contigo eso. ¿Pero para qué vale ese pensamiento si con él vas a verlo todo negro?

—Lo veo todo negro porque todo es negro.

—Es lo que te digo, que no deberías tener obsesiones raras. ¡Todo es negro! Levanta los ojos al cielo: ¿está negro? Llévalos a las caléndulas, al



trébol, a la higuera, a las lilas, al espliego, a la adelfa, a la amapola, al agracejo..., lleva tus ojos al sauce, al amaranto: ¿es negro? ¡Estos sí que ejecutan música, son música, y no esos quintetos! ¿Es acaso negra la melodía de un almendro?

“Wolfgang, no puedo no pensar al escuchar tus quintetos cómo ahora la primavera, espléndida y ciega, estará vistiéndose de colores y perfumándose de olores encima de la tierra que te cubre. Ese trozo de tierra que visité un día en invierno. Al escuchar tus estrofas me vienen a la imaginación las flores. Me viene a la imaginación cómo hacen caso ninguno de tus acordes desgarrados y crecen y prosperan. Estoy viendo sus soberbios sépalos y pétalos desafiar a la propia belleza, a la que vencen. Oh, color, fuerza, vida corren por sus venas y les dan ese magnífico y rozagante aspecto a su rostro que enamora a todo un escuadrón de insectos. Qué les importa a esas vistosas flores que suene en tu tumba el adagio *ma non troppo* del quinteto en sol menor. O el adagio del quinteto en re. Qué les importa que abajo haya un hombre que sabía lo que hay arriba y lo que hay abajo. Y que se lamentaba de la mala suerte de poder saberlo...”.

—¡Oh, por Dios —exclama mi Diario—, no te esfuerces más! Déjame, no me escribas hoy. ¿No ves que te sale forzado?

—Ya sabes, Diario, que la Musa cuando escribo mira a otro lado y tengo que parir sin ayuda de matrona.

—Sí, pero puedes retrasar cuanto quieras tu embarazo. ¿Quién te obliga a parir? Puedes seguir gestando dentro hasta que revientes...

—Gracias, amigo, das buenos ánimos.

—Lo digo de forma cariñosa.

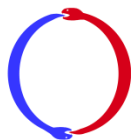
—Ah, debe de ser eso... Cariño, tienes mucho cariño.

—Pues, aunque no lo creas, es cierto: te tengo cariño, ¡qué le vamos a hacer! Y mira que es difícil tenerte una gota sola de cariño..., pero te la tengo..., y más de una.

—Pues se notan poco esas gotas, porque me punzas a cada paso, cuando menos lo espero... ¿No te gusta entonces lo que quisiera escribir en tus páginas?

—La verdad es que no. Saco de ello la idea de que eres un hombre triste, hosco, adusto, hípido, hirsuto... ¡Vamos, un erizo!

—Seguro que te gustaría que escribiera en tus páginas una novelita rosa de amor sonrosado y enternecedor que te hiciera soñar... La de una damita ingenua e inocentona que es seducida por un apuesto caballero, pero que resulta que es la inocente ingenuidad virginal la que finalmente seduce al un poco ufano pero de nobles sentimientos caballere, que ha de sufrir no pocos reveses hasta que casi llega a conseguir su deseo, y esto después de tener que romper en no sé cuántas peripecias con medio compromisos con otras semi lagartas que intentaban... Seguro que te gustaría que escribiera en tus páginas una bella historia de un amor bello...



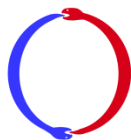
—Sí, me gustaría. Me gustaría que escribieras en mis páginas la historia de tu Aurora.

—Otra vez la Aurora... Tenemos aquí auroras para dar y tomar. Y las auroras tienen poca historia. O por lo menos a mí me gustan poco las historias de las auroras... Déjame, déjame pensar...

“Creo que me quedó para siempre fijada en la retina, o en la memoria, la estampa de tu tumba, Wolfgang. Tu tumba era todo el cementerio. En cualquier lugar de él se hallaba amontonada un poco de tierra. Sobre ella, unas flores anónimas esbozaban forzada una sonrisa de color neutro. En uno de los extremos del montón de tierra, una columna rota. Junto a ella, un sarmentoso rosal lleno solo de espinas. Apoyado en la basa de la columna, un ángel niño miraba de forma infinita al suelo intentando penetrarlo. Si no hubiera sido de piedra se le verían correr por sus mejillas lágrimas. Miraba también el ángel tu nombre. Lo único que nos dejaste para mirar. Detrás, entre la tristeza, árboles y arbustos vestidos de luto goteaban oscuridad. También el suelo, amortajado con sábana de nieve, yacía inerte abrazado al silencio.

Suena ahora un quinteto tuyo. Do mayor. Se me borra un tanto el escenario de tu reposo. Fuerza. Me borra los perfiles que descansan en mi memoria de tu tumba. Esa fuerza del allegro me proyecta niebla. Niebla sobre mis ojos. Humo. Su vigoroso desarrollo, infectado con la belleza de la turbación, consigue desvanecerme el desvaído color de las frías flores neutras que han perdido hasta el nombre. Tu allegro hace que sean engullidos por su propia sombra los árboles, y los arbustos se han licuado entre las aguas de mi memoria, o de mi retina. Viene después el andante. Inquietante. Cierro los ojos para tratar de adueñarme de nuevo de mi retina, o de mi memoria. Pero sigue pasando el andante en blanco casi, y el trío, y finalmente el allegro último, y no consigo oír el sollozo del ángel, ni ver cómo sus lágrimas calientes derriten a sus pies la frialdad de la helada sábana fúnebre del suelo. Sé, sí, sé que allí estaba apoyado en la basa de tu columna rota un ángel compungido, caído del cielo a llorar a tus pies pétreas lágrimas, lo sé, pero los compases de tu quinteto en do mayor impiden que abra la ventana de mi memoria para verle, para verle llorar.

Dejo que pase tu quinteto. Lo dejo, porque ahora vendrá el otro, en sol menor. Quinteto que es un potente chorro de luz sobre mi memoria, o sobre mi retina, que ilumina, para contemplarla de nuevo, tu tumba. Tu tumba que es todo el cementerio. Vuelven a surgir asombrosamente dentro de mí las flores desvaídas. El rosal, casi una zarza, ausentes sus flores, me azota con sus agujijones acerados al compás de los compases de tu allegro, cruzándome de arañazos la piel del alma. Esos compases tuyos son fuertes rachas de viento que agitan las ramas sarmentosas llenas de espinas del rosal, y en sus idas y venidas raspan, arañan, rasgan. Parece que estés desde abajo impulsándolas con el vigor de la desesperación para que el acero espinoso del dolor rompa al aire y lo ensangrienta.



Rompa mi oído, ensangrienta mi ánimo. O para convertir en negro el tímido color neutro de unas florecillas que, vergonzosas, se sonrojan de aguantar en sus pétalos una sonrisa torcida. Y llega el adagio *ma non troppo*. Vuelve a renacer en mi retina la muerte de los árboles muertos, vuelven a mi memoria aquellos arbustos nacidos del vapor y amamantados por el desasosiego. Vuelve el luto del suelo a abrazarme, vuelve a besarme el silencio. Suelo blanco, manto fúnebre que te tapa con mano piadosa. Veo con los compases de tu adagio los ojos rojos del ángel de piedra preñados del líquido de la desesperanza. La hiel de las lágrimas amarga sus mejillas. El pedestal de la columna rota donde se apoya flota en la congoja.

Mas viene luego el segundo adagio de este quinteto de muerte. El segundo adagio. Tal vez ahora las espinas del rosal muerto no rasguen mi piel. Tal vez. Tal vez no sea solo mi piel”.

—Está claro, querido —me dice el insolente Diario—, que estás anclado..., ¡qué digo anclado!, ¡varado!, ¡estás totalmente varado y eres un trémulo juguete de los vientos! Tienes demasiado lastre..., tanto lastre como serrín en la cabeza, en vez de masa gris..., por cierto, esto de la masa gris, tiene sus bemoles la cosa..., ¡masa gris!, y es que a mí siempre me parecieron muy grises todas las masas..., ¡los más y mejor biempensantes tienen llena su mollera de masa gris! En fin, solo son palabras..., y, de todas formas, tú tienes bien provista tu mollera no de masa gris, que debe de ser lo saludable, sino de lastre y serrín..., aunque no sé de qué color sea este serrín. No obstante, habrá que decir a continuación, para tu consuelo, que tal vez sea mejor tener la mollera repleta de serrín que de ideas...

—No sé si algún día, Diario, dejarás dentro de tu casa las majaderías, y saldrás a la calle limpio de polvo y paja y sobre todo con tus palabras tasadas..., porque cuando sueltas la lengua, ¡santo Cristo!, me produces sarpullido, o erisipela.

—Por lo menos, es lo que decía y sostenía un amigo tuyo.

—¿Un amigo mío? ¿Qué sostenía?

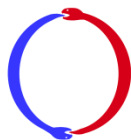
—Un amigo tuyo decía que no hay cosa mejor para tirar hacia adelante que ser estúpido, y de este hacía una encantadora apología...

—Vamos, Diario, no me seas simple y estúpido tú también.

—Oye, te propongo..., ya que estás varado y la cosa no da más de sí..., porque has de reconocer que estás totalmente varado y no tienes en la mollera nada para ponerlo en mis páginas..., digo, que te propongo hablar de un lago..., de un lago por donde andaba cerca la aurora que iluminó tus horas...

—¿Por qué dices que estoy varado?

—¡Sí, hombre, reconoce que estás varado...! Y no sé si podrás ponerte a flote cuando suba la marea... Reconócelo..., ¿no se dijo que reconocer los errores propios, o en este caso, las limitaciones propias, era signo de cierta sabiduría, y que empecinarse en ellos lo era de ser una mula?



—¿Se dijo eso?

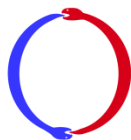
—Se dijo, y lo repiten los niños que aún no saben hablar.

—Venga, déjate de gaitas y dime por qué dices que estoy varado.

—Pues es bien sencillo: mareas la perdiz y vuelves a marearla cuando dices, o cuando piensas, que cuando muere el amor, nace la muerte..., y lo repites hasta la saciedad en tu mente. ¡No creas, uno también tiene su corazoncito, y me canso de oírte pensar durante media hora semejante bagatela! O aquello otro que pensabas..., ¿cómo era?, ¿no era algo así como que solo detienen tus pasos el amor o la hermosura? ¡Otra bagatela de tres pares de narices! ¡Solo detienen tus pasos el amor o la hermosura! ¿No es estar varado, y con el casco del barco barrenado y todo hecho aguas, pensar semejantes zarandajillas?

—¡Pero yo no te he dicho nada del amor y la hermosura, ni de pasos detenidos o pasos apresurados, ni de muertes, ni de...!

—Eh, eh, para ahí el carro, que sí que me lo has pensado y que sí que me lo has dicho y que sí que por ahí o por allá me lo has escrito, y que aviados vamos a ir estando si encima de todo tenemos agujeros también en la memoria... ¿O no es cierto que estuviste pensando hace un rato que solo detienen tus pasos, oh, amiga (y aquí, naturalmente, te referías a tu amiga la Parca) el amor o la hermosura? ¿No pensabas eso? ¿No decías, es decir, pensabas que una hoja roja...? Decías más o menos: “una hoja, teñida por la sangre del otoño, o una hoja embarrada del polvo tardío del verano, una hoja enferma de vacilación, y de la que se evaporaron sus fuerzas, una hoja abocada al último vuelo..., esa hermosura, oh, amiga, esa vegetal belleza, o el amor, detienen tus pasos..., detienen tus pasos, aunque tú sigas avanzando. Una mirada fugaz, unos ojos llenos de azar que osaron aplicar fuego al montón de tu leña dispuesta, una sonrisa, un gesto, un perfume, una palabra arrancada a la misma inercia, articulada por la rutina, unas palabras tal vez vacías sirven para asestarte, oh, amiga, un golpe fuerte que detiene tus pasos... El amor, oh, amiga, el amor detiene tus pasos..., aunque tú sigas y sigas avanzando. Una melodía oída no se sabe dónde, en cualquier escenario vacío del más remoto teatro, una luminaria pálida llegada de la frialdad lejana de la Luna para encarnarse en esa melodía que solo crece dentro del oído prevenido, y que contagia al resto del cuerpo con su vibración, esa luminosa melodía lunar detiene, oh, amiga, detiene tus pasos..., detiene tus pasos por más que tú sigas avanzando. Porque, aunque tú sigas avanzando, ellos, el amor o la hermosura nos bajan de tu carro, nos sacan de tu camino, nos rescatan de la tempestad de tu vaso, nos defienden de tus ojos y sus rayos... Unos labios que nos paralizan el pensamiento y nos enturbian la mirada, una boca que abre a nuestros pies un abismo a donde ansiamos volar..., esos labios traban, oh, amiga, traban tus pasos y te hacen vacilar, dar un traspiés y caer de bruces en el barro..., aunque desde este te empeñes tú en caminar y quieras seguir avanzando. Sí, una ácida pero dulce invasión del cercano azahar, o un viento que olvida su lejanía bárbara y desciende del Norte para dejar junto a nuestra puerta sus borbotones y resue-



llos, y silbar manso una suave sonata de vahos en nuestra cara, o una noche..., sí, amiga, te echan cuerdas a los pies y detienen tus pasos, aunque quieras seguir tú y seguir y seguir avanzando... Repito que pensabas esto más o menos. Hace un rato. Y añadías más adelante, también más o menos: Y cuando muere el amor, nace la muerte. Cuando muere el amor o se disipa la hermosura, vive la muerte. Oh, sí, amiga, te nutres de los gusanos que pululan en la pasta producida en los residuos del amor..., devoras con fruición la podredumbre en que se convirtió la belleza pretérita... Cuando muere el amor renaces, renaces y revives a costa de sus migajas descompuestas...”.

—No sabía, querido Diario, de tus dotes de farsante..., quiero decir, de tus dotes declamatorias...

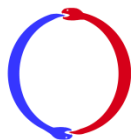
—No derives el paso y no te salgas del camino, ¿no es cierto que estabas dándole vueltas y revueltas a este apetitoso potaje?

—Oye, Diario, ¿no es tan cierto que cuando muere el amor, nace la muerte?

—¡Muere el amor, muere el amor! ¡Nace la muerte! ¡Bagatelas! ¡Bagatelas y baratijas! ¡No me hables en términos generales...! Y, sin embargo, Aurora iba cada día al lago..., o más bien, cada noche..., iba Aurora al lago cada noche a respirar... ¿No? A respirar... En medio de la ciudad estaba el lago, un río corría debajo... Un pequeño embarcadero... Unas barquichuelas dormían arropadas con suave siseo, con el suave y sordo susurro de las ondas inquietas... A respirar... Porque todas las auroras respiran..., respiran luz y espiran rayos con la rapidez del relámpago... Y tal vez Aurora un día, o una noche, subió a una barquichuela..., el cielo era una cúpula de fuego sostenida por columnas de luz..., palpitaba el corazón del lago..., y la barquilla crujía con su latido..., como si reptase por una tela de seda una serpiente...

—No sé qué dices, Diario, ni para qué lo dices... ¡A quién puede importar que reptase una serpiente por una tela de seda, ni que las columnas de luz sostengan o dejen de sostener una cúpula de fuego, o lo que sea, o lo que sea que digas, que ya no sé lo que dices ni para qué lo dices, porque a nadie puede importar que respiren las auroras o que se beban de un trago hasta la última gota de un lago... A nadie, Diario...

— ...y curiosamente tú también estabas en la barca, mecido por las inquietas ondas lacustres, con todas las palpitaciones de tu Aurora encima de tu pecho, y crujiéndote en el oído las columnas de luz que sostenían la cúpula de fuego en que se había convertido el cielo encima de la hermosa ciudad crecida en torno a su lago, allá, en la noche de los tiempos..., curiosamente estabas también tú en aquella barquichuela, juguete de la brisa de la noche, tú, juguete de las manos de la aurora, tú, juguete de sus labios, juguete entre sus rayos..., tú, juguete de su respiración y de sus ojos, tú, juguete del vaivén de un deseo inquieto y oscuro... Curiosamente, aquella trémula barquichuela, incapaz de conquistar el reino del reposo, era la imagen de la misma quietud comparándola con tu corazón... ¡Tu corazón, el tuyo!



En este momento, la Pluma, que ha estado callada por largos tiempos, como la Tinta, rompe a hablar e increpa al Diario de la siguiente, o muy parecida, guisa:

—¡Oye, Diario! ¡Ya está bien de meterte con él! ¡Te haces pesadísimo con tanta historia de auroras o lo que sea! ¿No te das cuenta de que, aunque a ti te interesen esas historietas de auroras más o menos polares, o boreales, podría ocurrir que al resto, entre cuyos miembros pudiera a mi vez estar yo mismo, nos interesa tanto así como un rábano...? Sí, porque ¿quién te dice a ti que pueda interesarme más una aurora que un rábano? Es más, tengo bien claro con quién habría de quedarme, caso que hubiese de optar por uno de los dos cuernos de la disyuntiva...

—¡Estás tú buena con las disyuntivas y sus cuernos! —responde con gesto un no sé qué de soez y sí sé que mucho de descortés el Diario. Y añade—: No sé..., ¿quién te ha dado a ti vela en este entierro! —y, con ciertos dejes de desprecio, añade aún—: No sé por qué quieres encender tú un velón en este funeral...

Iba a replicar con energía la Pluma a las desconsideradas palabras del Diario, cuando la Tinta se adelanta y se pone a increpar enojada a su vez al Diario:

—¡Es cierto que eres pesado, qué digo, plúmbeo, plúmbeo con tanta fabulilla sobre una aurora! ¡Qué digo plúmbeo, mucho más plúmbeo que propio plomo! Vamos, que el plomo a tu lado es una pluma...

—¡Anda, si a esta le gusta hacer chistecillos! —contesta el Diario. Pero la Tinta, sin hacerle caso, continúa diciéndole:

—Además, amigo mío, todo es retórica por tu parte. ¡Para qué quieres que él te cuente esa conseja de auroras, sabiendo, como al parecer sabes, cómo es y los capítulos de que consta! Retórica... Resulta que, a nuestro amigo, que quiere hablar de Wolfgang, tú le boicoteas constantemente con tu parloteo auroral fuera de sazón e impertinente. ¡Déjale en paz, por Dios, que hable cuanto quiera de lo que quiera!

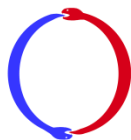
—Pero, vamos a ver, —contesta el Diario, que parece haberse puesto una inyección de paciencia—, vamos a ver...

—Sí, sí, veamos. —contestan ellas, la Pluma y la Tinta.

—Vamos a ver, ¿a quién puede interesar oír lugares comunones sobre ese Wolfgang..., sobre si escribió o dejó de escribir tal o cual..., lugares comunes que están a la mano de cualquiera y que cualquiera puede llevarse a la boca con solo abrirla?

—¿Lugares comunes? En primer lugar, habría que dilucidar si lo que él escribe lo son... Pero convengamos que, en efecto, lo sean. Pero ¿qué te crees que eres tú?

—¿Yo? ¡Yo soy un diario, y a mucha honra!



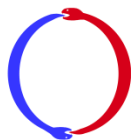
—Sí, eres un diario. ¿Y para qué sirve un diario? Que yo sepa, no para otra cosa que para arrojar en él lugares y más que lugares comunes y comunísimos... A no ser, claro está, que queramos hablar del diario de un tal Sócrates...

—¿El diario de Sócrates, que se lo escribió Platón?

—... porque en estos casos la cosa cambia. Pero en un diario corriente y moliente, de los que duermen por cualquier cajón..., en esos diarios, como lo eres tú, Diario, en estos diarios el rey que reina en ellos es el rey *Tópico el Grande*...

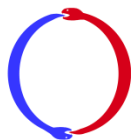
—Además —y la Tinta con sus palabras da al Diario una cruenta lanzada—, mayor lugar común que lo que tú intentas hacerle escribir a este pobre hombre, no hay. Porque si hablamos de lugares comunes, pero comunes, comunes, uno de los más comunones es la celeberrima, qué digo celeberrima, la desgastadísima historia boreal que quieres desempolvar tú, la insulsísima historia que todo el mundo tiene debajo de su piel, o mejor, debajo de su almohada, y que puede facilísimamente aflorar a poco que se rasque...

Debería en este punto el cronista ser razonable y asistir sin pestañeo a lo que aconteció a continuación ejerciendo de notario, sin añadir por su cuenta ni una sola coma que no hubiera salido de la boca de sus interlocutores, que, en esta ocasión, se habían enzarzado en una discusión de no del todo pequeño calibre. Pero ocurrió, a causa de los muchos y grandes pecados de que está vestido este cronista, que no llegará jamás a ser ni aun mediocre notario, que a poco que rascaba la Pluma sobre la piel..., digo, que más o menos por ese momento le entró en la mente la energía del violín de un concierto de Wolfgang, concierto en el que el instrumento se las había con un desparpajo, podría casi decirse con un desparpajo insultante, se las había, decimos, con la orquesta toda... Sí, el violín de marras era un extraordinariamente ágil maestro de esgrima al que acosaba toda una legión de espadachines enloquecidos, de los cuales él, el maestro de los aceros, salía siempre victorioso, y a quienes hacía retroceder con inverosímiles o más bien milagrosos movimientos de muñeca, de mano, de brazo, de gesto y de espada, o florete, que en este detalle el cronista duda, con los que los pobres espadachines de la legión de los ídem iban reculando y reculando hasta casi desaparecer de la escena, quedando en ella casi solo brillando los destellos del acero del violín... Ah, pero estos espadachines que llevan en la mano el violonchelo, el oboe, la viola o también el violín, como el maestro de esgrima, no se dan así como así por vencidos, y se revuelven con coraje, o algo que se parece mucho, con denuedo y arrojo, sobre todo este, y se atreven a intentar escalar por las barbas del maestro de esgrima, y pareciera que quisieran acogotarle, y cada uno con su instrumento esgrimil acosa y ataja y arrincona al maestro del violín del concierto para ídem de Wolfgang, y en un momento dado parece que el pobre maestro de esgrima con violín por florete, o espada, que ya se sabe de las dudas de



este cronista, tiene su pecho justamente entre la pared y la espada..., o florete. Pero...

Pero queríamos decir que este cronista, tan malo como tal como un pésimo notario que apenas anote nada, seducido por los aceros vibrantes, luminosos y sonoros del violín de Wolfgang, se olvida de los pobres de sus compañeros el Diario, la Pluma y la Tinta, a los que deja discutir, sin prestarles el oído, sobre diarios y lugares comunes, y como no les presta atención ignora realmente sobre qué otros asuntos discutieron, si es que discutieron y si es que fuera sobre otros asuntos. Y los mira sin verlos, los escucha sin oírles hablar y hablar, gesticular ahora, afirmar luego con la cabeza, reír con sarcasmo tal vez después. Etcétera. Y vuelve sus mientes sobre los espadachines que quieren acogotar al maestro de esgrima que esgrime en su mano un violín como arma. Y le recuerdan las contorsiones de este maestro otras contorsiones similares con las que ejecutaba otro maestro del violín otro concierto, heredero del de autos de Wolfgang, hace muchos años, en un país extranjero, bajo las faldas de la Musa... Oh, sí, piensa, hace ya tantos años de ello... ¿Tal vez ya más de un tercio de centuria? Tantos años... Pero a pesar de ello siguen vivas las contorsiones de aquel violín. Parece como si estuvieran esculpidas en el mármol de su memoria. Se trataba del único concierto para violín que había escrito aquel heredero de Wolfgang. Pero había que ser valiente, aunque se fuera cortés, y admitir que el tal heredero supo escribir. No es necesario decir que saber escribir es saber pensar. Etcétera. Sí, bajo las faldas de la Musa. Bajo sus faldas el cronista, entonces, asistía a la esgrima. Pero en aquella ocasión dejaba de lado las contorsiones del violín y de sus acompañantes para llevar sus ojos a la Musa, la Musa de luengos cabellos abundantes, de fascinadora sonrisa halagüeña, la Musa desbordante del perfume de la luz, que derrochaba en cada latido de su respiración, la Musa, cuyos ojos, como garfios... ¿Era posible que se hubiera esfumado ya un tercio de centuria? ¡Y tal vez más! Tampoco es que quisiera el cronista fijar con excesiva e insultante puntualidad el lapso transcurrido. No cabe duda que se trata de un mal cronista, que no quiere fijar con rigor los lapsos de los tiempos... ¡Un tercio de centuria!, seguía pensando. Parecía que fuera ayer mismo..., era la fórmula que más se usaba en estos casos. Han pasado ya tantos años de esto, fíjate, ¡y parece que fue ayer! Sí, le parecía que había sido ayer cuando estuvo reposando en los brazos de la Musa, colgado de sus labios y embebido por sus ojos, que, como garfios... Heredero de Wolfgang..., oh, sí, digno heredero de Wolfgang... Escuchó atentamente a Wolfgang, y este le dijo: *has oído cómo se escribe un concierto para violín, o para piano, o una sonata, o una sinfonía, o un cuarteto..., pues ya sabes, escribe tú...* Y el heredero escribió, no cabe duda, cosas que se le suben a las barbas al propio Wolfgang. No señor, lo cortés no quita lo valiente. Escribió solo un concierto para violín, pero qué pedazo de concierto. Escribió una sola misa, pero qué misaza. Escribió una sola ópera, pero qué... ¡Parecía que fuera ayer! ¡Después de transcurrido más de un tercio de centuria! Se dice

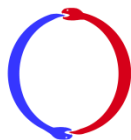


pronto..., suele acotarse también en estos casos. Pero en el duro y frío mármol de la memoria del cronista están esculpidos los ojos de la Musa. Quisiera tener este cronista el auxilio efectivo y fehaciente de la propia Musa para, por ella inspirado, obtener la suficiente valentía, qué digo valentía, la audacia, la audacia para meterse con los ojos de la Musa, ojos golosos, que, como garfios... Pero como la Musa presta a este cronista solo sus oídos sordos, el cronista no tiene en su mano el medio para dilucidar qué diablos pasa con los garfios de autos, y solo puede recordar, mejor, leer en el mármol de su memoria que la Musa, entonces, no parecía esquiva y donaba de no mal grado su abundosa y luenga cabellera sedosa, regalaba de similar grado el líquido perfume de sus labios acuosos... Etcétera. Oh, sí, se leía en las letras lapidarias esculpidas con cincel fino en el mármol de la memoria, aquella Musa no necesitaba ningún ejército ni arma ofensiva alguna para conquistar con pasmosa facilidad el ánimo del cronista, por más rocoso que estuviese..., que, por cierto, no tuvo jamás demasiado rocoso su ánimo, ni otra cosa ninguna, pues lo más rocoso de que disponía este cronista del que vamos hablando era la roca de sus dudas... En fin, que la Musa no necesitaba hacer fuerza ni trazar estratagemas complicadas, solo arquear los labios y sonreír, y entonces nuestro cronista abría su pecho, en cuyos senos dos palabras se leían: me rindo.

A partir de entonces y bajo el hechizo de la Musa, el cronista notó que sus movimientos se habían convertido en centrífugos. Hasta entonces, creía, su andar, su respirar, su pensar, su dormir o su soñar habían sido todos ellos movimientos centrípetos, que nacían dentro de sí y se iban a su propio interior. La Musa en cambio había conseguido, al parecer, que sus movimientos salieran de sí. No había sido, empero, el proceso claro, y el cronista recordaba ahora cómo sin darse casi cuenta su respiración, su sueño habían vuelto la espalda a su interior y habían tomado, tímidamente en un principio y después con mayor determinación, el camino de la Musa..., es decir una región de fuera...

—Querrás decir —me interrumpe el Diario— el camino de la Aurora...

Pero el cronista de este diario ignora de momento las interrupciones del propio cuaderno donde escribe, o donde piensa, o mejor, donde al parecer escribe sin pensar y, no importándole demasiado que sus pensamientos se pierdan en un pudridero de palabras, intenta recordar cómo todos sus movimientos vitales que habían sido principalmente centrípetos hasta el presente..., hasta aquel presente que transcurría hace un tercio de centuria, de bóbilis, bóbilis se habían convertido en centrífugos. De bóbilis, bóbilis. Es posible que haya en el tintero mejor razón que esta del bóbilis, bóbilis para explicar el fenómeno...



—Efectivamente, la hay —dice la Tinta dando sugerentes y afirmativas cabezadas—. Para explicar ese fenómeno es muy pobre, y no está ni a mediana altura de las circunstancias, recurrir a esa tontería del bóbilis, y más por partida doble.

Tampoco está el famoso cronista muy por la labor y dispuesto a que su tinta le turbe su pensamiento, y se reafirma en que de bóbilis, bóbilis, con el hálito de la Musa cerca de su rostro, comenzó él a vivir hacia fuera... Y con esta expresión, juzgada como gran hallazgo, el cronista quiere decir que la Musa, sus ojos, sus labios, sus luengos y copiosos cabellos se habían instalado dentro de él..., o mejor, que él había emigrado de su patria, él mismo, y se había instalado en el extranjero, es decir, el reino de la Musa...

—Querrás decir —interrumpe el Diario— en el reino de la Aurora...

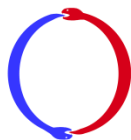
Instalado entre sus fértiles y dilatados cabellos. Y pensaba que cuando respiraba no respiraba para alimentar sus pulmones, sino los pulmones de su Musa, y cuando descansaba no era para dar descanso a su cuerpo, sino para velar el sueño de su Musa, y cuando miraba cualquier cosa no veía cosa alguna, sino solo la sonrisa de su Musa. Y solo los ojos de su Musa era lo que tenía dentro despierto, y solo su pecho era el que tenía dentro de su pecho cuando sentía el latido de todas las cosas, y solo su voz era la que oía cuando sonaban fuera los árboles, los vientos o los pájaros... La Musa, pensaba, le había derramado sobre y bajo su piel su perfume, pero él...

—No, no estás explicando nada bien el fenómeno —me dice la Tinta, y añade—: Se te entiende demasiado bien lo que quieres decir, pero lo que dices es tan pobre..., y no está, ni con mucho, ni a media altura de las circunstancias...

—¡Oh, Tinta! ¡Ya sé que hay plumas más ricas que la mía! —dice un tanto enfadado el cronista— Pero no sé si te habrás dado cuenta de que las circunstancias en las que estoy pensando tampoco son demasiado altas, por lo que no es muy difícil estar a su pequeña altura...

—¿Cómo, el Amor es una circunstancia baja?

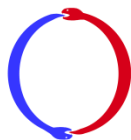
—¡Bueno, querréis dejarme ordenar todo esto! —dice el cronista, e iba a seguir increpando a sus interlocutores cuando la vio venir, allá lejos, envuelta en paños de silencio, con su andar inmóvil e incesante, camino de donde estaba. A cada paso que daba enmudecía la flora, espantaba la fauna. Su rostro oscuro, diluido en el líquido turbio de la noche, estaba débilmente iluminado por unos fríos rayos de Luna, la cual súbitamente había dejado de dar calor con su argéntea sonrisa a la espesura. Gracias a ellos pude observar cómo caminaba sin desplazarse, como si no quisiera interrumpir la sombría caricia que con todo su cuerpo daba al aire, o al mitigado resplandor de alguna osada estrella que aún seguía viva. Gracias al rictus desdibujado de la Luna pude ver cómo su mirada, allá lejos, tan cegadora



como revuelta y hosca, me buscaba entre la espesura, la cual cerró repentinamente su boca dejando a medias por cantar el himno con que da la bienvenida cada noche al rocío. Me buscaba, pero su mirada erraba y se perdía entre las ramas de los árboles, se posaba sobre un rosal, sobre un espino, y no me encontraba en ellos, inquiría con imperio a algunas aves nocturnas y estas, amedrentadas, cambiaban el curso de su vuelo fugitivo batiendo con estrepitoso silencio sus plumas invisibles. Oh, ella, agitada, sin sosiego, tendiendo hacia mí su intento, mas, sin descubrirme, no cesaba de dar pasos, ora hacia un lado, ora hacia otro, no cesaba de manotear y, deslumbrada por la furia o por la ira, blasfemaba contra mí. Fui oyendo cada vez mejor sus denuestos e improperios al ir acercándose. Pero al acercarse a mí no dejaba de estar también en el lugar donde había estado, pues iba alargándose, ensanchándose e impregnando con su aroma fúnebre la noche y conquistando con su hierro funesto la espesura cada vez que su aliento, como si fuese el venenoso silbido de un dardo, era disparado desde el arco de su boca desnuda, al cual silbido contestaban algunas ocultas fieras con su rugido, y algunas nubecillas, antes preñadas de amabilidad y blancura, metamorfoseaban su rostro y se convertían en nubarrones abigarrados con los colores de la desgracia. Cada vez que lanzaba fuera el resuello de su agitación por los ojos, o cada vez que su boca lanzaba hacia los líquenes y musgos hedor buscándome, el aire apacible de la noche, hasta entonces blanda, se corrompía, y en su vientre se engendraban ventarrones murmuradores y maldicientes que herían mi cara, descomponían la cabellera a las sombras y hacían chirriar todos los goznes de la espesura, componiendo con esos espectrales compases una tétrica sonata de resonancias lúgubres y armonías de etérea podredumbre. En pie, solo, inmóvil, pude observar cómo la Luna, al ver que ella seguía avanzando hacia mí y cada vez de mí más cerca, cerró definitivamente sus ojos y cubrió su rostro con el velo de la tristeza, y pude observar asimismo cómo las estrellas dieron también definitivamente por concluida su tertulia, y todas dejaron..., y dejaron todas de titilar.

Se acercó finalmente a mí, ¡tanto es su instinto ciego!, y a pesar de su ceguera, me vio. Fijó los agujeros de su mirada en mí, en mis ojos remachó los clavos de su vista. Cesó de respirar el aire, y un trémulo sollozo abortó en los labios de la brisa. Apagaron asustadas sus luces las luciérnagas, detuvo el rocío su goteo, y quiso la noche cerrarle el paso, más ella con pie autoritario y un gesto resuelto de sus manos forzó la entrada, que se quejó con un crujido. Y puesta delante de mí, me dice:

—Eres estúpido..., no te das cuenta de que soy la mitad de la moneda de la vida..., y tanto vale en cualquier moneda la cara como la cruz..., eres estúpido porque no ves algo tan sencillo y elemental, por consiguiente te prohíbo que sigas mirándome con tus ojos torvos y levantes bien la frente cuando paso, pues no dejaré, de todas formas e independientemente del



ceño que me pongas, de ir paso a paso y poco a poco, arrinconándote, empujándote hacia el callejón, arrastrándote por el callejón que bien sabes tú que carece de salida, pues oficio mío es, amigo mío, ese oficio, de la misma manera que oficio tuyo debe de ser tal vez intentar burlarme y querer llegar lo más tarde posible al fondo de ese callejón a donde te empujo...

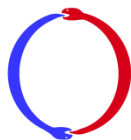
Dice con voz altiva, y levanta entonces su mirada de mí con ánimo de horadar el horizonte.

—¡Qué importa —prosigue— que pongas gesto hosco a mi paso! ¡Qué importa que me desprecies! Oh, no..., nada importa que me odies, nada importa que me ames, nada importa que te rías, nada importa que me llores, nada importan tampoco tus debates... ¡Qué me importa que me esquivés! ¡Qué me importa que no me llames! Recuerda..., recuerda cómo en dos o tres ocasiones te has escurrido de entre mis dedos como si fueses una anguila, cuando ya te tenía prácticamente metido en mi alforja..., pero un extraño rayo de piedad repentina detuvo finalmente otras tantas veces tu viaje conmigo a ninguna parte...

Y deja entonces ella suspensas en el aire inquieto sus palabras, se acerca aún más y me repite:

—¡Qué me importa que no me ames! ¡Qué me importa que me ignores! ¡Qué me importa que me manches! Nada, amigo mío, me importa nada. ¡Seguiré siendo la reina de tus miembros! ¡Ya lo sabes!

Dijo, y entonces sentí cómo alrededor de mí se inquietaban ostensiblemente todos los arbustos, todos los árboles que me rodeaban. Tal vez hubieran ya descabezado su primer sueño y la Parca con su inoportuna visita los había acaso despertado, o tal vez fuera que estando apaciblemente dormidos había ella inducido en sus sienes vegetales un sueño de tristeza o desesperanza, y ellos agitaban entonces sus ramas, sus brazos, sus manos, y comenzaran a generar en su alma una horrorosa pesadilla, inducida por la Parca, en la que tal vez uno de ellos pensara que algún leñador, andando la mañana, habría de aplicar el hacha a su tronco, o tal vez otro, inducido asimismo por ella, pensara que habría de venir al mediodía algún descomunal monstruo devorador de sus ramas que con fruición se llegase a ellas y con ellas se ensañara para llenar su insatisfecho vientre, o tal vez otro, inducido también por el ardor de ella, pensara que en cualquier momento podría saltar aquí o allí la chispa que degenerara en general incendio, en una voraz e insaciable carnicería u orgía del fuego que dejase la verde espesura convertida en universal desierto de carbón, sucumbiendo en las lenguas de las llamas la infancia del verdor, la juventud vegetal y la madurez del follaje, desde las raíces hasta las canas. Tal vez, tal vez fuera así, porque la flora toda, en presencia de la Parca, temblaba y mostraba bien a las claras en su rostro las huellas de la lucha atroz que se



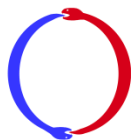
siente en el campo de batalla de la pesadilla, cuando el adversario invisible se ve que avanza poco a poco, pero inexorablemente, hacia ti, y se ve al propio tiempo cómo él te roba las fuerzas para huir de su presencia, te traba con invisibles pero imposibles ligaduras los pies, o te los llena de hierro y plomo que te inmovilizan, por más esfuerzos sobrehumanos que intentes desplegar para liberarte de tu destino, y al mismo tiempo observas con qué pasmosa agilidad avanza él, el enemigo, viniendo hacia ti recto y sin esfuerzo y con aviesas intenciones, sin esfuerzo, sí, como traído en volandas, como cabalgando sobre el corcel del deseo, como transportado a lomos del alado viento... Tal vez, tal vez así fuera... Tal vez, porque observé también cómo la fauna, que hacía ya un rato que reposaba, toda ella abrió súbitamente un ojo en mitad del sueño y se revolvió en sus asientos. Pájaro hubo que despertó, inducido por ella, y el desconcierto de su corazón fue tanto que, sin poder bien asirse en su rama, se desplomó hacia el suelo, en donde seguramente hubiera fatalmente impactado si el instinto de las alas no hubiera desplegado a tiempo las galas de su oficio. Hubo asimismo crías de mamíferos que, llenas repentinamente de temor, se apretaron más estrechamente al acogedor regazo de su madre, y volvieron a cerrar de nuevo sus ojos, pues no querían ver, sintiendo en todo su cuerpo el aroma defensor maternal, la enemistad que intuían fuera de aquel perfume.

—¡No sé por qué dices —le dije a la Parca— que eres la reina, si, como dices, eres solo la cara o la cruz de la moneda de la vida...!

E iba a seguir hablándole, pero murieron en mis labios las palabras al ver cómo se transformaba súbitamente en una hermosa mujer joven... Desapareció pronto el repelente ropaje que llevaba y apareció en su lugar una fascinante tela de seda táctil por piel que recubría por entero su deseable cuerpo, el cual adquirió rápidamente las proporciones humanas. Fueron naciendo los pies, las piernas, su vientre, su pecho, nació la garganta, la boca, su nariz, surgieron de dentro de sus cuencas dos hermosos ojos sonrientes, y por todo el cráneo comienzan a brotar cabellos y cabellos conformando finalmente una abundante y larga cabellera. Recorro asombrado su cuerpo sin creer lo que veo...

—¡Me importa poco que no me ames! —me gritó—, ¡tengo tantos amantes! Además, quién me impide poder en cualquier momento asaltarte, o poder hacerlo en cualquier parte... ¡Qué me importa que no me ames, teniendo tantos hermanos, amigos o amantes! ¿Iba a echar en falta acaso tu talla? Es más, prefiero el resquemor de ese acicate, pues creo, amigo mío, que es lo que más me atrae...

Dijo, y ensayó una profunda sonrisa que arrastró consigo el apagado resplandor de las estrellas. Toda ella era una sonrisa luminosa, una ascua azul, una luminaria de oro en medio de la oscuridad, toda ella era risa y



fuego, oro y carcajada ardiente que agitaba sus cabellos y movía los ci-mientos de su pecho, risa crepitante en sus labios, resplandeciente en sus ojos, toda risa sus piernas, sonrisa ardiente su sexo, toda ella...

—¡Eso es lo que más me atrae! —repite ella, y entrelaza con sus dedos sus cabellos, prosiguiendo—: ¡Pero si tú me amases...! ¡Pero si tú me amases...!

—No me necesitas—, le digo—, tienes demasiados amantes... ¡No me necesitas, que nadie quiere a un cobarde!

Le digo casi sin ganas, pues no sé si creo lo que digo, no sé si digo lo que pienso, no sé si pienso en lo que creo y no sé si creo nada, pues me siento paralizado, como viviendo sin respirar, como suspendido por un endeble y fino hilo sobre el abismo, del que parece me salva precisamente quien en él me suspende, la hermosa Parca, que ha acercado su mirada a un palmo de mi mirada y con amorosa voz me dice:

—¿No pensabas antes que el amor detiene mis pasos? ¿No pensabas antes que detenía mi pie la hermosura? ¿No pensabas antes que el amor y la hermosura te rescataban de mi tormenta, de mi tempestad, de mis rayos?

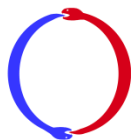
Dice con la más dulce voz jamás por mí oída en una mujer, la mujer más en apariencia dulce y hermosa por mí vista, dice, dice ella, pero no quiero creer haberla visto, pienso que no la he oído, y que toda la dulzura de mujer que tengo delante, toda la infinita hermosura de su talle, de su rostro usurpado a los ángeles, de su cabellera que ponía fuego a la noche, de sus ojos que tenían el don dulcísimo de dar el no ser, pienso que todo ello es una enfermedad desconocida de mi mente.

Mas ella quiere que cambie de opinión pues continúa hablándome con esa voz amorosa que solo sale de gargantas vivas:

—¿No decías también que cuando muere el amor, la muerte nace?

Le oigo decir esto, pero no estoy seguro de si ha sido ella o el pensamiento de un viento afable. ¿Lo ha pensado y susurrado a mi oído un viento afable? ¿O tal vez fuera un vozarrón salvaje, de esos que esconden su rostro tras el velo del lenguaje? No puedo saberlo, mas ella permanece a mi vera esperando, esperándome, y me veo obligado a decirle:

—No quiero ser esclavo de nadie, no quiero tampoco tener padre ni madre, no quiero, ¡oh, Parca!, bailar este baile junto a compañeros de nenúfar o azabache, porque no quiero, ¡oh, Parca!, sino solo ser esclavo del aire, tener en mis manos las riendas de los vientos, pero ser esclavo de sus jaspes, servir solo a sus penates y nutrirme solamente de su carne. No quiero ser esclavo errante que mira, que ve, que ríe, que oye, que aplaude



a un señor déspota y arrogante, a un reyezuelo ridículo y despreciable, a un deseo repleto de violencia y barbarie, hasta que allá lejos, allá lejos en la tarde vuelva a ser reducido a una mazmorra oscura, húmeda y repugnante. No quiero sino solo ser esclavo del aire y beber en la fuente de su cabellera mudable, ser atado por su cadena de eslabones incesantes y seguir prendido de sus labios indomables, o llegar a diluirme en el mar insondable de sus ojos ubicuos y fascinantes. ¡No quiero, oh, Parca, sino solo ese vasallaje!

Le digo, y ella me mira como mira una estatua, y me grita:

—¡No quiero hacerte esclavo..., pero si tú me amases...! Oh, no, no quiero encadenarte. No lo quiero, que para surtirme de cadenas, eslabones fuera tengo bastantes. Tampoco quiero que mis palabras te amenacen, o que mi sonrisa te amortaje cuando aún estás en medio del examen y no has abierto todavía el libro del balance. No, no quiero, que tengo fuera flores abundantes con que abastecer de dulces mieles mi enjambre. ¡No quiero, amigo mío, que pases adelante...!

Y sigue ella recitándome oxidadas consejas, y despliega ante todos mis sentidos una inmensa panoplia de artimañas de aquelarre fragante y excitante.

—¡No quiero —continúa— que tu pecho sea siervo de mis diamantes! ¡Ni a tus hombros quiero que el yugo del odio enjaulen!

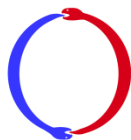
Y sigue hablando ella, cada vez más confusa.

Entonces le digo:

—No sé por qué conmigo usas palabras tantas y tan vanas, no sé por qué haces vibrar en tu lengua la ponzoña disfrazada. ¿No ves que sobran en tu boca las palabras? Tú, que eres la reina del silencio, del frío, de la oscuridad, la reina del miedo... Tú, monarca universal de un reino donde ni apenas subsisten los ecos, que mueren cuando lames su lomo con tu aliento, donde solo se oye la voz del secreto, tú, oh, Parca, coronada tu cabeza de laurel obsceno, deberías...

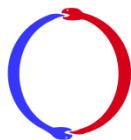
—¡Calla —dice ella—, no sigas con eso, calla! ¡Calla, y volvamos al comienzo!

Y se apoya entonces en un arbusto oscuro, que a su tacto lanza un gemido.



—¿No ves —le digo—, que ahuyentas de cualquier boca su sonrisa? ¿No ves, oh, Parca, que tu presencia apaga en cualesquiera ojos sus destellos, y tornas su alegría en agria, salobre, amarga cadena de lágrimas que se derraman...?

Mas ella no deja que acabe de formular mis quejas, pues nada le importa que me queje o que deje de quejarme, y se acerca más a mi rostro, se acerca... Oh, he enfermado profundamente, pues en vez de su descarnada encarnadura veo, huelo, casi toco un hermosísimo rostro cuya atracción es imposible de vencer, pues no hay fuerzas para esquivar, para repeler la fuerza de su intensa, ardorosa mirada, dos clavos de fuego que se clavan en la sangre de mi corazón, ni fuerza tampoco hay para obligar a mis ojos que emigren de la humedad rojiza de su atrayente boca, sí, una profunda enfermedad se ha apoderado de mí, pues en vez de ver su cráneo mondo, contemplo y siento en mi cara el vaivén armonioso de sus largos cabellos que, como licor destilado en el alambique de la noche, me embriaga y me empuja al mismo tiempo a perderme en ellos, y también en vez de contemplar un trozo mal articulado de esqueleto veo, siento, me acometen sus pechos, de profunda sinuosidad y de latencia llenos. No, no puede ser cierto estar yo sano cuando veo cómo la Parca comienza luego a transformarse. Creo ver que va cambiando de diversos tipos de mujer y allí, delante de mi vista enferma, se convierte en mujer de tez algo morena y cabellos mucho más oscuros, dejando rojos sus labios y tiñendo de azul claro sus ojos, que abre, que abre mucho y los remacha en mi temerosa y febril mirada. Me aterran esos inmensamente hermosos ojos, cuyo azul claro corta el aire oscuro de la noche mucho más agudamente que un cuchillo helado, mucho más que el hacha más templada y mejor afilada, y siento cómo el filo frío y ardiente al mismo tiempo de su bífido cuchillo azul penetra sin dificultad alguna por mi cuerpo y toma a su placer el camino que desea cruzando y cortando en el interior de mi cabeza, moviéndose por mi pecho, regodeándose en su cortar por mi vientre. Poco a poco, después, van convirtiéndose en dorados sus cabellos, le desaparece parte de su prominente pecho, pierde edad, quedándose casi en adolescente delante de mí, con sus pómulos rubicundos y sus ojos verdes a un palmo de mi aliento. El verde de sus ojos se derrama por el aire oscuro y tiñe un tanto de luz la apagada espesura cuando la repasa. Pero apenas puedo fijarme en otra cosa que en su rostro, encendido rostro rebosante de ternura juvenil que parece querer seducirme con el candor que despliega, y he de abandonar la espesura, he de abandonar la fauna, la flora, la Luna que, ceñida su cara con una venda con nubarrones de lutos borrosos, juega a ser ciega y niega la luz a los demás, para que la noche sea noche, noche de verdad. No puedo atender los mil ruidos de mil amigos angustiados que, como topos desorientados encima de la tierra, deambulan su sueño errando sin hallar el mejor escondrijo, y he de abandonar sus llamadas o sus saludos porque los ojos verdes de ella, con ímpetu inaudito, me aspiran las ideas, las palabras, los senti-



dos, porque sus pómulos rubicundos parecen poder darme la unción necesaria para flotar en el aire al margen de todo sentimiento, porque sus labios echan en mis miembros liga y tengo grandes dificultades para moverme, tan grandes que realmente quedo inmovilizado mirando con todo mi cuerpo sus labios que, ligeramente curvados y sobresalientes, parecen querer derramar por su abertura la niebla del olvido. Y tengo que reprimir mis manos, oh, tengo que reprimirlas tanto, están ansiosas, tiemblan, quisieran acudir presto a conquistar esa sonrisa ahora verde, a arrebatar esos labios, rojos antes y ahora un tanto pálidos... ¡Tengo que reprimirlas tanto! Y casi por ello, por estar demasiado fijada mi mirada en ella, no percibo cómo paulatinamente sus pómulos rubicundos desaparecen, cómo se convierte en cobre el oro de sus cabellos y vuelve a transformarse todo su cuerpo en espectáculo atrayente de belleza madura de mujer. Y no importa que sea oscura la noche, que hayan huido atropelladamente las estrellas o que la Luna se haya puesto en la cara de luto, nada importa porque la Parca enciende la estrella de su esplendor y despliega ante mis sentidos todas sus galas.

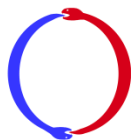
—¡Tal vez más te quiera cuanto con más fuerza me rechazas!

Me susurra con su voz húmeda, sigilosa y sagrada, y no sé ya si es ella quien me lo dice o si ha sido una serpiente que se desliza entre hojarasca, o una lechuza que vigila el suelo desde las ramas. Y cierro entonces mis ojos enfermos con el intento de no verla, con el ánimo de no sentir el azote cobrizo de su cabello en mi cara, con la esperanza vana de apagar el brillo de su mirada para que deje de abrazarme la garganta, cierro mis ojos tomados de la fiebre para que la fiebre que bulle en los de ella no me contagie su ardor, para que no se adueñe también de mi pecho, de mi vientre, de mi cerebro, y cierro mis ojos porque no quiero que se sacien en sus pechos, que deambulen errantes por su vientre y que se lleguen suplicantes a su sexo.

—¡Tal vez más te ame cuanto con mayor fuerza me rechaces!

Vuelve a susurrarme en los oídos, y no sé ya si lo dice una babosa que viaja sin prisa por la humedad de las hojas o un caracol que se cruza en su camino o una luciérnaga perezosa que bosteza, pero con mis ojos cerrados la veo cerca arquear sus labios para fabricar una seductora sonrisa, y le digo:

—¡Por mucha hermosura con que te disfraces, jamás podré amar a un fantasma! No puedo, oh, Parca..., no puedo amarte, porque detrás de tus labios silba la nada y entre tus ojos la ruina late..., no puedo amarte, oh, Parca, porque con amarga leche tus pechos amamantan y tus cabellos me construyen en el aire un letal baluarte...



Abro entonces mis ojos y la veo triste, mustia. Titubea, ensaya tal vez una respuesta, balbucea, pero finalmente al parecer no se atreve a hablar. Como la veo vacilante, confusa, me crezco y me atrevo a decirle:

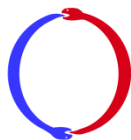
—¡Además, jamás has podido ni podrás con algunos de los nuestros!

Pero ella parece hallarse demasiado sombría para responder, y opta por callar. Y la belleza que antes desplegara se arruga en su rostro surcando de amargura sus pómulos y sus labios, tiñendo de tristeza el azul de sus ojos hasta convertirlos en agujeros negros carentes de mirada, tiñendo de duelo sus cabellos que parecen descomponerse y aliarse con el viento para emigrar de su cabeza a otras regiones. Se apoya entonces en el tronco de un roble cercano. Lleva sus manos a la cara y tapa sus ojos. Tal vez susurra palabras que nadie oye. Veo entonces cómo la Luna enciende arriba un dardo de plata que lanza luego al vientre de la Parca. Ilumina este rayo también su cara, aún triste, mustia, pálida, aunque la tenga todavía con sus manos tapada. No sé si medita o llora, pero al menos calla. Le digo entonces:

—Nada conmigo si me llevases ganas..., nada..., ni con mis despojos obtendrías otra palma que oír tal vez allá lejos, allá lejos por mi alma una plegaria..., oh, Parca, tal vez una plegaria allá lejos, allá lejos y solitaria...

Mas ella no responde. Otra saeta de plata entonces la Luna compasiva lanza y su luz acaricia el pecho marchito y apenado de la Parca, cuyo palpar al parecer han detenido mis palabras, pero ella hace poco caso de la luz, y medita, entre las manos su cara, medita o llora, no lo sé, pero calla. Desaparecen, por su parte, los cargados nubarrones para convertirse de nuevo en amables nubes blancas que comienzan otra vez el juego entre cabriolas de cruzar el cielo. También aquellos ventarrones roncós afinan otra vez su voz y vienen a convertirse en airecillos apacibles que vuelven a saludar por todos los rincones a las criaturas de la noche. Se oyen arrullos de pájaros. Tal vez también vahídos. Hubo algunas osadas aves nocturnas que al ver las lágrimas de la Parca se llegaron junto a ella y batieron con estrepitoso silencio e irreverentemente sus alas. Y las estrellas otra vez su tertulia reanudaron en la taberna del cielo y empezaron de nuevo a destilar abundantes y luminosos ecos.

La Parca entonces, su faz desencajada, abandona el roble herido y se levanta. Retira de los ojos sus manos para abrir la cara. Parece ahora toda ella llena de sosiego, colmada de calma, pero ya se sabe que es ella pérfida, pérfida y falsa. Comienza a caminar entre las plantas. Tal vez durante un trecho sigo sus pisadas, escuchando cómo a su paso cesa en la oscuridad la romanza con que otra vez el rocío a la noche el refresco regala; viendo cómo, orgullosa amante despechada, sigue su curso dudoso sin pausa entre helechos descompuestos, entre zarzas, entre espinos y otros arbustos de la



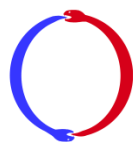
misma laya que hacen sangrar mis pies y que dolorosa sea mi marcha; sintiendo cómo, amante rechazada, pero al fin gran amante y obstinada, camina con su triste carga de rencor entre los dientes y en los ojos dos espadas que amenazan, y va urdiendo en su mente la nueva celada con que querrá después, andando otra vez la mañana, tenderme con sus artes, hurraña, para saciar seguramente su sed de venganza. Camina entre la espesura rauda y me es difícil a veces seguir su zancada. Detengo mis pasos. Dejo que casi se pierda su espalda. Poco después oigo de nuevo su voz, a medias entre lacrimosa y engolada:

—¡Tal vez más te quiera cuanto con mayor fuerza me rechazas!

Y algo después:

—¡Oh, si él me amara!

Finalmente desaparece, por la espesura tragada, y allá lejos, por donde ella pisa y pasa, asustados, unos perros a la Luna ladran.



Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada: de **Rodrigo Soares**.

6	Josep García	62	Winfried Walta
11	Sandra Díez	62	canalinfoLibre
15	Enero editorial	64	Malcolm Green
23	PBS	65	Ramón Cilla
25	Agence de presse eurisse	87	Providence Lithograph Co.
30	Jody C.	93	NASA
31-33	Emil ferris	94	Juan Manuel Sánchez
35	Arte1258	98	Marc Ballester i Torrents
47	Mariia Malii	102	Bernd Schulz
50	Didssph	105	Anna Keibalo
51	Margaret Polinder	108	Yeza
53	Mathias Borre	112	Emmanuel Ikwuegbu
55	Ryan Loughlin		

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094